
BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS


EX LIBRIS
LUIS LUJAN MUÑOZ

$1.75
Jun. 12/97
Ya

LA HIJA

DEL ADELANTADO

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
Universidad Francisco Marroquín

http://www.archive.org/details/lahideladel00jilsguat

LA HIJA
DEL ADELANTADO

NOVELA HISTÓRICA

POR

SALOMÉ JIL

(JOSÉ MILLA)

TERCERA EDICIÓN

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1889

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS. 6, RUE DES SAINTS-PÈRES

ADVERTENCIA

DE LA EDICIÓN DE 1886.

Al escribir esta novelita, ha sido mi objeto principal dar á conocer algunos personajes y ciertos acontecimientos históricos, de los cuales no tiene sino muy escasa noticia la generalidad de los lectores á quienes están destinadas estas líneas. Me he sujetado á la verdad, hasta donde lo ha permitido la necesidad de dar algún interés dramático á la novela, procurando conciliar los hechos que efectivamente tuvieron lugar, con los que he debido añadir para adornar una obra de imaginación.

En nuestras antiguas crónicas apenas se encuentran delineados los caracteres de los personajes y referidos los acontecimientos más someros. Respetando unos y otros cuanto ha sido posible, he dejado correr la pluma libremente en todo aquello que no podía envolver anacronismos (que considero imperdonables, aun en obras de esta clase), y

en lo que no fuese directamente opuesto á la verdad histórica. Así, los personajes que figuran en esta relación existieron todos realmente; pero el caracter y los hechos que se atribuyen á algunos de ellos, corresponden á la parte novelesca de la obra. Las fechas están citadas con la posible escrupulosidad. Por no hacer demasiado difuso el escrito, ó distraer la atención del lector con notas, no he citado los pasajes de nuestras antiguas crónicas, impresas ó inéditas, que podrían servir para probar la exactitud de muchos de los sucesos referidos.

Si estas desaliñadas páginas sirvieren para llamar la atención de los lectores hacia los documentos en que puede estudiarse con provecho la historia del país, en la época interesante que siguió á la conquista, y si ellas son aceptadas con la misma benévola indulgencia con que lo han sido otras producciones literarias del autor, anteriormente publicadas, quedarán satisfechas sus aspiraciones.

LA HIJA
DEL ADELANTADO

CAPÍTULO PRIMERO

Inusitada animación y extraordinario movimiento se advertían, al caer la tarde del día 15 de setiembre del año de gracia 1539, en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Personas de todas clases y condiciones iban y venían por calles y plazas, reuníanse en corrillos y agolpábanse, en mayor número, delante de un edificio grande, de dos pisos y de buena apariencia, que se levantaba en el extremo de la población más inmediato á la falda del volcán *de agua*, á cuyo pie estaba situada la primitiva capital del Reino, en el mismo sitio en que hoy vemos el pobre y miserable villorrio llamado Ciudad Vieja. Ese edificio, cuyas ruinas se conservaban aún á fines del siglo XVII, según leemos en la obra inédita del cronista Fuentes y Guzmán, era el palacio del adelantado, gobernador,

capitán general de estas provincias y fundador de la ciudad, don Pedro de Alvarado. Abríanse las puertas y las ventanas de las habitaciones, limpiábanse tapices, alfombras y muebles; mayordomos, maestresalas y pajes daban apresuradamente la última mano al arreglo de aquella espléndida morada, que por algunos años había permanecido al cuidado poco diligente de criados subalternos. El pueblo seguía con interés y curiosidad aquellos preparativos, que confirmaban plenamente el rumor, esparcido pocos días antes, de la próxima llegada del Adelantado.

Y era así, en efecto. Don Pedro había anunciado al Ayuntamiento su arribo á Puerto-Caballos, en carta de 4 de abril de aquel año, participando además á los *magníficos señores* del Concejo su nuevo matrimonio. « Sabréis, dice, como vengo casado, y doña Beatriz está muy buena y trae veinte doncellas, muy gentiles mujeres, hijas de caballeros y de muy buenos linajes. Bien creo que es mercadería que no me quedará en la tienda nada, pagándomelo bien, que de otra manera excusado es hablar de ello.» El Adelantado había venido de España con una escolta de trescientos arcabuceros y otra mucha gente, en tres navíos grandes de su propiedad. Con todo aquel aparato de damas de honor, caballeros y soldados, se encaminaba á la ciudad que había fundado quince años antes, y que, merced al oro y la plata arrancados á los naturales, aparecía ya por aquel tiempo, si no muy abundante en población, aventajada en el lujo, hijo legítimo de la riqueza fácilmente adquirida.

En sesión celebrada por el Concejo en 25 de mayo, se había leído otra carta del Adelantado, en la que proponía fuesen á avistarse con él un alcalde y dos regidores, para haber de mostrarles los reales despachos que traía de la corte y arreglar algunos puntos conducentes al buen gobierno de la tierra. El Cabildo, dividido en dos bandos, favorable el uno y contrario el otro á don Pedro, decidió no acceder á aquella indicación, contestando al Adelantado no estar en obligación de salir al recibimiento ; pero que manifestándose las reales provisiones, se conformaría con todo aquello que su majestad mandase. Los principales promotores de esa discordia eran el veedor Gonzalo Ronquillo, el tesorero Francisco de Castellanos, el comendador Francisco de Zorrilla, Gonzalo de Ovalle y otros caballeros, que, á fuerza de intrigas, habían logrado crear cierta emulación y mala voluntad contra don Pedro, infundiendo en el ánimo pacífico y naturalmente bueno del juez de residencia, Alonso de Maldonado, aspiraciones que no debían verse satisfechas. Los partidarios del Adelantado y el pueblo, que lo amaba por su denuedo, munificencia y porte noble y caballeresco, recibieron con júbilo la noticia inesperada de su aproximación á la capital, con el ostentoso séquito que antes hemos mencionado.

Preparábase, pues, á recibirlo con el honor y aplauso que merecía quien había sido recientemente colmado por el Rey, por su secretario Cobos y otros personajes de la corte, de favores y de distinciones, justa recompensa de sus grandes y señalados servicios.

Pregoneros de los favores dispensados á su señor, de la gentileza de su esposa, del garbo de las damas que la acompañaban y del aparato con que se acercaba el Adelantado, habían sido ciertos mensajeros que don Pedro envió desde Puerto-Caballos, conductores de las cartas que escribía al Cabildo. Excitada así la pública curiosidad, no menos que la envidia de los émulos, poníanse en juego las intrigas para lograr que no se diese posesión del gobierno á Alvarado, cohonestando la desobediencia con la ambigüedad de la real cédula de nombramiento, que había circulado en copia. Los amigos del Adelantado, sin hacer cuenta de aquellos manejos, y como quien tuviese seguridad de que todo saldría á medida de su deseo, apresuraban, según hemos dicho, los preparativos del recibimiento. El pueblo adornaba espontáneamente las calles de la entrada, y reunido en corrillos, discurría sobre el grave acontecimiento que iba á verificarse. En un grupo que formaban varios caballeros delante de la puerta del palacio, un criado de Alvarado, llamado Pedro Rodríguez, *el viejo*, uno de los que había despachado el Gobernador desde la costa de Honduras con sus mensajes, respondía á diversas preguntas que le dirigían los curiosos.

— Sí, señores, decía; doña Beatriz excede en gentileza, ingenio y garbo á su hermana doña Francisca, que santa gloria haya, la primera esposa de nuestro valiente Adelantado.

— ¿Y cómo ha podido casarse, dijo uno de los del grupo, con su cuñada? Ese parentesco no lo dispensa nuestra santa madre iglesia con facilidad.

— Ciertamente que no, replicó Rodríguez, y en el presente caso, no lo habría dispensado su santidad, á no haberse interpuesto nada menos que nuestro invictísimo Emperador, así por hacer merced al Adelantado, como por mostrar buena voluntad al señor duque de Alburquerque, tío carnal de ambas señoras, doña Francisca y doña Beatriz.

— Alto ha trepado don Pedro, dijo otro.

— No tanto como él merece, contestó el viejo ; que los servicios hechos á su majestad por nuestro capitán, lo hacían acreedor á la mano de tan principal señora, no menos que al título de almirante de la mar del sur y á la cruz de comendador de Santiago con que lo ha recompesado el César.

— ¡ Comendador de Santiago ! dijo entonces un viejecillo jorobado, de cara entre osada y burlona, que estaba en el corrillo. ¡ Comendador de Santiago ! Ya no se lo llamarán de burlas, como en Méjico, cuando vestía por las pascuas un sayo viejo de terciopelo de su padre, el comendador de Lobón, en el cual había quedado estampada la señal de la Cruz. ¡ Ja, ja, ja, ja ! Y rompió á reír con una risa casi diabólica.

Nadie contestó á aquella burla impertinente, no obstante la expresión de disgusto que se pintó en los semblantes de todos los demás caballeros.

— ¡ Habláis, continuó el burlón, de los méritos y servicios de don Pedro, y á fe que lleváis razón en vuestros encomios. El Adelantado es denodado cual ninguno en el campo de batalla ; y cualquiera lo sería como él, si poseyese un amuleto que lo preserva contra todo riesgo.

—¿De qué amuleto habláis? preguntó uno de lo caballeros.

—¡Toma! de ese joyel que lleva siempre al cuello pendiente de una cadenilla de oro, y en que están trazados ciertos signos, caracteres arábigos, ó no sé lo que son, que nadie hasta ahora ha podido descifrar.

—Y que algo hubierais dado vos por poseer en la batalla de Quezaltenango, señor veedor Gonzalo Ronquillo, dijo á la sazón un caballero de noble porte y elevada estatura, embozado en una capa de paño oscuro, cubierta la cabeza con una gorra con pluma blanca, y que sin ser percibido de los del corrillo, se había acercado y puesto la mano derecha en el hombro del contrahecho viejecillo.

Al escuchar aquellas palabras, el burlón mudó de color, y visiblemente azorado, notando la satisfacción con que el nuevo interlocutor había sido escuchado, dijo:

—Os agradezco el recuerdo, señor don Pedro de Portocarrero; no podía ser más oportuno. No he olvidado que en aquella sangrienta refriega debí la vida á vuestro valor, y que sin el oportuno golpe de lanza con que atravesasteis por los pechos á aquel perro cacique Ros Vatit, yo no estaría hoy aquí, como lo estoy, pronto á serviros.

—No lo digo por tanto, don Gonzalo, replicó Portocarrero. Cualquiera habría hecho lo que yo hice en aquella jornada; únicamente he querido advertiros que el que ha huído cobardemente delante del enemigo, no es el mejor juez de los hechos militares de un capitán como Alvarado.

— No olvidaré la lección, don Pedro, contestó Ronquillo, y será un favor más que pondré en la cuenta que os llevo desde lo de Quezaltenango.

Y dió la vuelta lanzando una mirada amenazadora al caballero, que permaneció imperturbable y sereno.

— ¡Miserable envidioso! dijo uno de los presentes; y dirigiéndose á Portocarrero, agregó : guardaos, don Pedro, de su saña. Ese hombre es implacable ; su odio ha causado ya graves disgustos al Adelantado, por las relaciones que mantiene con Gonzalo Mejía, sujeto poderoso en la corte.

— El que ni teme ni espera, contestó Portocarrero con cierta firmeza en la que había algo de profundamente melancólico, no tiene por qué guardarse. Cumplo mi deber, como cristiano y como caballero, defendiendo al compañero de armas y al amigo ausente ; sigo el recto sendero y no curo de las serpientes que pueden atravesarse en mi camino.

En aquel momento cuatro indios *tamemes* salieron del palacio, conduciendo una litera pintada exteriormente y cuya parte interior se veía ricamente tapizada con tafetán de la China.

— Una litera, dijo uno de los presentes ; ¿si será para la señora Adelantada?

— No, contestó el viejo Rodríguez ; debe ser para doña Leonor, que viene mala.

Portocarrero se inmutó al oír aquella respuesta ; pero dominando su emoción cuanto le fué posible, preguntó con fingida indiferencia :

— ¿Y es grave, por ventura, la enfermedad de doña Leonor?

— Creo que no, dijo el viejo; calenturas de la costa, fatiga del camino y un poco de melancolía.

— Cosas que pasarán, replicó un caballero, tan luego como la noble hija de la princesa Jicotencal se aviste con su prometido, el licenciado don Francisco de la Cueva, hermano político de su padre.

— ¿Pero es cierto que se casan? dijo otro.

— ¡Toma! Tan cierto como que se lo he oído al alcalde Juan Pérez Dardón; sujeto, como sabéis, caballeros, tan verídico como el que más.

—Así es, dijo el otro; pero ¿qué tenéis, don Pedro? añadió, volviéndose á Portocarrero; estáis pálido como la muerte. ¿Os sentís malo?

— Sí, contestó Portocarrero procurando recobrar su serenidad; sabéis que desde la última expedición que hicimos en tierras de guerra, mi salud ha quedado alterada. El sol se ha puesto ya y tal vez el viento frío que comienza á soplar me haya causado algún ligero pasmo. Buenas noches.

Diciendo esto, se retiró con la cabeza inclinada sobre el pecho, como quien se halla dominado por alguna grave preocupación.

— ¡Cómo ha cambiado! dijo uno de los del grupo, cuando hubo desaparecido Portocarrero. Ya no es aquel gallardo y altivo mancebo, tan pronto para los juegos y para el galanteo, como para la batalla.

— Es que no olvida á Agustina, dijo otro, que lo tiene como hechizado.

— Os engañáis; la ha olvidado mucho tiempo ha, aunque según se dice, ella lo ama cada día más y lo persigue con sus exigentes solicitudes.

— Así me persiguiera á mí, que por cierto no fuera yo de mármol á sus ruegos, dijo otro. Agustina Córdoba es una moza hechicera.

— ¿En qué sentido lo decís? preguntó uno de tantos. Eso de hechicerías tratándose de Agustina, admite dos interpretaciones. Hay quien pretende haberla visto cabalgar por los aires montada en un mango de escoba.

— ¡Ave María purísima! interrumpió Rodríguez santigüándose. Si es así, bien pudiera tomar cartas en ello la santa Inquisición de Méjico. Yo creía que sólo los indios paganos de estas tierras eran dados á hechicerías y sortilegios.

— Aun los indios que han recibido las aguas del santo bautismo, dijo uno de los caballeros, suelen mantener relaciones con el espíritu maligno; y algunos españoles, contaminados con el trato de estos malos cristianos, tienen comercio con el demonio. Si no, oíd lo que yo mismos vi, trece años hace, cuando combatimos á los sublevados de Sacatepéquez.

— Decid, decid, que ya os escuchamos.

— Una noche, estábamos acampados frente á unos peñoles en que se habían hecho fuertes los indios rebeldes. Andaba yo de ronda, y habiéndome acercado á uno de los puestos avanzados más próximos al enemigo, en cuyo punto estaba un centinela, fuí á reconocer al soldado que montaba la guardía. Media hora antes había sido colocado en aquel puesto un Juan Gómez, de la compañía del capitán Luis Marín, á quien sus compañeros acusaban de tener trato con el demonio. Á la luz de las fogatas encendidas en el real, vi por mis propios ojos al supuesto centinela, cuyo rostro tenía un

no sé qué de horroroso y siniestro, que no acertaré á describiros. Dirigíle la palabra, y guardó silencio; puse mano á la espada, y permaneció inmóvil. Enderecé la punta del acero hacia su pecho y lo atravesé con él de parte á parte, sin encontrar resistencia, como si fuese una fantasma impalpable. Entonces eché mano disimuladamente á la cruz de mi rosario, y mostrándola de improviso al fingido soldado, se oyó un espantoso bramido; una densa oscuridad nos envolvió instantáneamente, y cuando la tiniebla fué disipándose y haciéndose lugar de nuevo el tenue resplandor de las hogueras, encontramos á nuestros pies un arcabuz y una armadura, cuyo desagradable olor á azufre manifestaba claramente haberse servido de aquellos arreos el común enemigo de las almas. Esa misma noche, casi á la propia hora, otros de nuestros soldados aseguraron haber visto atravesar el real, en punto muy distante, á Juan Gómez, acompañado de una mala mujer á quien solía visitar. Al siguiente día fué puesto en estrecha prisión, en que permaneció dos meses, sin querer confesar su delito. Una noche, ayudado sin duda del espíritu familiar que lo asistía, quebró la prisión y se huyó, sin que se haya vuelto á saber de él.

Con atención, aunque sin asombro, oyeron las demás personas que formaban el corrillo la extraña aventura del soldado que encargó al diablo le hiciese el cuarto de centinela; y como advirtiesen que la noche se les había entrado ya, embebidos en aquellas pláticas, se despidieron unos de otros, apalabrándose para el siguiente día con el objeto de presenciar la entrada del Adelantado y de su ilustre comitiva. La luna, en su cuarto

creciente, alumbraba débilmente la ciudad, entregada al reposo y al silencio, y el volcán se alzaba majestuoso, escondiendo su descarnada cúspide bajo un cendal de espesas y blanquizcas nubes, más imponente aún á la dudosa claridad del astro de la noche, que cuando se ostenta en toda su grandeza, bañado por los rayos del sol de mediodía.

CAPÍTULO II

Sereno y despejado amaneció el siguiente día 16 de setiembre, como si el tiempo quisiese contribuír por su parte á hacer más regocijada y festiva la recepción del Adelantado y su séquito. Súpose desde muy temprano que se hallaba en las inmediaciones de la ciudad, y muchos de los caballeros salieron á su encuentro. El Ayuntamiento, con el juez de residencia, Maldonado, se reunió en las Casas Consistoriales aguardando aquel grave congreso la presentación de las reales provisiones.

Á eso de las nueve de la mañana hizo su entrada a ilustre comitiva, en medio de la población alborozada, que victoreaba á su fundador. Don Pedro de Alvarado tenía en aquella época cuarenta años de edad; era de mediana estatura; su aspecto noble y sus facciones fuertemente acentuadas, revelaban el ánimo varonil, la resolución incontrastable y aquella combinación extraña de valentía generosa, crueldad, astucia y franqueza que formaban el fondo del carácter del conquistador de Guatemala. Su rostro, un poco tostado por el sol del trópico, conservaba aún el co-

lor rojizo, como también la barba y el cabello rubio que había dado ocasión á que los indios mejicanos designasen al valeroso teniente de Cortés con el poético sobrenombre de « el sol » (*Tonatiuh*). Montaba con gallardía un fogoso corcel andaluz, y vestía una luciente armadura de acero, ostentando sobre el pecho la roja cruz de Santiago. Cubríale la cabeza la celada, ondeando al viento la garzota de plumas blancas y encarnadas, que coronaban el yelmo. Pintábase en su rostro la emoción del ánimo por las muestras de afecto con que lo acogía su bienamada Guatemala.

Á su lado derecho se veía á doña Beatriz, que tendría unos veintiocho años, y cuyas facciones, perfectamente delineadas, revelaban desde luego todo lo que había de altivo y desdeñoso en el carácter de la noble dama, por cuyas venas corría la sangre de una de las más ilustres familias de España, la de los duque de Alburquerque. Doña Beatriz era hija de don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara y almirante de Santo Domigo, hermano legítimo del duque. En grupo animado y bullicioso seguían las veinte señoras principales que traía don Pedro para *las casar*, como dicen candorosamente nuestras viejas crónicas ; siendo la más notable entre ellas, así por su linaje, como por su ingenio y gentileza, una cuyo nombre han conservado las historias, doña Juana de Artiaga. Con los caballeros de la ciudad, iba confundida la numerosa servidumbre del Adelantado y de su esposa ; en seguida marchaban más de doscientos indios tamemes, ó cargadores, que conducían los

equipajes, y cerraban la comitiva los trescientos arcabuceros de don Pedro. Al lado izquierdo del capitán general veíase á don Pedro de Portocarrero, armado de todas armas y montando el magnífico caballo de que se apeó en la batalla de Quezaltenango para pelear cuerpo á cuerpo con Ros Vatit, en cuyo encuentro hizo maravillas con la lanza, según el manuscrito quiché citado por el cronista Fuentes.

Conversaban familiarmente los dos ilustres capitanes, respondiendo Portocarrero á las preguntas que el Adelantado le dirigía sobre la situación de las cosas. Llegados á la plaza mayor, y habiendo pasado delante de la casa del Ayuntamiento, sobre la cual ondeaba el estandarte de Castilla, los caballeros y las damas se detuvieron á la puerta de la catedral, en donde los recibió el venerable obispo don Francisco Marroquín, que abrazó al Adelantado con el afecto profundo y sincero que siempre le profesó, y de que dió pruebas aun después de la vida del caudillo. Acompañaban al prelado, el deán don Juan Godínez, el arcediano don Francisco Gutiérrez de Peralta y el canónigo don Pedro Rodríguez, con los cuales se había organizado el primer cabildo eclesiástico en 1537.

Después de la misa, que celebró el deán Godínez, como lo había hecho quince años antes, siendo capellán del ejército, el día de la fundación de la ciudad, se retiraron el Adelantado y su comitiva, y luego que don Pedro hubo cambiado de traje, vistiendo un jubón acuchillado de terciopelo color de cereza, gorguera de encaje de Malinas, gregüescos, espada y estoque con empuñadura de brillantes, capa de igual

tela y color del jubón, y sombrero adornado con plumas blancas, entró en la sala capitular y tomó asiento á la derecha del juez de residencia, Alonso de Maldonado.

Larga y acalorada fué la discusión sobre la inteligencia de la real cédula de 9 de agosto de 1538, que presentó don Pedro. El juez, apoyado con tesón por el tesorero Castellanos, el veedor Ronquillo, el comendador Zorrilla, el regidor Ovalle y otros, insistía en que, con arreglo al texto de la provisión, no se debía dar posesión del gobierno al Adelantado, en tanto estuviese pendiente la residencia de su anterior gobierno; y en efecto, debe convenirse en que á los que esto sostenían, no les faltaba razón, visto el contenido del despacho real. El astuto don Pedro prolongó intencionadamente la discusión, para que sus enemigos se declarasen y poderlos conocer mejor. Así vió todo el rencor y miserable emulación que se encerraba en aquellos corazones, y logrando su objeto, sacó un pliego que guardaba en el seno, cerrado y sellado con las armas reales. Era una sobrecédula, expedida en 22 de octubre de 1538, en la que el Rey prevenía á Maldonado pusiese inmediatamente en posesión del gobierno á don Pedro. Un rayo habría hecho menos efecto que la lectura de aquella carta, que pasó de mano en mano de unos á otros de los presentes, que examinaron el sello real, la firma de S. M. y la del secretario, Juan de Samano. Cediendo á la evidencia de la voluntad soberana, Maldonado recibió juramento á don Pedro y puso en sus manos la vara mayor, símbolo de la autoridad. Numeroso

concurso de pueblo, agolpado en las galerías del edificio y en la plaza, aguardaba impaciente el resultado de la sesión. Proclamóse por el pregonero de Cabildo, y la multitud rompió en aclamaciones entusiastas. Los cañones, situados en la plaza, y los arcabuceros de Alvarado hicieron repetidas salvas, y las campanas de las tres ó cuatro iglesias que tenía la ciudad saludaron con estrepitosos repiques el plausible suceso. Los enemigos del gobernador, corridos y amilanados, procuraban ocultar su vergüenza, manteniéndose aparte en un extremo del salón, en tanto que un lucido concurso de caballeros rodeaba y felicitaba al capitán general. Las miradas del Adelantado se dirigieron al grupo de los descontentos ; y después de haberse fijado en ellos un momento, acercóseles con grave y digno continente, y dijo :

— Vuesas mercedes han cumplido como buenos y leales vasallos, interpretando conforme á su conciencia y obedeciendo con pronta prestación las órdenes de S. M. Depositario de la confianza de mi rey para gobernar estos pueblos en justicia, procuraré, como antes, proveer al bien común y recompensar en nombre de nuestro augusto César, los servicios de todos y principalmente los de aquellos que, como vuesas mercedes, han derramado su sangre en la alta empresa de ganar estos reinos.

Dichas estas palabras, el Adelantado abrió los brazos á sus enemigos y estrechó uno en pos de otro á Maldonado, Castellanos, Ovalle, Zorrilla y aun al envidioso é implacable Ronquillo. Resonó el salón con las más entusiastas aclamaciones, y don Pedro

se retiró á su palacio, llevando consigo el amor y la admiración de nobles y plebeyos. La ciudad se ocupó desde aquel momento en disponer los festejos con que debía celebrar el plausible acontecimiento, encargando de preparar las fiestas al alcalde Dardón y á uno de los regidores. Previniéronse diversos regocijos públicos: cañas, encamisada, fuegos artificiales, estafermo, saraos y un torneo para el último día.

Mientras tenía lugar aquella escena en las casas del Ayuntamiento, doña Beatriz, rodeada de sus damas, recibía en su palacio los homenajes de las señoras principales de la ciudad, con atención cortesana, aunque con semblante visiblemente inquieto y alterado. Próxima á la gobernadora estaba una joven como de diez y ocho años, de mediana estatura y en cuyas facciones se combinaban los rasgos distintivos de las dos razas que por aquellos tiempos se encontraban en pugna en estos países : la española y la indígena. Su rostro era moreno y su cabello poblado y negro. Había en aquella frente serena, aunque no espaciosa, en aquellos ojos grandes y animados, en la nariz exactamente modelada, en la boca pequeña y ligeramente desdeñosa,en el conjunto todo de las facciones, un sello de majestad tranquila y un tanto melancólica que arrebataba y al mismo tiempo imponía cierto respeto á cuantos la miraban. Tenía el perfil de aquella joven algo del tipo correcto y severo de las antiguas estatuas griegas, unido al ideal y sobrehumano de la virgen con que, algunos años después, debía asombrar al mundo Bartolomé Murillo. Tal era doña Leonor de Alvarado, hija de don Pedro

y de doña Luisa Jicotencal Tecubalsín, hija del rey de Tlaxcala y Zempoala (1).

Ojerosa y pálida, doña Leonor, que parecía sufrir física y moralmente, se apoyaba en el hombro de su fiel amiga doña Juana de Artiaga. Las otras damas que habían venido en compañía de doña Beatriz conversaban en corrillos alegremente, comunicándose las observaciones que les ocurrían sobre la ciudad que acababan de atravesar. Aprovechando la oportunidad que les ofrecía la conversación de las otras señoras, doña Leonor y doña Juana hablaban de manera que sus palabras no pudiesen ser escuchadas por las personas que se hallaban en el salón.

— ¿Y pudiste verlo? preguntaba doña Leonor.

— Perfectamente, contestó doña Juana. Pedí á un caballero que cabalgaba junto á mí, que me lo mostrase; venía al lado del gobernador tu padre, y pude conocerlo. Es apuesto y bizarro como su primo el conde de Medellín. Parece gozar de toda la confianza y amistad del Adelantado.

— Y nadie más acreedor que él á esa distinción, amiga mía, dijo doña Leonor. Pocos, si acaso alguno, le igualarán en lo ilustre del linaje, en lo despejado del ingenio, en el valor y en los servicios hechos al rey.

— Con esas prendas que todos le reconocen, no sé por qué tu padre, que te quiere bien, había de rehusar...

(1) Los historiadores de la conquista de Méjico hablan de Tlaxcala como de una República aristocrática. Sin embargo, los antiguos cronistas de Guatemala, al mencionar á doña Leonor de Alvarado, dicen era hija de la princesa Jicotencal, hija del *rey de Tlaxcala y Zempoala*. Me ha parecido bien adoptar en la novela esta denominación.

—No, Juana, interrumpió doña Leonor; jamás saldrá de mis labios una palabra que pueda desagradar á doña Beatriz, que protege decididamente las pretensiones de su hermano don Francisco. He dicho ya á mi padre que mi único anhelo es volver á España y encerrarme para siempre en el retiro de un claustro.

Una lágrima rodó por la descolorida mejilla de la joven hija de la princesa Jicotencal; y cuando doña Juana se preparaba á dirigirle algunas palabras de consuelo, llegó á sus oídos el estampido de los cañones y el eco de las aclamaciones del pueblo, que saludaban con entusiasmo la proclamación hecha por el pregonero del Cabildo en la galería superior de las Casas Consistoriales que daba á la plaza.

Inmediatamente entró en el salón un caballero que representaba unos cincuenta años, de noble y distinguido porte, vestido de terciopelo negro, y acercándose á doña Beatriz, estrechóla en sus brazos diciéndole:

— Albricias, hermana mía, albricias. Todo ha concluído felizmente. El Adelantado, tu esposo, ha vuelto á tomar la vara de la gobernación, quedando confundidos sus envidiosos adversarios.

— Supongo, don Francisco, contestó la orgullosa señora, que don Pedro pondrá, una vez por todas, coto á los desmanes de sus enemigos, y que un severo castigo caerá sobre los que han querido dar tan pernicioso ejemplo de desobediencia á la augusta voluntad del soberano.

—No, doña Beatriz, dijo don Francisco de la Cueva; el Adelantado ha perdonado como cristiano y se ha

vengado cual cumple á un caballero. En presencia de todos, ha tendido la mano á sus émulos y estrechado entre sus brazos á los mismos que un momento antes pretendían afrentarlo.

— Así sois los hombres, replicó la gobernadora; siempre indulgentes cuando más justicieros debiérades de mostraros. Si yo gobernara, don Francisco, júroos por quien soy que haría respetar mi autoridad y que esos miserables expiarían su crimen en la más dura prisión.

— Habláis como quien no conoce lo que se llama razón de Estado.

— Hablo como quien está acostumbrada desde sus tiernos años á ver que á los vasallos corresponde únicamente callar y obedecer.

— Sois altiva como una reina.

— Y vos argumentador como buen letrado.

— Dejemos esto, dijo don Francisco, que no hay para qué hablar más en ello.

Y volviéndose de improviso á doña Leonor, con blando y amoroso acento, le dijo:

— ¿Cómo estáis, doña Leonor? En vano he aguardado por ver si descubría la litera en que veníais.

— Hemos tardado en llegar, don Francisco, respondió la joven; me sentía fatigada, y fué preciso caminar despacio.

— Espero que os recobraréis pronto.

— Sí, á Dios gracias, ningún mal es eterno.

— Á no ser aquéllos que no quiere curar el que tiene el remedio en sus manos, dijo con tristeza el caballero.

Doña Leonor guardó silencio, excusándole una respuesta, que habría sido embarazosa, la llegada de su padre con numeroso séquito de caballeros, entre los cuales descollaba por su apostura y garbo don Pedro de Portocarrero.

Después de estrechar en sus brazos á su esposa y á su hija, cuyas pálidas mejillas se habían cubierto de un ligero tinte de púrpura, el Adelantado tomó parte en la conversación de las damas, mostrándose ingenioso, festivo y decidor, como lo tenía de costumbre. Después de un rato de animada plática, despidiéronse los caballeros y las damas, y quedaron solos el Adelantado y su familia.

CAPÍTULO III

Los encargados de disponer las fiestas con que la ciudad había de obsequiar á sus gobernadores, apresuráronse á cumplir la comisión, esforzándose en quedar airosos. Ocho días debían durar los regocijos, en los cuales alternarían el volador, la encamisada (juegos y representaciones que hemos alcanzado harto degenerados), los saraos, el estafermo, etc. Algunos de los principales caciques indios sometidos á los españoles tomaron parte en aquellas diversiones, contribuyendo así al solaz de sus dominadores.

Para formar alguna idea de la ostentación y el lujo con que se hicieron aquellas fiestas, es preciso ver en la *Crónica de Remesal* lo que refiere de la magnificencia de los caballeros de Guatemala en aquella época. Abundaban los metales preciosos, las pedrerías, el terciopelo, la seda y los ricos paños; y al carácter naturalmente ostentoso de los españoles, agregábase la circunstancia de la profusión de las riquezas en un país que aun no estaba esquilmado.

No haremos una minuciosa descripción de aquellas funciones, bastando decir respecto á la encamisada,

que fué lucidísima, componiéndola unas cincuenta personas, entre damas y caballeros de la ciudad, que representaban personajes de diferentes naciones. Los trajes de lamas de oro y plata, los rasos de diversos colores, las puntas de oro de Milán, los joyeles de esmeraldas, las piedras preciosas y las vistosas plumas adornaban con profusión mantos, sayos, sombreros y cinturones. Cada caballero llevaba cinco ó seis lacayos, con lujosas libreas, los cuales conducían gruesas hachas de cuatro pávilos. Los caballos y sus jaeces correspondían al rico atavío de sus amos. Precedía la brillante cabalgada multitud de indios vestidos de gala, con cajas, clarines, atabales, trompetas, marimbas y otros instrumentos del país, y cerraban la marcha los mosqueteros y arcabuceros, con los cañones, ó tiros, como los llamaban entonces. Don Francisco de la Cueva vestía á la húngara, con peto dorado, mangas y calzón de encajes finos de celeste y plata sobre lama de oro, manto imperial de rengue verde con ramazón de oro sobre raso blanco y las vueltas de armiño con puntas volantes de plata. Montaba un magnífico overo de raza árabe, y la silla estaba bordaba de oro sobre terciopelo carmesí.

Pero el que entre todos los caballeros llamaba particularmente la atención, más por su gallarda figura que por lo brillante del traje, era don Pedro de Portocarrero, que vestía de lama de plata y llevaba un sombrero de castor con penacho blanco y presilla de diamantes. Montaba un fogoso bridón azulejo y se hacía acompañar por ocho lacayos lujosamente ataviados.

La plaza estaba iluminada con teas, á cuya luz representó la encamisada un coloquio de circunstancias, dispuesto por el canónigo Rodríguez, hombre de letras y de ingenio. El Adelantado, su esposa, su hija y las otras damas, con el obispo Marroquín, el juez Maldonado y los individuos del Ayuntamiento, vieron la representación desde la galería de las Casas Consistoriales, en donde se había levantado un dosel de terciopelo carmesí con franjas de oro, ostentándose en la balaustrada el escudo de armas de la ciudad, en medio de los del Adelantado y su esposa. Los fuegos artificiales que se exhibieron en una de las noches, se componían de árboles, castillos y sierpes de pólvora.

Diremos ahora lo que era el juego del estafermo, que tuvo lugar en una de las tardes destinadas á las fiestas. Llamábase estafermo una figura de bastidor representando un caballero armado, que llevaba en el brazo izquierdo un broquel, y en el derecho, levantado y extendido, unas correas largas, cuyas puntas remataban en bolas de madera. La figura estaba colocada en un mástil, de modo que pudiese girar en torno. Los caballeros corrían y daban en el broquel con la lanza, lo cual hacía girar al estafermo y sacudir las correas, que caían sobre el ginete, azotándolo con las bolas, si no excusaba el golpe con la presteza de sus movimientos.

Luciéronse muchos de los caballeros en aquel entretenimiento, escapando ilesos de los golpes que sacudía el estafermo. Portocarrero, entre otros, dió tan tremenda lanzada en el broquel de la figura, que á

ser menos firme, habría dado con ella en tierra. El estafermo sacudió sus disciplinas; mas cuando cayeron, ya el ligero don Pedro había evitado el golpe, haciendo que su caballo apresurasc la carrera. La multitud aplaudió el lance con gritos y palmadas, y el galante caballero saludó cortésmente, dirigiendo una mirada llena de expresión al balcón de las Casas Consistoriales.

Después de la buena suerte ejecutada por tan diestro jinete, nadie se atrevía á correr un nuevo lance; cuando se desprendió del grupo de caballeros un hombre pequeño de cuerpo, agobiado con el peso de las armas. Era nuestro antiguo conocido el veedor Gonzalo Ronquillo, que tuvo la desgraciada idea de rivalizar aquella tarde con Portocarrero. Enristró la lanza, afianzóse bien en los estribos, y aguijando su tordo rodado, desde un extremo de la plaza, partió á todo escape, y llegando delante del estafermo, hirió fuertemente el escudo con la lanza. La figura giró sobre su eje con velocidad, dando mil vueltas; las correas silbaron en el aire; Ronquillo quiso hacer volver ancas á su caballo con presteza; pero estuvo á punto de perder los estribos, y por afianzarse en el arzón, retardó su movimiento y sufrió una fuerte y repetida tunda de latigazos. Resonó la plaza con los silbidos, y el veedor, bramando de coraje, salióse del palenque corrido y humillado. Desde aquel día, los burlones que no querían bien al veedor, lo bautizaron con el apodo de *Estafermo*.

Estaban tomadas las disposiciones para el torneo, con cuya función debían terminar las fiestas. Divi-

diéronse los justadores en dos cuadrillas, acaudillada la una por don Jorge de Alvarado, hermano del gobernador, y la otra por don Pedro de Portocarrero. Nombráronse jueces del campo al licenciado don Francisco de la Cueva y al tesorero real don Francisco de Castellanos. Señalóse por reina del torneo á la que por su clase y su belleza tenía mayor derecho á aquella distinción, doña Leonor, la hija del Adelantado. Levantáronse en la espaciosa plaza tiendas de campaña, adornadas con gallardetes, para los mantenedores del campo, y conforme al uso común en esos casos, depositáronse las armas de los combatientes la noche víspera de la función, en la catedral.

Permítanos ahora el lector que lo conduzcamos al gabinete del veedor Ronquillo, donde se tenía una conversación que conviene escuchar, para haber de seguir el hilo de esta historia. Á eso de las nueve de la noche, dos hombres conversaban con animación, aunque en voz baja: el mismo veedor y el tesorero Castellanos, hombre de torcidas intenciones, enemigo acérrimo del Adelantado y de Portocarrero, su favorito.

—Estáis ya inscrito, como lo deseabais, dijo Castellanos, entre los caballeros que han de justar mañana en la cuadrilla de don Jorge de Alvarado. Ahora, deseo saber, don Gonzalo, en qué puedo serviros, y con qué objeto me habéis citado á esta plática reservada.

—Don Francisco, respondió Ronquillo, no ignoráis el odio que tengo á ese Portocarrero, hombre que ha suscitado el espíritu de las tinieblas para tormento mío. La aparente generosidad con que me salvó la

vida en lo de Quezaltenango, no ha hecho más que acrecentar mi encono contra ese miserable. He meditado una venganza tan satisfactoria para mí, como humillante para mi enemigo; pretendo justar con él mañana en el torneo, y requiero vuestra ayuda.

—Justo es vuestro enojo, don Gonzalo, replicó el tesorero, y estoy pronto á ayudaros en lo que deseareis; pero advertid que Portocarrero es hombre á quien no es fácil vencer en la lucha. Medid vuestros pasos, no sea que proporcionéis una nueva ventaja á nuestro común enemigo. El lance de la otra tarde...

— ¡Vive Dios! don Francisco, interrumpió irritado el veedor, que no me recordéis lo del condenado estafermo, porque soy capaz de perder el juicio. Aquello fué originado únicamente por la torpeza de mi caballo; os juro que el proyecto que he meditado acabará, si me ayudáis, con la soberbia de ese hombre.

—Decid, pues, y contad conmigo.

—¿No están esta misma noche las armas de los combatientes depositadas en la catedral? dijo el veedor bajando la voz.

—Sí, ¿y qué os importa eso?

—Más de lo que imagináis. ¿No me habéis dicho otra vez que el sacristán Reynosa os debe grandes obligaciones?

—Ciertamente, como que por mi influencia fué nombrado para el cargo, con el salario de sesenta pesos de oro de minas. ¿Y qué?

—Siendo así, Reynosa no podrá negaros el favor de permitirnos que visitemos esta noche las armas, dijo Ronquillo.

— Probablemente no, contestó Castellanos.

— Pues entonces, vamos allá, sin pérdida de tiempo, y luego sabréis todo mi plan.

Tomaron ambos hidalgos capas y sombreros, y encaminándose por calles excusadas á la parte de atrás de la catedral, donde estaba situada la habitación del sacristán Reynosa, llamaron á la puerta. Salió éste é hizo entrar á los dos caballeros, que le manifestaron el deseo de ver las armas por pura curiosidad. Pareció sencilla la solicitud al sacristán, y permitióles la entrada á la capilla de la Veracruz, en donde estaban suspendidas armaduras, espadas y lanzas de los que habían de justar al siguiente día. Ronquillo se detuvo delante de una armadura pintada de azul, cuyo escudo tenía por empresa un sol iluminando una rosa á medio abrir, sobre la cual revoloteaba una abeja, é hizo disimuladamente una seña á Castellanos. Éste llevó aparte á Reynosa, entreteniéndolo con la conversación, en tanto que el veedor tomó el yelmo perteneciente á aquella armadura, y con un instrumento de hierro que llevaba oculto, hizo cierta operación en aquella pieza, volviendo á colocarla en el sitio en que estaba. En seguida retiráronse los dos amigos, y al despedirse de Reynosa en la puerta de la calle, le recomendaron no hablase de aquella visita, pues las leyes de caballería prohibían el que se acercase persona alguna á las armas de los combatientes, para evitar hechicerías y maleficios.

Después, separáronse los dos hidalgos, diciendo Ronquillo á Castellanos, tomándole afectuosamente la mano :

—Adiós, don Francisco, y acordaos de que si se suscita mañana alguna contienda en el torneo, decidiréis en mi favor; como juez del campo.

—Contad con ello, por lo que á mí toca, dijo el tesorero y se retiró á su casa.

Ronquillo entró en la suya, saboreando ya de antemano la rastrera venganza que meditaba.

Enteramente ocupados en el asunto que traían entre manos, los hidalgos no advirtieron que desde su salida de la casa de Ronquillo, los había seguido con cautela un hombre embozado, que los vió entrar á la iglesia, y que oculto á la sombra de las elevadas paredes, pudo verlos salir y escuchó la recomendación de guardar el secreto de aquella visita que, al despedirse, hicieron á Reynosa. Ese embozado misterioso era Pedro Rodríguez, quien después de haber sorprendido aquella escena, visto que se separaron Ronquillo y Castellanos, y oído sus últimas palabras, se retiró á su casa pensativo.

El 4 de octubre de 1539 tuvo efecto el torneo, cuyo recuerdo se conservó aun algunos años después de la destrucción de la primitiva ciudad de Guatemala. La plaza, vistosamente adornada, estaba llena de espectadores. Las familias principales ocupaban sitios preferentes bajo toldos de lienzo, adornados con colgaduras de damasco; y el pueblo, al aire libre, se apiñaba en confuso tropel para presenciar un ejercicio tan propio de aquellos tiempos, en que el valor y la destreza en el manejo de las armas eran el orgullo de los nobles y la admiración de las otras clases sociales.

Bajo el dosel de la galería del Cabildo, tomaron

asiento el Adelantado y su familia, ocupando un sitio preferente doña Leonor, que vestía un traje de tela de plata, con manto de terciopelo encarnado, todo sembrado de pequeños carcajes de oro; ceñida la frente con una diadema de brillantes. Colocaron á sus pies un taburete con cojín de terciopelo, sobre el cual estaba la corona de oro, figurando dos ramas de laurel, destinada al vencedor. Al presentarse la hija del Adelantado, un murmullo de admiración se levantó en torno del palenque, sincero y expresivo homenaje rendido á la belleza de la reina del torneo. Los jueces, armados de punta en blanco, recorrieron el campo y dictaron sus últimas disposiciones. Los mantenedores aguardaban firmes en sus respectivos puestos. Descollaba la elevada estatura de Portocarrero, sobre cuya cimera ondeaba un penacho encarnado y blanco, y cuyo brazo izquierdo ceñía una banda de seda de iguales colores, que eran los mismos del traje de doña Leonor, y los de la casa de Jicotencal, según el cronista Bernal Díaz. Cuando el escudero presentó el broquel á don Pedro, pudo verse la empresa, que consistía en una rosa mejicana medio abierta, bañada por los rayos del sol en su cenit, y una abeja revoloteando, como tímida y respetuosa, en torno de la flor. Leíanse en derredor de aquella alegoría, estos cuatro versos:

Yo soy la abeja,
Vos sois la flor,
Rosa temprana
Que se abre al sol.

La profunda pasión de Portocarrero era un secreto

para todos; así es que la generalidad no comprendió el verdadero significado de la empresa. Solamente la penetrante intuición del odio alcanzó, entre sombras, el sentido oculto de aquella pintura. Así fué que momentos después de haberse presentado en liza Portocarrero, acercóse Gonzalo Ronquillo á don Francisco de la Cueva, y le dijo al oído:

— Alto pica la abeja de Portocarrero.

— No, contestó don Francisco, procura librar una humilde rosa del campo, don Gonzalo.

— Rosa que brotó, replicó el maligno veedor, en los jardines del rey de Tlaxcala, bajo los poderosos rayos de *Tonatiuh*.

Aquellas palabras fueron una revelación para don Francisco, que mudó de color al escucharlas. La alegoría del sol, sobrenombre dado á su hermano político, y la de la rosa mejicana, le parecieron tan claras y atrevidas, como antes las había creído sencillas é inocentes. Mantúvose un breve rato pensativo, y después, dominando su emoción cuanto le fué posible, se ocupó en los arreglos que tenía que hacer, siendo, como hemos dicho, uno de los jueces del campo.

Dispuesto ya todo, los heraldos publicaron el reto en nombre de los mantenedores; presentáronse muchos caballeros, y habiendo hecho señal los clarines, comenzó el combate. Al principio, la cuadrilla que acaudillaba Jorge de Alvarado llevaba la mejor parte en la pelea. El valeroso hermano del Adelantado rompió seis lanzas y había desmontado ya cuatro paladines de los de Portocarrero. Muchos de los caballeros se lucieron en aquella justa por su destreza y

fuerza de su brazo. Pedro González Nájera, el valiente capitán que años antes atravesó por en medio de un numeroso ejército enemigo para llevar un mensaje á don Pedro, hizo aquel día prodigios con la lanza, combatiendo al lado de don Jorge. Juan de Alvarado, hermano de don Pedro, Gonzalo de Ovalle, Gaspar Arias Dávila, Antonio de Salazar, Hernando de Chávez, de quien descendía el cronista Fuentes, Sancho de Baraona, Bartolomé Becerra, Gaspar de Polanco, Pedro de Cueto y otros muchos caballeros lidiaron en el torneo, ya con el uno, ya con el otro de los dos caudillos. Portocarrero, que no había tomado al principio una parte muy activa en el combate, viendo á los suyos casi vencidos ya y descorazonados, adelantóse en medio de la plaza, y después de haber cambiado una mirada con doña Leonor, que no pasó desapercibida del celoso hermano de doña Beatriz, empeñóse en reñido combate con los paladines del bando contrario. Á poco rato, había roto seis lanzas y desmontado otros tantos campeones; con lo que, ayudado de los suyos, que cobraron nuevo brío, quedó al fin dueño del campo. Iba á proclamársele vencedor por los jueces, cuando se presentó un heraldo retando á singular combate á don Pedro de Portocarrero, en nombre de un caballero de la cuadrilla de don Jorge, que reservaba el dar su nombre para después de la pelea. Aceptó en el acto el buen caballero, y la atención general quedó suspensa, esperando á ver quién fuese el temerario que desafiaba á tan temible campeón. Creció el pasmo de la concurrencia cuando se presentó en la arena un paladín de pequeña esta-

tura, con la visera calada y encorvado bajo la armadura.

— No sufrirá el primer bote de lanza de Portocarrero, decía uno.

— Vamos á verlo volar como una pluma por el aire, decía otro.

— Á no ser que tenga pacto con el diablo, agregaba un tercero, ese hombrecillo va á caer maltrecho en medio de la arena.

Mientras tanto el desconocido paladín tomaba sus disposiciones y recibía de manos de sus escuderos la lanza y el escudo sin empresa alguna.

Los jueces midieron el campo, y dada la señal, partieron al mismo tiempo ambos jinetes, encontrándose á la mitad de la carrera. Don Pedro dirigió la punta de su lanza al peto de su rival, que vaciló sobre la silla y estuvo á punto de caer bajo tan formidable golpe. El desconocido enderezó el hierro al yelmo de don Pedro, y con el choque, hizo se desprendiese la visera, que cayó dejando descubierto el rostro del caballero. Entonces, con un movimiento rápido como el relámpago, el desconocido arrojó su lanza con fuerza, y la acerada punta hirió en la frente al noble Portocarrero, cuya sangre corrió á borbotones. Un grito de dolor resonó en el balcón de las Casas Consistoriales, y doña Leonor cayó desmayada en brazos de su amiga doña Juana de Artiaga. Portocarrero, indignado, soltó la brida á su caballo, y tomando con ambas manos su pesado lanzón, lo levantó en el aire, y cobrando nuevas fuerzas del coraje, lo descargó sobre el casco del infame, que recibió tan tremendo

golpe en la cabeza, que cayó en tierra sin sentido.

— ¿Qué hacéis, don Pedro? gritó don Francisco de la Cueva; no es ese el modo de combatir con un caballero.

— Es el modo de castigar á un villano, contestó Portocarrero, y se retiró á su tienda ensangrentado.

Los escuderos y pajes del desconocido acudieron en su auxilio, y habiendo desatado las correas del yelmo y descubierto la cabeza de éste, apareció, pálido y demudado, el rostro del veedor Gonzalo Ronquillo.

— ¡El Estafermo! gritó el pueblo, y acompañó aquella exclamación con una ruidosa salva de carcajadas.

Concluyó el torneo, y los jueces del campo se retiraron para deliberar.

CAPÍTULO IV

En la mañana del día siguiente, mientras el Adelantado se hallaba en su gabinete con su secretario Diego Robledo, tratando varios negocios graves, la servidumbre del gobernador, reunida en la antecámara, conversaba familiarmente, recayendo la plática, como era natural, sobre las escenas de la víspera. Estaban allí el mayordomo y el camarero mayor, llamados Francisco y García de Alvarado; el caballerizo García Ortiz, el despensero Pedro González, los pajes Alarcón, Biezma, Figueroa, Osorio, Casano y Pérez, paje de cámara, cuyos nombres se han conservado en el testamento de don Pedro.

— Brillante fué la función, decía el mayordomo; y á no haber sido el desgraciado lance con que terminó, por una casualidad, la corona de vencedor se habría adjudicado al valiente Portocarrero.

—¿Casualidad, decís? contestó el criado anciano á quien hemos conocido ya en el capítulo primero de esta historia; decid más bien el maleficio que se hizo al yelmo de Portocarrero.

Acostumbrados á escuchar con respeto el parecer de Rodríguez *el viejo*, los demás criados rodearon al

que acababa de pronunciar aquellas palabras. El mayordomo continuó :

— Parece, en efecto, señor Rodríguez, cosa de hechicería; pero, ¿quién puede haber jugado esa mala pasada al buen caballero? ¿No es probable que el tornillo que dicen faltaba en el encaje de la visera, haya caído casualmente, ó se haya quebrado con el golpe que le dió con la lanza el veedor Ronquillo?

— No puede ser, replicó Rodríguez; eso ha sido obra de encantamento; creed á mi experiencia y acordaos de que suele decirse que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

— ¿Y qué decís, preguntó el camarero García de Alvarado, del desaguisado que cometió el veedor, hiriendo en el rostro á Portocarrero, después que había caído la visera? Bien sabéis que eso está prohibido por las leyes de la caballería.

— Así es, contestó el mayordomo; pero se asegura que aquello fué también casual, no habiendo sido la intención de don Gonzalo herir á su adversario.

— Casual ó no, dijo el despensero González, el Esta fermo la ha llevado buena. Dicen que hoy ha amanecido con calentura de cuenta del porrazo que le dió don Pedro con su lanzón.

— Buen provecho le haga, dijo el paje de cámara Pérez. Ese veedor no me la hace buena. ¿Y se sabe ya lo que hayan decidido los jueces del campo? Supongo condenarán al veedor.

— Pues supones muy mal, replicó el viejo. Eso de condenar á un hombre como Ronquillo, no se hace tan aínas.

— Pero el licenciado de la Cueva, dijo el paje, y el tesorero real, son hombres de ciencia y de conciencia.

— Lo primero *concedo*, contestó Rodríguez; lo segundo *distingo*, como decíamos en Salamanca. Si se trata de un negocio en que no tenga interés, el licenciado hablará como un papa; pero si hay gato encerrado, citará las Pandectas y el Fuero Juzgo y se saldrá con la suya. En cuanto á Castellanos, lo tengo, Dios me lo perdone, por gente *non sancta*, aun cuando sea más sabio que el marqués de Villena.

— Pero siendo, como es, observó García Ortiz, conocido el afecto que el Adelantado, nuestro amo, profesa á Portocarrero, no se atreverán á sentenciar contra él.

— ¿Y si se atreven? dijo Rodríguez. ¿No se atrevió Sancho de Baraona á poner demanda al Adelantado mismo ante el juez Maldonado, sobre el pueblo de Atitán, que le quitó, y no lo condenó el susodicho juez á pagar al querellante no sé qué cantidad de pesos?

— Que por cierto hasta ahora no ha pagado, dijo el mayordomo; como tampoco me ha satisfecho á mí mis salarios.

— Ni á mí los míos; añadió el camarero mayor.

— ¿Y qué dirá quien os oye? dijo el despensero; de mí sé decir que no he recibido un maravedí desde que estoy al servicio de su señoría.

— Por ahí nos vamos, hijo, añadió el caballerizo; pues yo no sé todavía ni lo que gano.

— Pues medrados estamos, dijo uno de los pajes.

Si vosotros no recibís vuestro salario, ¿qué se hace del oro del Adelantado? En cuanto á mí y á mis compañeros aquí presentes, esperamos el ajuste de nuestras cuentas para el día del juicio.

— ¡Gente desleal y desagradecida, exclamó con impaciencia el viejo Rodríguez! ¿de qué os quejáis? ¿No tenéis en la casa cuanto habéis menester? Si no recibimos nuestros salarios puntualmente, se nos pagarán algún día; y sin eso, harto pagados estamos con servir á tan buen señor, amén de los gajes que á muchos de vosotros les proporcionan sus oficios. Además, el Adelantado es agradecido, y nos irá dando empleos lucrativos; si no, ahí tenéis al señor Diego de Robledo, que de simple criado suyo, ha venido á ser todo un escribano de Cabildo, gracia que le alcanzó don Pedro con el secretario Samano en este último viaje á la corte.

— ¡Oh! Robledo, dijo el mayordomo, ese es de la tetilla del amo, es el archivo de sus secretos, y como sabe tantas cosas, conviene que tenga una buena tajada en la boca para que no hable.

Iba á replicar el leal Rodríguez, cuando abriéndose de par en par las puertas del gabinete, salió un hombre alto, seco, de mirada torba, vestido de negro y que llevaba un rollo de sergaminos debajo del brazo. Era el señor Diego de Robledo, secretario privado del Gobernador y escribano de Cabildo.

El corro de fámulos maldicientes tomó repentinamente una actitud respetuosa y humilde, mientras el secretario avanzaba con el aire entre burlón y desdeñoso de un insolente favorito.

— Hola Pérez, dijo, dirigiendo una sonrisa al paje de cámara. Parece que no te ha ido mal en el negocio de Reguera. Dícenme que te ha valido cincuenta pesos de oro. Aquí va ya despachada la concesión del repartimiento de indios. Cincuenta naborias. ¡Cáspita! pues no es mal bocado. Si quieres ser portador de tan buena nueva, acude á mi casa por los títulos, y *nos entenderemos*, dijo, recalcando con intención en las últimas palabras.

— Y tú, Francisco, añadió volviéndose el mayordomo, puedes contar ya con que tu ahijado Becerra obtendrá su solicitud en lo del solar; ¿cuánto te ha dado?

— Una bicoca, dijo el descarado mayordomo : diez vacas y seis caballos y una mala cadena de oro.

— Y setenta pesos, concluyó Robledo. Ya ves que no es malo. Y como estos negocillos ocurren á menudo, podrás dotar bien á tu sobrina, la bella Melchora Suárez, camarera de la señora doña Leonor. Á propósito, escúchame, Francisco; y llevando aparte al mayordomo, le habló el secretario de modo que no pudo ser escuchado por los demás de la servidumbre.

— Necesito, dijo, hablar esta noche á tu sobrina. Iré á tu habitación á eso de las siete.

— Como mandareis, don Diego, contestó el mayordomo; pero dígoos que toda porfía es excusada. Melchora ha instado en vano, y nada, absolutamente nada, ha podido obtener. Ha recibido la prohibición más absoluta de hablar del caso.

— Dime, Alvarado, contestó el secretario con trisca; ¿has leído la mitología?

— Un poco, ¿y qué queréis decir?

— Quiero decir que recordarás que Júpiter, para introducirse en una torre en que estaba guardada la hermosa Dánae, recurrió al ingenioso arbitrio de convertirse en lluvia de oro.

— ¿Y bien?

— ¿Y bien? que si hay en el mundo verdaderas Dánaes, como aquella fingida de los paganos, hay también lluvias que allanen las resistencias.

Dicho esto, el secretario volvió la espalda al mayordomo y se salió de la antecámara; sin mirar siquiera á la servidumbre, que le abrió paso respetuosamente.

— ¡Redomado bribón! dijo uno cuando Robledo hubo desaparecido.

— ¡Sanguijuela insaciable! exclamó otro.

— ¿Sabéis, preguntó el caballerizo, que está vendido al licenciado de la Cueva y ha abrazado su partido con alma, vida y corazón?

— ¿Y qué pretende don Francisco de ese hombre?

— ¡Toma! ¿No veis que su influencia con el Adelantado y con el Ayuntamiento es grande y habrá pronto que nombrar teniente de gobernador, cuando parta don Pedro á la expedición en busca de las condenadas islas de la Especería?

— Además, dijo el paje de cámara dándose aires de poseedor de secretos que los otros ignoraban, hay otro negocio en que Robledo ayuda á don Francisco, aunque hasta ahora parece que el astuto secretario ha majado en hierro frío.

Al decir estas palabras, entró en la antecámara don

Francisco de la Cueva, y sin hacerse anunciar, pasó al gabinete del Adelantado por entre el grupo de familiares, que se inclinaron hasta el suelo.

— Buenos días, don Pedro, dijo don Francisco.

— Guárdeos Dios, don Francisco, contestó don Pedro, tendiendo la mano á su cuñado. Dícenme que vuestra consulta sobre lo del torneo ha sido larga; tan larga, como si hubieseis estado tomando residencia á un buen gobernador, pues á los malos, ya se sabe que se les despacha pronto y bien.

— Por más que os chanceéis, don Pedro, el negocio ha sido grave y merecía un serio examen.

— ¡Bah! una nueva fechoría de Ronquillo no es cosa que deba asombrar á nadie.

— La fechoría, don Pedro, dijo en tono grave el licenciado, es más bien de vuestro amigo, que faltando á las leyes y costumbres de las justas, ha convertido su lanza en un garrote y ha usado de él contra un caballero igual suyo en linaje, tratándolo como á un villano.

— ¿Y qué os parece, señor protector de truhanes, contestó el gobernador, del desmán cometido por ese á quien vos llamáis caballero, hiriendo á un paladín á quien se había caído la visera?

— ¡Oh! replicó don Francisco, muy mal hecho, si hubiese sido intencionadamente; pero eso no puede atribuírse sino á una casualidad.

— Llamadlo como queráis, hermano mío. Entre Portocarrero y ese hombre, nadie podrá dudar. Así, espero que habréis condenado á Ronquillo, por haber infringido las leyes de la caballería.

— No, don Pedro, os engañáis : el tesorero y yo hemos decidido, de entero acuerdo, que Portocarrero debe dar una satisfacción pública á Ronquillo.

El Adelantado se puso pálido al oír aquellas palabras : el asombro y el coraje se pintaron en su semblante. Sus ojos centellantes se fijaron en don Francisco, y con voz entrecortada por la cólera dijo :

— ¡ Por el alma de mi padre que eso no puede ser y no será. Vive Dios que os engañáis en la mitad de la cuenta, señor licenciado, si creéis que yo habré de consentir en la humillación del primero de nuestros capitanes. No puede ser, os digo, y no será. Llevaré el asunto, si necesario fuere, ante el Consejo, apelaré al rey mismo como soberano y como caballero, y no habrá uno solo que se atreva á hacer que se ejecute tan inicua sentencia.

— Lo habrá, don Pedro, dijo á la sazón abriendo la puerta del gabinete y entrando con paso grave y semblante tranquilo el mismo Portocarrero, que había podido escuchar las últimas palabras del Adelantado. Lo habrá, y soy yo, que agradeciéndoos en mi alma vuestra hidalga resolución, sé á lo que me obligan las leyes de la caballería y estoy pronto á cumplirlas. Don Francisco, dijo, tendiendo la mano al licenciado, que la tomó no sin ruborizarse; creo que habéis juzgado conforme á vuestra conciencia y conozco mi deber.

Una lágrima rodó lentamente por la mejilla de Alvarado, quien después de una corta pausa abrió los brazos á su amigo, y lo estrechó con efusión contra su pecho.

— Habéis vencido, noble Portocarrero, dijo don Pedro; os he admirado grande frente al enemigo, y os admiro más grande aún, cuando vuestro corazón derrama esos tesoros de olvido y de perdón.

— El triunfo más difícil, don Pedro, contestó Portocarrero, es el que alcanzamos sobre nosotros mismos; y ése no lo obtiene el hombre sin un auxilio superior. Don Francisco, añadió, volviéndose al licenciado de la Cueva, disponed el día, el sitio, la hora y la forma de la satisfacción que debo dar á don Gonzalo.

— Todo está ya arreglado, dijo don Francisco de la Cueva; en la galería alta de las Casas Consistoriales se reunirá la nobleza, y en presencia de ella y del pueblo, confesaréis vuestra falta y pediréis á Ronquillo que os perdone.

— Se hará como decís, contestó Portocarrero con serenidad.

Dicho esto, don Francisco saludó cortés, pero friamente, y salió del gabinete.

— Y bien, Portocarrero, dijo don Pedro después de un momento de silencio; ¿cómo estáis hoy?

— Perfectamente, don Pedro, contestó Portocarrero; la lanza que arrojó Ronquillo, casual ó intencionadamente, no me dió de lleno en la cara, por fortuna, causándome tan sólo un ligero rasguño en la frente.

— Que me place, dijo don Pedro; no logró ese bellaco su torcida intención, que era sin duda desfiguraros el rostro, lo que habría sido una desgracia para un caballero tan favorito de las damas como vos. Y

á propósito, Portocarrero, ¿sabéis que se dice en la ciudad que amáis á doña Leonor, mi hija, y que han atribuído á un afecto particular que ella os profesa el desmayo que le causó vuestra herida?

Portocarrero quedó aturdido con aquel ataque franco é inesperado. Amaba á la hija de su amigo con una de esas pasiones profundas, silenciosas é inextinguibles de que son capaces únicamente las almas elevadas. Por desgracia, cuando don Pedro conoció y comenzó á amar, que todo fué uno, á doña Leonor, á quien había conocido en Méjico, antes de que la joven viniese por primera vez á Guatemala, el Adelantado tenía contraído un compromiso serio con don Francisco de la Cueva, hermano de doña Francisca, su primera esposa, ofreciéndole la mano de su hija. Muerta doña Francisca en Veracruz, Alvarado volvió á España, y el comendador mayor de Castilla y secretario del rey, don Francisco de los Cobos, protector decidido del Adelantado y por cuya influencia se había enlazado don Pedro con doña Francisca, que pertenecía á la ilustre familia de los duques de Alburquerque, se empeñó en facilitar el matrimonio de Alvarado con doña Beatriz, hermana de su difunta esposa. Verificóse aquel enlace, que estrechó aun más los lazos que existían ya entre el Adelantado y don Francisco de la Cueva, hermano de sus dos mujeres. Amaba éste á doña Leonor, habiéndola conocido en la Nueva España, y doña Beatriz protegía decididamente aquella inclinación, considerando el matrimonio de don Francisco con la hija de su marido y de la princesa Jicotencal, tan ventajoso al uno como

á la otra. Sin atreverse doña Leonor á resistir abiertamente á la voluntad de su padre y de su madrastra, rehusaba el enlace proyectado, manifestando el deseo de tomar el velo en algún convento de monjas en Castilla. El verdadero motivo, empero, de aquella negativa, era la decidida inclinación que profesaba á Portocarrero, á quien había jurado amor eterno, aunque sin atreverse á declararlo á Alvarado, sabiendo, como sabía, su resolución, y temerosa, por otra parte, de disgustar á la imperiosa y altiva doña Beatriz.

Tal era la situación de las cosas cuando el incidente ocurrido en el torneo fué á descubrir lo que los desgraciados amantes habían logrado mantener oculto. El Adelantado, cuya imaginación estaba en aquella época enteramente ocupada en el grandioso proyecto de la expedición en busca de las islas de la Especería, concertada con el rey mismo y con el virrey de Méjico, don Antonio de Mendoza, dió poca atención á aquel suceso; creyendo, equivocadamente, que la inclinación recíproca de su hija y de don Pedro sería un capricho pasajero. En esa persuasión, habló del asunto á Portocarrero en los términos que hemos indicado. ¡Cuál no sería, pues, su asombro y su disgusto, cuando éste, en respuesta á aquella brusca interpelación, le declaró, en tono comedido, pero resuelto, su profunda pasión á doña Leonor! Tenía que decidir entre su palabra empeñada solemnemente, y poderosas consideraciones de familia, por una parte, y el afecto casi de hermano que profesaba á Portocarrero, por otra. Para un hombre del carácter de Alvarado, que anteponía á todo las ideas de engrandeci-

miento personal, y que había sacrificado su inclinación á Cecilia Vázquez, la prima de Hernán Cortés, para casarse con la sobrina del duque de Alburquerque, por dar gusto al secretario del Rey, no era de esperar quisiese desagradar á su esposa y á su cuñado, por afecto á un amigo. Así, recibió la declaración de Portocarrero con visible disgusto y le dijo:

— Debéis considerar, don Pedro, cuánta pena me causa lo que por desgracia viene á revelársenos demasiado tarde. Bien sabéis que mi palabra está empeñada y no ignoráis las consideraciones que debo guardar al hermano de mi esposa. Doña Leonor obedecerá mi voluntad, y á vos, amigo mío, el tiempo y las grandes empresas á que os llaman aún el servicio de Dios y del Rey, os harán olvidar ese afecto al cual, en la situación en que se hallan las cosas, no debéis ya dar pábulo.

— Don Pedro, contestó Portocarrero, yo nada os pido; me habéis hecho una pregunta,y os he respondido, como lo acostumbro, con sinceridad. Si vuestra hija ha de ser esposa de don Francisco de la Cueva, no será en un imposible olvido en donde busque mi alma un lenitivo á su dolor. Vos, haced lo que creáis justo; exigidlo todo de mí; tenéis derecho á ello; todo os lo sacrificaré, menos un amor que nada pretende, á nada aspira y que perdurable en el fondo de mi corazón, jamás saldrá de él para servir de obstáculo al cumplimiento de vuestras promesas y á vuestras consideraciones de familia.

Dicho esto, Portocarrero estrechó la mano al Adelantado, y visiblemente conmovido, se salió del gabi-

nete, dejando al gobernador en la mayor confusión.

Después de haber paseado un momento por el gabinete, entregado á sus cavilaciones, don Pedro sacudió con fuerza una campanilla de plata con incrustaciones de oro, que estaba sobre la mesa; presentóse el paje de servicio, y el Adelantado le previno llamase á Robledo, que trabajaba en otro gabinete. Acudió inmediatamente el secretario, no con el aire altanero con que lo hemos visto aparecer ante la servidumbre del gobernador, sino aparentemente humilde y esforzándose por dar á su semblante, habitualmente desagradable y torvo, cierta expresión de franqueza expansiva y de respetuosa jovialidad. Don Pedro, que parecía agitado por violentas emociones, se sentó junto á la mesa, y apoyando en ella los codos, hizo descansar la cabeza sobre sus dos manos.

CAPÍTULO V

Mientras el gobernador repasaba en su imaginación los sucesos de aquellos días y maduraba los vastos proyectos que su espíritu audaz había concebido, y cuya realización aumentaría aún los inmensos dominios del monarca español y la gloria del que llevase á término tan alta empresa, otra escena de muy diferente carácter, aunque no extraña á los acontecimientos que hemos referido en los últimos capítulos, pasaba en otra pieza del palacio del Adelantado.

Doña Leonor, más triste y abatida aún que de ordinario, estaba sentada en un sillón, tapizado de tafetán carmesí, como los demás muebles de la habitación, tan ricamente adornada casi como podía haberlo estado la de cualquiera noble señora europea. Varios objetos de oro y plata y mosaicos de plumas traídos de Méjico, como también diferentes adornos venidos de Castilla, decoraban el dormitorio de la joven, á quien su padre amaba con idolatría. Alvarado, como la generalidad de los conquistadores españoles, se mostraba, es verdad, ávido de riquezas; pero, como

casi todos ellos también, era generoso y espléndido hasta la prodigalidad.

Cierto que sus inmediatos servidores no recibían sus salarios, como se lo hemos oído á ellos mismos y lo atestigua el testamento que otorgó, dos años después, y, muerto ya don Pedro, su fiel amigo y escrupuloso fideicomisario el señor obispo Marroquín de veneranda memoria; pero aquel descuido en hombres de la clase de Alvarado, era harto común en aquellos tiempos y aun lo ha sido en épocas más recientes, sin que deba considerarse como prueba de ánimo mezquino y de un corazón apocado. Así, don Pedro, que no pagaba su servidumbre, derramaba el oro entre sus deudos y entre sus mismos criados, proporcionando á aquéllos todas las superfluidades del lujo y á éstos cuanto puede tender á que muestre la magnificencia del servidor la grandeza del amo.

Nada faltaba, pues, á la hija de la princesa Jicontecal de cuanto podía haber satisfecho los caprichos de una joven de diez y ocho años; nada, sino lo que no se compra con el oro, ni puede proporcionar el más afectuoso de los padres: la tranquilidad del corazón. Las seis indias que servían inmediatamente á doña Leonor, esclavas á pesar de las prohibiciones reales, y sus otras criadas españolas, aguardaban en una pieza inmediata las órdenes de su señora, que vestida con un ligero traje de muselina blanca, concluía su minucioso tocado, auxiliada del celo inteligente de su camarera Melchora Suárez, la sobrina del mayordomo Francisco de Alvarado.

—Te lo he dicho ya y es inútil repetirlo, decía doña

Leonor; por más halagüeña que sea para mí la elección de un caballero como don Francisco, mi resolución es irrevocable.

—Pero, señora, contestó respetuosamente la camarera, no podéis persistir en semejante idea. Encerráros en un claustro á los diez y ocho años y renunciar al lisonjero porvenir que os aguarda, no puede hacerse sino por motivos muy graves. Reflexionad bien antes de decidiros; pensad, sobre todo, en la pena que eso causaría á vuestro ilustre padre...

— Melchora, interrumpió doña Leonor, sabes que amo y respeto á mi padre más que á nadie en este mundo, y no querría por nada de esta vida darle la más ligera desazón. Pero no puedo, no debo dar la mano á un hombre á quien no amo. Mi único anhelo es ser esposa de Jesucristo; y desde el retiro á que me habré consagrado con la plenitud de mi voluntad, rogaré á Dios por el Adelantado y le pediré día y noche favorezca sus empresas y que le haga olvidar á su desventurada hija.

— Señora, replicó la camarera, estáis aún muy joven, permitidme os lo diga, para tomar semejante partido; y debierais oír los consejos de vuestra familia, de vuestro padre, que tanto os ama, y de doña Beatriz, en quien habéis encontrado una segunda madre.

La hija del Adelantado guardó un profundo silencio visto lo cual, prosiguió así la camarera:

— Entre los señores que podrían aspirar á vuestra mano, nadie más digno que el hermano político de vuestro padre. Emparentado con una de las más ilus-

tres familias de Castilla, animoso en la guerra y sabio en el consejo, don Francisco de la Cueva está llamado á los más altos empleos en servicio del Rey. Desde luego se le designa ya como la persona á quien el Adelantado mi señor encomendará el gobierno del reino, cuando se verifique la expedición proyectada. Don Francisco ha desempeñado ya estas funciones á satisfacción de todos.

— Sí, dijo doña Leonor, en unión de otro caballero que tiene tantos derechos como él á esa distinción : de don Pedro de Portocarrero.

— Verdad es, contestó Melchora ; pero á ser cierto el rumor que hoy circula en palacio, el señor de Portocarrero tiene que pasar ahora por una dura prueba, que acaso lo inhabilitará, humillando algún tanto su justa arrogancia.

El orgullo y el amor herido acabaron de traicionar el mal guardado secreto de la joven. Con la altivez de una reina, se levantó de su asiento, y con voz balbuciente, dijo :

— ¿ Humillar, dices ? ¿ Y quién en este mundo es capaz de humillar á Portocarrero ? ¿ De qué rumor hablas ?

— Señora, dijo con fingida indiferencia la camarera, es una cosa que no puede interesaros...

— Dime inmediatamente lo que hay, interrumpió doña Leonor, quiero y debo saberlo todo.

— Pues ya que lo ordenáis, contestó Melchora, os diré que los jueces del torneo han pronunciado su sentencia respecto al incidente ocurrido ayer entre don Pedro y el veedor Ronquillo...

— ¿ Y bien?

— Han condenado al señor de Portocarrero á dar una satisfacción pública á don Gonzalo.

La orgullosa joven dió un grito de indignación, y saliendo de su cuarto precipitadamente, se lanzó al gabinete del gobernador. Un momento antes había entrado en el despacho el secretario Robledo.

— Señor, dijo la joven, dirigiéndose á su padre, mi camarera acaba de decirme que los jueces del campo han decidido la cuestión suscitada con motivo del incidente ocurrido ayer en el torneo entre don Pedro de Portocarrero y el veedor Gonzalo Ronquillo. ¿ Sabéis cuál ha sido esa decisión?

— Sí, hija mía, contestó don Pedro, que se levantó para recibir á doña Leonor, á quien abrazó afectuosamente. Sí ; con profunda pena he sabido que los jueces condenan á Portocarrero.

— ¿ Y permitiréis que se ejecute esa sentencia? preguntó doña Leonor, en cuyas mejillas había sustituído el rojo encendido á la palidez habitual. ¿ Se humillará el primero de vuestros capitanes ante un?...

— Permitidme, señora, dijo á la sazón Robledo, que aventure mi humilde opinión en este negocio. Los jueces del campo han querido mostrar su imparcialidad, condenando al amigo de su señoría y decidiendo en favor del que parece enemigo suyo.

— ¿ Y es esto cuanto tenéis que decir en apoyo de tan inicua sentencia, señor Robledo? dijo doña Leonor, mirando con arrogante y desdeñosa dignidad al secretario. Mala prueba dais de la habilidad que generalmente se os reconoce para los negocios. ¿ De

cuándo acá es un título á la consideración y á la indulgencia de la justicia, el ser enemigo de mi padre?

— Señora, replicó Robledo, la diferencia de nuestro modo de ver en este asunto es quizá que yo lo juzgo con la cabeza y vos con el corazón.

— Yo no os reconozco el derecho, dijo doña Leonor, de escudriñar el móvil de mis acciones. Os olvidáis de quién soy yo y quién sois vos, y se diría que pretendéis convertiros en mi acusador. Señor, añadió volviéndose al Adelantado, perdonadme y permitid que me retire; había venido á hablaros é ignoraba que estuvieseis ocupado con gente extraña.

Dicho esto, doña Leonor besó la mano á don Pedro y se disponía á retirarse, sin dirigir una mirada al secretario, pero el gobernador la detuvo y dijo sonriendo:

— Comprendo que reclamas lo que crees te pertenece de derecho. Fuiste la reina del torneo, y cuando menos, debió haberse consultado tu opinión sobre el incidente con que terminó. Vamos á discutir el punto. Robledo, añadió volviéndose al secretario, ya te llamaré si acaso necesito de tu auxilio en el debate con esta bella argumentadora.

— Señor, dijo el secrerario, mi presencia aquí...

— Basta. Déjanos; replicó el Adelantado con autoridad y dando á su semblante el aspecto casi feroz que tomaba algunas veces. Robledo hizo una profunda cortesía y se retiró con el corazón henchido de hiel.

— Y bien, dijo don Pedro, dulcificando su fisonomía; Robledo ha sido quizá atrevido, pero acertado. No es simplemente el interés de la justicia el que te mueve,

Leonor; lo veo, aunque me sea conocida la rectitud de tu carácter. Tu corazón se interesa por Portocarrero más de lo que debiera.

Doña Leonor guardó silencio por un momento, y luego, como quien se hace violencia, dijo:

— Sí, padre mío, ¿por qué ocultároslo ya? Amo á don Pedro, lo he amado tiempo hace y lo amaré mientras viviere. Jamás mi pobre corazón, que ha sufrido en silencio, ha alimentado la esperanza lisonjera de ver satisfecha su única ilusión. Conozco vuestros proyectos, y sin fuerza para secundarlos, he resuelto, como ya os lo he dicho, abrazar el estado religioso. Mi doloroso secreto se habría sepultado conmigo en la soledad del claustro, si no se me obligase hoy á revelároslo. Porque yo, que todo lo sufro, que nada pido, no puedo sobrellevar la idea de la humillación y el vilipendio del hombre á quien amo. Prefiero mil vidas de tormento, á ver por un instante descender un solo escalón de su elevado pedestal al que es el ídolo de mi alma. No permitáis que los enemigos de Portocarrero, que son también los vuestros, ejecuten sus insidiosos proyectos; evitadle esa mancha, y después permitid que, ya que vuestra palabra empeñada es un muro entre él y yo, lleve adelante mi resolución.

No fué poco lo que se sorprendió don Pedro al escuchar aquellas palabras, pronunciadas en tono respetuoso, pero firme. Doña Leonor había heredado el carácter incontrastable de su padre; y delicada hasta el último extremo en materias de honor, como debía serlo una dama de aquel siglo caballeresco, no toleraba la idea de que se pretendiese humillar la altivez de

su amante. Don Pedro reflexionó un momento, y luego con mucha calma y acento bondadoso, dijo:

— Hija mía, yo no puedo aprobar una inclinación que viene á echar abajo proyectos madurados por mi experiencia y por el entrañable afecto que te profeso. Mi hermano político hará tu felicidad; ese enlace, que doña Beatriz y yo hemos tratado, estrechará los lazos de las dos familias; y la nuestra, ilustre por sí, lo será aun más, mediante ese nuevo parentesco con una de las primeras casas de Europa.

— Señor, contestó la altiva joven, creo que la nieta de un monarca no necesita de alianzas para elevarse, y que para mi sangre, tanto vale un caballero español de la familia de los duques de Alburquerque, como otro de la de los condes de Medellín.

— No he olvidado, Leonor dijo don Pedro, la altura de tu origen, ni digo que tu linaje pueda ceder á otro alguno. Te hablo del mayor lustre que recibirá mi casa, y sobre todo, deseo reflexiones en la posición que me ha creado el compromiso contraído con don Francisco. ¿Has visto alguna vez que el astro del día retroceda en su carrera?

— ¡Jamás! contestó doña Leonor con acento melancólico.

— ¡Jamás! repitió don Pedro. Dígote, pues, que antes verías volver atrás á ese astro, con el cual me ha comparado la imaginación de tus compatriotas, que á don Pedro de Alvarado retirar la palabra dada á un caballero. En cuanto á la sentencia de los jueces del campo, añadió, la considero, hija mía, injusta, si bien tengo la seguridad de que don Francisco de la

Cueva ha procedido conforme á su conciencia. Así lo juzga también el mismo Portocarrero, y se somete á ella.

—¿Portocarrero consiente en dar la satisfacción que se le exige? preguntó la joven asombrada.

—Sí, contestó don Pedro; consiente en darla, y yo no puedo oponerme, una vez que él cree debido acatar la decisión de los jueces.

—¡Alma generosa! exclamó doña Leonor; ¿y queréis que no lo ame, padre mío? ¡Cuánto más grande no es don Pedro, aparentemente vencido, que sus enemigos en su menguado triunfo! Señor: cuanto soy y tengo á vos os lo debo. Vuestra voluntad ha sido y es mi ley. Como siempre, os obedeceré en todo. Hay, sin embargo, una sola cosa en la cual ni vos ni yo misma podemos mandar. Permitid que vuestra desgraciada hija lleve á cabo su resolución. Si vos habéis dispuesto de mi mano, yo he entregado mi corazón, y seré, perdonad que os lo declare, ó de Dios ó de él.

Dicho esto, la joven tomó la mano al Adelantado, y besándola tierna y respetuosamente, salió del gabinete y volvió á su habitación.

Don Pedro la siguió con una mirada que expresaba la más profunda simpatía; y después de haber permanecido largo rato pensativo, ordenó al paje de servicio llamase á Robledo.

El Adelantado y su secretario se encerraron para despachar los negocios del gobierno, y doña Leonor hizo llamar á su amiga doña Juana de Artiaga, antigua y única depositaria de aquel secreto, guardado

por tanto tiempo, y que á la sazón había dejado de serlo para todas las personas que componían la pequeña corte de los gobernadores de Guatemala.

Veamos lo que pasaba entre tanto en la cámara de la señora Adelantada, donde estaban empeñados en conversación doña Beatriz y el licenciado de la Cueva. Referiremos fielmente el diálogo de los dos hermanos :

—¿Y creéis que se ejecutará esa decisión? preguntaba doña Beatriz, y que eso facilitará en alguna manera la realización de nuestros proyectos?

—En cuanto á la ejecución, hermana mía, contestó don Francisco, no hay en ello la menor duda. Todo está dispuesto para que tenga lugar pasado mañana la reunión de la nobleza en las Casas Consistoriales; hemos procurado que el acto tenga grande aparato, á fin de que la humillación del orgulloso Portocarrero sea aún más completa.

—¿Y no teméis que él se niegue á dar la satisfacción?

—No. Con magnanimidad, aparente sin duda, se ha sometido á la sentencia y ofrece dar la satisfacción, confesando haberse conducido como mal caballero. En cuanto á la influencia que ese incidente deba ejercer en el ánimo de doña Leonor, espero será grande. Es altiva y pundonorosa hasta el extremo, y Portocarrero perderá mucho en su estimación. Por lo demás, pienso que la inclinación que le profesa no debe ser aún muy profunda, y que vuestro influjo y el respeto de su padre acabarán de decidirla.

—Don Francisco, replicó doña Beatriz, no contéis

demasiado con lo que el Adelantado y yo podamos hacer. Leonor se ha mostrado hasta hoy rebelde á nuestros consejos, aunque siempre respetuosa. Ella nos había ocultado constantemente ese secreto, que una casualidad ha venido á revelarnos, é insiste en volver á Castilla, para tomar el velo. Es necesario valerse de otros medios.

—Varios he tentado, dijo don Francisco. Melchora Suárez, á quien maneja Robledo, trabaja activamente en el ánimo de su señora; pero hasta hoy nada ha obtenido. Esperemos á ver el resultado de la escena de pasado mañana.

—No os fiéis mucho de eso, dijo doña Beatriz. Leonor es caprichosa y rara, y no será extraño que en vez de considerar deprimido á Portocarrero, aumente su afecto una persecución que ella cree injusta. Es necesario buscar otro arbitrio para destruír esa inclinación.

—Hablaré de esto á Robledo. La imaginación de ese hombre es fecunda para esa clase de expedientes. Todo el secreto estriba en excitarla á fuerza de oro. Voy á aguardar que concluya el despacho, y conferenciaré con él.

Dicho esto, se levantó don Francisco, y despidiéndose de doña Beatriz, pasó al gabinete en que trabajaba Robledo, y aguardó á que concluyese con el gobernador. Preocupado don Pedro por sus asuntos de familia, dió aquel día menos atención que la acostumbrada á los negocios del gobierno, escuchando distraído la lectura de varias cartas y memoriales importantes, que el astuto secretario sometió á la con-

sideración de su señor, aprovechando la ocasión de obtener con poca dificultad lo que otra vez habría sido objeto de una meditación más detenida. Obtuvo para diversas solicitudes un buen despacho, que sabía iba á ser generosamente retribuído por los interesados; y satisfecho con aquel triunfo, que dulcificaba en parte la amargura del desprecio con que lo había tratado un momento antes la hija del Adelantado, salió del gabinete del gobernador y se dirigió al suyo, en donde tuvo con don Francisco de la Cueva la conversación de que daremos cuenta á nuestros lectores en el siguiente capítulo.

CAPITULO VI

Antes de referir la conversación entre el licenciado don Francisco de la Cueva, hermano político del gobernador, y el escribano de cabildo y secretario privado de don Pedro, Diego Robledo, conviene dar á los lectores una idea más completa de este personaje y de las relaciones que existían entre él y el licenciado de la Cueva.

Como ya lo hemos indicado, Robledo, de simple criado de don Pedro, había ascendido á un puesto importante, obteniendo, á fuerza de astucia, la confianza del gobernador y la de los principales miembros del Ayuntamiento. Hábil, con esa especie de habilidad incapaz de elevarse á concepciones grandes, Robledo era un palaciego intrigante, que pensaba más en su propio adelanto que en el buen servicio del Rey. Pródigo y disipado, cuanto adquiría era poco para satisfacer sus pasiones; insensible y calculador, su voluntad de hierro no retrocedía ante los obstáculos, y sin pretender atacarlos de frente, procuraba llegar á su objeto por caminos indirectos y casi siempre por medios reprobados. Incapaz de comprender la grandeza de

ánimo y la generosidad, incurría en la falta, harto común en los hombres de carácter igual al suyo, de juzgar á los demás por su propio corazón, suponiendo que todo podía obtenerse por medio del oro. Figurando en un tiempo en que la humildad del origen era una falta imperdonable, y viviendo en medio de hidalgos orgullosos, el menosprecio, más ó menos disimulado de éstos, hería su amor propio y había petrificado en su corazón la hiel de la envidia y el odio hacia todo lo que le era superior por el nacimiento, por el valor, por la riqueza y por la posición social.

Una de las personas que por su mérito se habían captado el odio de Robledo era don Pedro de Portocarrero, viendo el maligno secretario con celosa emulación equilibrada su influencia por la amistad casi fraternal con que Alvarado distinguía á aquel caballero. Así, aunque procurando disfrazar su encono, trabajaba constantemente en el ánimo de su señor para desconceptuar al que era objeto de su saña. Vendido desde algún tiempo á don Francisco de la Cueva, que consideró oportuno aprovechar la influencia del secretario, disimulando el desprecio que le inspiraba, Robledo era recompensado generosamente por el hermano político del gobernador, á quien ayudaba cuanto podía en todos sus planes.

Dos eran los que de preferencia ocupaban á la sazón el espíritu de don Francisco; el de ser nombrado teniente de gobernador, cuando el Adelantado marchase á la expedición que traía entre manos, y el de su matrimonio con doña Leonor. En uno y otro servía Robledo con empeñoso afán al ambicioso y ena-

morado hidalgo, aunque, como ya hemos visto, con ningún éxito respecto al segundo. Con el oro de don Francisco, había ganado el secretario una gran parte de la servidumbre de la hija del gobernador, consecuente en su sistema de que por aquel medio podía obtenerse todo. Cuando Robledo entró en su gabinete, donde le aguardaba el licenciado de la Cueva, el mañoso secretario estaba no poco chasqueado, al ver que sus manejos escollaban en la firme decisión de doña Leonor. Después de haber saludado á don Francisco, dijo :

— Parece cosa del diablo, señor licenciado, que cuanto más empeño se pone, tanto más se dificulta y aleja la consecución de vuestros deseos. Por lo que hace á la tenencia, veo alargarse los preparativos de la marcha más de lo que yo imaginaba, y creo pasará algún tiempo antes de que estén concluídos. En cuanto al otro asunto, mis trabajos más asiduos han escollado hasta ahora en la decisión de doña Leonor, que parece ha concebido una pasión algo seria por Portocarrero. He ganado toda la servidumbre de esa señora, y nada adelantamos. Veo será preciso apelar á otros recursos. Pero para todo se necesita dinero.

— Bien, Robledo, contestó don Francisco con mal humor; dinero y más dinero. Tendrás cuanto quieras; pero es necesario vencer los obstáculos y encontrar algún medio de destruír la inclinación que yo supongo menos arraigada de lo que á ti te parece. ¿Qué dice Melchora Suárez?

— Señor, la camarera nada ha adelantado, y según acaba de decirme, unas pocas palabras que aventuró

contra Portocarrero, sirvieron únicamente para irritar á su señora y provocaron una escena de que yo mismo he sido testigo y víctima en parte. Pero ya sabéis, don Francisco, que no hay nada que yo no haga en vuestro servicio.

— Sí, con tal de que te siga pagando como hasta ahora; dijo para sí el licenciado, y luego contestó:

— Gracias, Robledo; estoy plenamente satisfecho de tu celo, por más que el resultado no haya coronado aún mis deseos. Es necesario que continúes sin descanso y que no pares hasta obtener lo que anhelo ardientemente y que asegurará tu fortuna.

— Señor, dijo el secretario, eso es lo menos para mí, que estoy bastante pagado con el gusto de serviros. ¿Y sabéis que hace un momento me ha ocurrido una idea que pienso será de seguro resultado?

— Di; ¿cuál es?

— ¿Conocéis por ventura á Agustina Córdoba, la viuda del capitán Francisco Cava?

— Sí, por cierto, ¿y bien?

— ¿Ignoráis, acaso, las relaciones, un tanto escandalosas, que tuvo con Portocarrero?

— Algo he oído de eso. Sé que hará cosa de cinco ó seis años, esa mujer, que no ha gozado en la ciudad de buena reputación, fué acusada por su propio marido, y creo recordar que andaba mezclado en el asunto el nombre de don Pedro de Portocarrero.

— Es así efectivamente, dijo Robledo. El capitán entabló proceso á su mujer; pero no pudo probarse que don Pedro hubiese tenido relaciones con ella des-

pués de casada, aunque sí consta las tuvo siendo soltera.

— Pues si no hay más que eso, contestó don Francisco, creo que poco adelantaremos. Doña Leonor no puede ser demasiado severa por un galanteo que tuvo lugar antes de que Portocarrero la conociese.

— Ciertamente que no; pero bien sabéis que un proceso archivado da mucho de sí, y que puesto en manos hábiles, puede aumentar ó disminuír como se quiera.

— Á la verdad, dijo el licenciado, que no alcanzo lo que quieres decir.

— ¿Qué no lo alcanzáis? Pues nada más claro. Suprimiendo algunas declaraciones y añadiendo otras, está hecho todo.

La honradez natural del caballero se rebeló contra tan inicuo proyecto, y después de haber contemplado un momento á Robledo, que resistió impávido aquella mirada, dijo:

— No, ¡vive Dios! No se dirá jamás que un hombre de mi calidad ha recurrido contra un caballero á tan indigna trampa. ¿No tenéis otro medio que proponerme? añadió levantándose para marcharse.

— Ninguno, dijo el escribano del Cabildo. Ó hacemos aparecer á Portocarrero en relaciones adúlteras con esa mujer, en la época en que conocía y amaba á doña Leonor, ó renunciad, don Francisco, á vuestras pretensiones.

— Pues á ese precio, renunciaría á la mano de una hija del rey de España, dijo con severidad el licenciado; os prohibo expresamente, añadió, volver á ha-

blarme de semejante proyecto, y salió del gabinete sin despedirse del secretario.

— ¡ Necio ! exclamó Robledo luego que estuvo solo. Será preciso hacerlo bien á su pesar ; ya que mi propio interés y mi encono están íntimamente ligados con sus proyectos.

Dicho esto, sacó un legajo que tenía oculto en un secreto de su papelera y se puso á recorrerlo muy despacio, tomando apuntamientos á medida que iba repasando las hojas. Concluído aquel minucioso examen, el secretario dejó la pluma, y apoyando la cabeza en ambas manos, quedóse profundamente pensativo, como quien busca los medios de combinar bien sus proyectos.

Dos ligeros golpes dados en la puerta del gabinete sacaron de su distracción á Robledo, que dijo : « adelante » ; después de haber colocado de nuevo el legajo en su escondrijo.

Apareció inmediatamente el mayordomo Francisco de Alvarado, quien, como ha podido advertirse, hacía cuanto estaba á su alcance por favorecer los planes del secretario, usando de la influencia que le proporcionaba su empleo en palacio y el de camarera de doña Leonor que desempeñaba su sobrina, Melchora Suárez. No bien hubo entrado el mayordomo, díjole el secretario :

— Y bien, Francisco, parece que tu sobrina tiene la poca gracia de echar á perder todo aquello que se encomienda á su discreción. Debo advertirte que el licenciado de la Cueva, que acaba de salir de aquí, se manifiesta altamente disgustado de ti y de ella y me

ha anunciado su resolución de no dar un escudo más á los que tan mal sirven sus intereses.

— Señor don Diego, contestó el mayordomo, el señor de la Cueva nos juzga con injusticia. Nuestro celo ha ido hasta donde podía ir el del más adicto de los servidores; pero vos conocéis el carácter resuelto de doña Leonor, y no ignoráis que el verdadero motivo de su negativa á acceder á las pretensiones del hermano político de su padre, consiste en la profunda pasión que ella ha concebido por don Pedro de Portocarrero.

— ¡Buena excusa, por cierto! replicó Robledo. ¿Tan escasa de recursos es tu sobrina, que no encuentra algún arbitrio para combatir esa inclinación en el ánimo de su señora? Triunfar cuando no hay obstáculos, es cosa que hace cualquiera, Francisco. Dígote una vez por todas, que el dinero de un hidalgo como el licenciado de la Cueva no se gana por no hacer nada. Él ha depositado su confianza en mí, y debo ver por sus intereses como por los míos. Que tu sobrina busque los medios de hacer olvidar á Portocarrero, ó por quien soy, que no volvéis á ver un maravedí más.

Después de haber lanzado aquella amenaza, que el secretario sabía perfectamente había de hacer profunda impresión en el ánimo del codicioso mayordomo, Robledo, que le dió tiempo á que meditase sus palabras, agregó:

— Tú debes conocer á una viuda llamada Agustina Córdoba.

— Ciertamente que la conozco, dijo Alvarado; como que fuí amigo de su difunto marido, el capitán Fran-

cisco Cava, que por más señas, murió de un modo bastante extraño.

— ¿Y tienes noticia del proceso que él entabló por la mala conducta de su esposa?

— Sí, recuerdo haber oído hablar de eso, y también que no pudo probarse que don Pedro de Portocarrero hubiese tenido relaciones con Agustina, después de su matrimonio.

— En eso puedes estar equivocado, contestó Robledo; pues hay declaraciones que comprometen gravemente á don Pedro. Por interposición del Adelantado, se echó tierra al asunto, como suele decirse; pero la causa, que yo he tenido en mis manos prueba la culpabilidad de Portocarrero.

Un rayo de alegría iluminó el semblante del interesado mayordomo, que comprendió desde luego todo el partido que aquel asunto, bien manejado, podía suministrar á su sobrina.

— Si tal hay, dijo, las cosas pueden encaminarse á un desenlace á medida de nuestros deseos. Esta misma noche hablará de eso Melchora á doña Leonor.

— Poco á poco, señor mío, dijo Robledo. Eso no se maneja como tienes tu costumbre de manejar la hacienda de tu amo; es decir, sin escrúpulo ni cuidado alguno. Yo te avisaré cuando sea ocasión de que tu sobrina hable de este asunto á doña Leonor. Entre tanto, es necesario que vayas á casa de esa viuda y le digas que el secretario del gobernador le pide una secreta entrevista, para tratar un negocio grave.

— Vuestros deseos serán cumplidos, respondió el mayordomo, y no dudo que Agustina tendrá á mucha

honra el recibir á una persona de vuestras circunstancias.

— Bien, dijo Robledo; despacha este encargo y no olvides que la menor indiscreción puede costarte muy cara.

— Contad, como siempre, con mi celo y con mi reserva, dijo el mayordomo, y se retiró, yendo inmediatamente á casa de la viuda del capitán Francisco Cava.

Debemos dar á conocer á nuestros lectores este nuevo personaje que va á figurar en nuestra historia.

Agustina Córdoba era una moza que bajo el garbo y la gracia ligera, tan común en las mujeres que han nacido en la risueña Andalucía, ocultaba los instintos feroces de una habitante de los desiertos de África. Había venido á las Indias muy joven y dejado en Méjico, en donde residió algún tiempo, una reputación muy poco envidiable. Siguiendo sus propensiones aventureras, pasó después de la Nueva España á Guatemala, y continuó llevando una vida escandalosa. Varios caballeros conquistadores quedaron cautivos de los encantos de aquella peligrosa y pérfida sirena, que jugaba con las pasiones de los hombres como el irritado mar con las frágiles carabelas que imprudentes se arrojan á las aguas durante un temporal. Había causado la desgracia de más de uno de sus incautos adoradores, á quienes hizo sufrir los tormentos de los celos, y á quienes abrumó con desdenes, después de haber alimentado sus amorosas esperanzas.

Un día de tantos quiso la casualidad, ó la mala estrella de aquella mujer, que encontrase en su camino al hermoso y valiente Portocarrero; y la que hasta entonces se había burlado de tantos galanes, vino á quedar rendida ante la varonil energía del célebre capitán. Agustina olvidó á sus otros adoradores y no pensó ya sino en conservar el afecto de don Pedro. Éste, sin embargo, no podía sentir verdadero amor por quien no merecía su estimación, y muy pronto comenzó á cansarse de aquellas relaciones. Hizo un viaje á Méjico y conoció á la hija de su amigo el Adelantado, lo cual acabó de arrojar de su alma la inclinación poco noble que tenía á Agustina Córdoba. Cuando volvió á Guatemala, Portocarrero apareció completamente cambiado. No era ya el joven atrevido, ligero y galante cuyo nombre andaba siempre mezclado en aventuras escandalosas; grave, circunspecto y dominado exclusivamente por la casta inclinación que había concebido y que guardaba como un tesoro en el fondo de su alma, no volvió á presentarse jamás en casa de su antigua querida. Para ésta como para todos, fué un misterio el origen de la mudanza de don Pedro : puso en juego cuantos ardides son imaginables para volver á atraer á sus redes al caballero; pero todo fué en vano; Portocarrero había dado entrada en su alma á un amor que excluía hasta la más remota posibilidad de cualquier bastarda afección. Rechazó, pues, las importunas solicitudes de Agustina, que desesperada, entregó su mano al capitán Francisco Cava, uno de sus más constantes y antes desdeñados adoradores.

Llevada por su perversa índole, continuó en su vida licenciosa, y el pobre capitán, cansado al fin, se resolvió á acusarla. No faltaron personas malintencionadas que intentaron complicar en aquellos escandalosos procesos á Portocarrero, pretendiendo que había repetido sus visitas á Agustina, después de casada; pero la verdad pudo más que la malicia, y nada se probó contra don Pedro. Pendiente aún el proceso, murió Cava, de un modo bastante sospechoso, y el asunto quedó olvidado.

Agustina no perdía de vista á Portocarrero; su pasión parecía aumentar en proporción de la indiferencia y la frialdad de don Pedro, á quien había llegado á hacerse odioso el nombre de aquella mujer.

Tal era la situación de las cosas cuando el diabólico secretario Robledo concibió el proyecto de presentar á Portocarrero ante doña Leonor como reo de infidelidad, cometida con una mujer casada, de malísima reputación y de carácter despreciable. No ignoraba la herida mortal que aquel dardo, astutamente asestado, debía causar en el corazón de la orgullosa y apasionada hija del Adelantado, y con el objeto de llevar á cabo sus planes, había comenzado á urdir la indigna trama, como ya hemos podido advertirlo por su conversación con don Francisco de la Cueva y con el mayordomo del gobernador. Robledo consideró que conduciría á su propósito una conversación con Agustina, á quien no conocía personalmente, pues vivía muy retirada después de la muerte de su marido. El secretario quedó, pues, aguardando con impaciencia que le avisase el mayordomo, para pasar á casa de

Agustina, esperando con plena confianza hallar en ella un activo y celoso auxiliar para la realización de sus miras. Veremos más adelante cuál fué el resultado de aquella entrevista y el nuevo giro que ella dió á los sucesos que prestan asunto á esta narración.

CAPÍTULO VII

Con impaciente curiosidad aguardaba el desocupado vecindario la llegada del día señalado para que tuviese lugar la pública satisfacción que debía dar el magnánimo Portocarrero al astuto y maligno veedor Gonzalo Ronquillo. Ignorando el pueblo la resolución de don Pedro, creía que éste apelaría al *juicio de Dios*, conforme á las antiguas costumbres, y que un duelo á muerte, en que llevaría el Veedor la peor parte, vendría á poner en claro la inocencia del valeroso capitán.

El 7 de octubre desde muy temprano se agolpaba la multitud en la plaza, frente á las galerías de las Casas Consistoriales, punto señalado para la ceremonía, á fin de que la nobleza y el pueblo pudiesen presenciarla con entera comodidad.

Á eso de las nueve comenzaron á llegar los capitulares y otros caballeros, el prelado y su clero, el Juez de residencia y por último el gobernador, seguido de su servidumbre. Los jueces del campo tomaron asiento á la derecha del Adelantado. Gonzalo Ronquillo, lleno de impaciencia, había llegado uno de

los primeros y dejaba ver en su semblante el gozo que rebosaba en su corazón, por el triunfo que iba á alcanzar, en aquella solemne ceremonia, sobre el que era objeto de su inextinguible saña. Portocarrero, por su parte, no había sido menos puntual. Su hermosa cabeza, profusamente cubierta de largos cabellos negros, descollaba en un grupo de caballeros, sin que pudiese descubrirse en su frente serena, en la expresión tranquila de su mirada, ni en la naturalidad de sus movimientos la más ligera señal de impaciencia ó de despecho. El alma de aquel hombre vivía en una esfera adonde no podían alcanzar las mezquinas pasiones que agitaban á sus envidiosos adversarios.

Llegó por fin el momento esperado con tanta impaciencia por nobles y plebeyos. Colocáronse los asistentes en sus respectivos puestos, y en medio del más profundo silencio, don Francisco de la Cueva leyó en voz clara y firme la sentencia que condenaba á don Pedro de Portocarrero, por haber faltado á las leyes de la caballería en el torneo. En seguida adelantáronse el veedor Ronquillo y el mismo Portocarrero hacia el centro del semicírculo que formaban los asistentes al acto; y el licenciado de la Cueva entregó á don Pedro un papel en que estaba escrita la fórmula de la satisfacción que debía dar al Veedor. Cuando Portocarrero iba á principiar la lectura de aquel documento, se oyó con sorpresa general una voz que salía del grupo que formaba la servidumbre del Gobernador, colocada detrás del sillón que éste ocupaba.

— ¡ Justicia, en nombre del Rey ! exclamó aquella voz.

É inmediatamente el anciano Pedro Rodríguez se adelantó resueltamente, y colocándose en medio del semicírculo, antes de que los presentes pudiesen volver de su asombro, añadió :

— ¡ Justicia ! La sentencia que acabáis de oír, caballeros, no puede ni debe ejecutarse. Está pronunciada sobre un supuesto falso.

Don Francisco de la Cueva quiso imponer silencio al criado del gobernador; pero Alvarado, que conocía la lealtad y el recto juicio de Rodríguez, comprendió desde luego que no sin un motivo harto grave, se habría atrevido á interrumpir la ceremonia. Tomó, pues, la palabra y dijo :

— Permitan vuestras mercedes á este anciano que exponga sus razones con toda libertad. He dejado obrar á los jueces del campo como lo han creído conveniente; mas yo faltaría á mis deberes, si no interpusiese mi autoridad, cuando se nos anuncia la revelación de algún hecho muy grave sin duda, y en el cual caso esté interesado el servicio de Dios y del Rey. Pedro Rodríguez, añadió volviéndose al criado : habla, pero no olvides la responsabilidad que contraes si aventuras una acusación que no puedes probar.

El juez Alonzo de Maldonado, el señor obispo Marroquín y otros de los presentes, apoyaron la indicación del gobernador; y aunque el tesorero Castellanos aventuró unas pocas observaciones, no se atrevió á insistir, advirtiendo la decisión de la generalidad á escuchar lo que el anciano tenía que exponer. Por lo demás, tanto el tesorero como el veedor Ronquillo, estaban lejos de sospechar lo que iba á decir Pedro Rodríguez.

— La sentencia de los jueces del campo, dijo éste en tono firme y grave, no puede ni debe ejecutarse. Se ha pronunciado sobre el falso supuesto de haber sido casual la caída de la visera del señor Potocarrero y la herida que este caballero recibió. Yo os digo, señores, que el incidente que dejó descubierto el rostro del campeón fué efecto de un maleficio; y la herida, hecho criminal y premeditado. Acuso formalmente á don Gonzalo Ronquillo, aquí presente, de ese maleficio y de haber faltado á las leyes de la caballería, hiriendo al paladín después de haber caído la visera del yelmo.

El asombro se pintó en los semblantes de los concurrentes. La acusación era harto grave y nada extraña en una época en que la creencia en hechicerías estaba demasiado arraigada, aun entre las personas de calidad. Ronquillo se puso pálido al escuchar aquellas palabras, y el tesorero real se mostró también visiblemente azorado.

— Hace cuatro noches, prosiguió Rodríguez sin desconcertarse, dos hombres embozados se dirigieron con cautela á la catedral y lograron penetrar hasta la capilla de la Vera-Cruz, en donde, como sabéis, estaban depositadas las armas de los que debían justar al siguiente día. Detuviéronse delante de una armadura azul, en cuyo escudo estaba pintada una rosa iluminada por el sol y en torno de la cual revoloteaba una abeja; uno de los hombres se acercó á aquellas armas, mientras el otro conversaba con el único testigo de aquella escena misteriosa. Lo que aquel hombre hizo en el yelmo, yo, señores, no sabré decíroslo.

Sé que los dos embozados salieron inmediatamente de la iglesia y recomendaron el más profundo secreto al que les había proporcionado acercarse á las armas.

— ¿Y podréis decir, preguntó el Adelantado, el nombre de esas dos personas?

— Sí, contestó Rodríguez; esos hombres eran el veedor Gonzalo Ronquillo y el tesorero Francisco Castellanos.

Uu sordo rumor se levantó entre los asistentes, cuyas miradas se dirigieron á los dos sujetos designados por Rodríguez. Castellanos, dominando cuanto le era dable su inquietud y desazón, dijo:

— Una acusación semejante no puede hacerse sin pruebas concluyentes. Yo espero, señores, que vos otros la desecharéis con desprecio y que ninguno de los presentes dará crédito al testimonio aislado de un lacayo atrevido.

— Mi palabra, contestó el anciano con dignidad, vale tanto como la de un hidalgo, sea cual fuere mi condición. La mentira no ha manchado jamás mis labios, y en apoyo de mi acusación, pido se oiga, bajo la religión del juramento, al sacristán Andrés Reynosa.

Dispúsose llamar inmediatamente á este individuo; y habiéndose presentado y tomádosele declaración en el acto, no pudo negar lo que había confesado ya al astuto Rodríguez. Habiendo visto éste, como dijimos á su tiempo, entrar en la catedral á Castellanos y á Ronquillo, y oído sus últimas palabras, entró en sospecha, abocóse con el sacristán, y haciendo uso con maña de lo que sabía, logró que lo impusiese perfec-

tamente de lo que ignoraba. La acusación de sortilegio contra Gonzalo Ronquillo, y la de complicidad contra Castellanos, quedó, pues, formalmente entablada, encargándose la autoridad eclesiástica del proceso. La reunión se disolvió, y Portocarrero, que durante aquella escena había permanecido con la cabeza inclinada, para no acabar de confundir á sus enemigos, se retiró pensativo y silencioso, abriéndole paso la multitud, con ese respeto que inspira siempre al pueblo la superioridad moral.

Durante el día, no se habló de otra cosa en la ciudad que del suceso inesperado que había interrumpido la ceremonia que iba á tener lugar en el ayuntamiento. Los enemigos de Portocarrero, llenos de despecho, protestaban la inocencia de los acusados y suponían había sido preparada la escena de antemano por el Adelantado mismo, sin cuyo beneplácito, decían, no se habría atrevido Rodríguez á acusar de hechicería á dos sujetos tan principales, como lo eran el tesorero del rey y el veedor Ronquillo. El licenciado de la Cueva, aunque contrariado en sus planes, guardaba silencio y no parecía abrigar sospechas de la conducta de su hermano político. Doña Leonor, instruída de lo que había sucedido por uno de los pajes de su servidumbre, que fué al ayuntamiento con el objeto de darle cuenta de lo que ocurriese, llamó inmediatamente á doña Juana de Artiaga y, arrojándose en sus brazos, le refirió con la más viva alegría el desenlace inesperado de aquella astuta intriga tramada contra su amante. Las dos damas creyeron, sin la menor vacilación, el dicho del viejo Rodríguez y conferencia-

ron largamente sobre los medios que podrían adoptar para preservar á Portocarrero de un nuevo maleficio.

Poseía doña Leonor un *Agnus Dei*, encerrado en un hermoso relicario de oro, pendiente de una cadena del mismo metal, bendito por el pontífice Pablo III, regalo del señor obispo Marroquín, y que tenía grabada la siguiente inscripción: EPPVS. CUACTEM., abreviatura de las dos palabras latinas *Episcopus Cuactemalensis*, con las cuales firmaba el venerable fundador de la iglesia de Guatemala. Atribuíase á aquella reliquia la milagrosa virtud, entre otras, de preservar al que la llevase de cualquier hechizo ó maleficio, motivo por el cual, así como por ser presente del ilustre Prelado, la guardaba la joven con la mayor veneración, sin desprenderla de su cuello ni de día ni de noche.

Convínose por las dos amigas en que aquella reliquia sería remitida á Portocarrero, dando de esa manera doña Leonor á su amante una prueba del entrañable afecto que le profesaba. La joven imprimió sus labios en el *Agnus*, y lo guardó cuidadosamente en una cajita de ébano, con un papel que contenía estas pocas palabras: *conservadlo siempre en memoria mía.* El paje que había sido encargado de ir á las casas consistoriales, lo fué también para poner aquella caja en manos de don Pedro, quien la recibió transportado de júbilo. Colocó inmediatamente el relicario sobre su corazón é hizo el firme propósito de no separarse de él mientras viviese.

Dejemos al enamorado Portocarrero entregado á la alegría que le causó aquel presente de la hija del Adelantado, y permítanos el lector lo conduzcamos á pre-

senciar una escena de diverso carácter, si bien ligada íntimamente con los sucesos que venimos refiriendo.

Á las nueve de la noche dos hombres, embozados hasta los ojos, se acercaban á la puerta de una casa de pobre apariencia, situada á la espalda de la iglesia de San Francisco, iglesia que se conserva hasta hoy, sirviendo de parroquia al pueblo de Ciudad-Vieja. Llamaron á la puerta con cautela y se presentó una anciana, que habiendo reconocido á uno de los dos sujetos, les dió entrada, precediéndolos con un candil por el oscuro y estrecho zaguán que conducía al interior. Entraron en una sala en la que se advertía cierto lujo, siendo los muebles ricos, aunque antiguos. La anciana dijo que avisaría á su señora, y desapareció, dejando solos á los dos caballeros, que tales parecían por sus trajes. Á poco rato, abrióse una puerta que conducía á una pieza interior, y salió una mujer que representaba unos treinta años de edad. Su estatura era un poco más que mediana; su cabeza, profusamente cubierta de cabellos negros; los ojos de igual color, regularmente apacibles, se iluminaban de vez en cuando con un brillo que tenía algo de salvaje; la nariz era recta y bien dibujada, y la boca, un poco grande, dejaba ver dos hileras de menudas perlas, a entreabrirse los labios de coral. Si los ojos de aquella mujer imponían miedo, su sonrisa graciosa y atractiva contrastaba con la expresión cuasi amenazadora de su mirada. Vestía un traje muy sencillo de tela de seda oscura, color que parecía haber sido elegido expresamente para hacer resaltar la blancura de la tez de aquella mujer, realmente encantadora.

Nuestros lectores habrán sospechado, sin duda, que esa dama no era otra que la viuda del desgraciado capitán Francisco Cava. Era así en efecto. Agustina se adelantó para saludar con gravedad y cortesanía al mayordomo y al secretario del gobernador, quien, como hemos dicho, no conocía á aquella señora y quedó visiblemente sorprendido de su hermosura.

— Veo que la fama no ha exagerado, dijo Robledo esforzándose en mostrarse galante, cuando ha pregonado vuestra gentileza y declarado que sois la más bella de las españolas que han venido hasta ahora á las Indias.

— Don Diego, contestó Agustina con desembarazo, eso no ha podido nunca decirse con justicia, y menos aún de un mes á esta parte. ¿Quién puede hablar de hermosura donde están doña Beatriz de la Cueva, la hija del Adelantado y las señoras que las acompañan?

El secretario era demasiado astuto para no aprovechar la oportunidad que le ofrecía aquella respuesta, para encaminar la conversación al terreno en que deseaba colocarla. Así, respondió con aparente candor:

— En cuanto á doña Beatriz, no diré yo que no sea muy gallarda señora; pero por lo que hace á la hija del Adelantado, las opiniones son harto diferentes.

— Pero ¿quién puede negar, replicó Agustina, lo que basta tener ojos para verlo? Yo he conocido á doña Leonor en Méjico, y la vi después aquí, antes de que acompañase al gobernador en su último viaje; y aunque no la he visto desde su llegada, pues vivo en absoluto retiro, el tiempo que ha pasado es demasiado

corto para que haya causado una alteración notable en el semblante de una persona tan joven.

— Pues ahí tenéis, dijo Robledo ; en el poco tiempo que ha transcurrido desde que visteis á doña Leonor, ha cambiado notablemente. Sufrimientos morales que hasta ahora poco eran un misterio para todo el mundo y que una casualidad ha venido á revelar, han ajado la belleza de la hija del Adelantado, que tal vez no es una sombra de lo que fué.

— Perdonad mi curiosidad, contestó Agustina. Es una de las debilidades de nuestro sexo; ignoro completamente lo que pasa y me holgaría de saberlo.

No deseaba otra cosa Robledo. Así, refirió punto por punto, y en todos sus detalles, la escena del torneo y la conversación entre el Adelantado y doña Leonor, de que había sido testigo, y en la cual la joven dejó ver su decidida inclinación á Portocarrero. El secretario cuidó de agregar que esas relaciones eran ya antiguas, como que habían comenzado cuando Portocarrero conoció en Méjico á doña Leonor.

Aquello fué una completa revelación para Agustina, que encontró la clave del enigma del repentino desvío de su antiguo amante. Herida en lo más vivo, hizo, sin embargo, cuanto le fué posible para disimular su enojo, y cuando Robledo hubo terminado su relación, dijo con fingida indiferencia :

— No hay duda, señor don Diego, que la historia que me referís pudiera, por lo peregrino, figurar en un libro de caballerías. Y á todo esto, ¿qué dice don Francisco de la Cueva? pues he oído que doña Leonor le había sido prometida en matrimonio por el Adelantado.

— Es así, en efecto, contestó Robledo; don Francisco creía poder contar con la mano de la hija de su cuñado; y no es poco lo que se ha sorprendido é indignado al saber la mala pasada que se le jugaba. El licenciado es orgulloso y está pronto á gastar toda su fortuna, si necesario fuere, con tal de romper las relaciones de Portocarrero y doña Leonor y salirse con la suya.

Agustina permaneció pensativa un breve rato, y luego dijo:

— Eso tal vez sería difícil. Doña Leonor es de un carácter decidido y firme, y no hay que contar con que cambie de resolución.

— Todo eso es verdad, dijo Robledo; pero también es orgullosa y altiva, y no sería imposible encontrar algún medio de herir su amor propio y hacer que se cambiara en odio ó en desprecio el afecto que hoy profesa á Portocarrero.

Agustina guardó silencio de nuevo y permaneció un momento con la vista fija en el suelo, con una mirada que podía compararse á la de la serpiente cuando fascina á la tímida liebre que va á ser su víctima.

— Bien, dijo como hablando consigo misma; veremos si ese amor es tan poderoso para la lucha, como ha sido astuto para ocultarse.

Y luego, volviendo á Robledo, añadió:

— Espero nos veremos frecuentemente y que cuidaréis de darme noticias del progreso de la interesante aventura que me habéis referido.

— Aprovecharé con gusto el permiso que me dais para que repita mis visitas, contestó Robledo, levan-

tándose para marcharse, lo que hizo también por su parte el mayordomo; y saludando cortésmente á Agustina, se retiraron.

La viuda quedó en una inquietud extraordinaria; su respiración precipitada indicaba la violencia con que latía su corazón, fuertemente agitado. Revolvía en su cabeza los proyectos más extravagantes, sucediéndose las ideas unas á otras en su cerebro, como las olas en el mar embravecido. Media hora había pasado en aquella situación, cuando se oyeron los pasos lentos y pausados de un caballo, que se acercaba muy despacio á la puerta de la calle. Resonaron dos recios aldabonazos, y dijo Agustina con mal humor: « Él es. » La vieja sirviente abrió la puerta y á poco entró en la sala, sin ceremonia, un hombre vestido de viaje, y que parecía bastante fatigado.

CAPÍTULO VIII

El hombre que acabada de entrar en la sala de Agustina podría tener unos cuarenta años, aunque su rostro surcado por las arrugas, su cabello y barbas encanecidos y su cuerpo ligeramente agobiado revelaban una vejez prematura, resultado quizá de una vida agitada. Cualquier observador medianamente sagaz habría adivinado por el traje y el aire de aquel individuo, que no pertenecía á la clase militar. Vestía un sayo de gamuza, calzones anchos y botas de la misma piel, y al entrar, había arrojado sobre un mueble un sombrero grande y maltratado, sin plumas ni otro adorno alguno. No traía espada, sin embargo de que parecía venir de un largo viaje, y el objeto por el cual mostraba una atención especial era una bolsa ó saco de cuero que llevaba á la espalda, pendiente de unas correas, y que colocó cuidadosamente en una mesa.

La mirada penetrante del recién llegado se fijó en Agustina, cuya agitación febril advirtió inmediatamente, y acercándose á ella sin saludarla, le tomó el pulso, con el desembarazo de un médico de profesión.

—¿Qué ha ocurrido aquí de extraordinario? preguntó; ¿ha venido alguien durante mi ausencia?

La viuda no contestó una palabra á aquellas preguntas y continuó entregada á sus cavilaciones, sin hacer, aparentemente, el menor caso de aquel sujeto que acababa de interrogarla. Éste se echó en un sillón frente al que ocupaba Agustina, extendiendo las piernas como para descansar y apoyando la cabeza en el respaldo.

—¿Sabéis, don Juan, dijo la viuda, que el Adelantado está en la ciudad?

— Sí, contestó el individuo bostezando; me lo han dicho en un pueblo de las inmediaciones.

—¿Sabéis también que ha venido con él doña Leonor su hija?

— Es natural, contestó el otro, acompañando aquellas dos palabras con otro bostezo.

— Pero lo que no es natural, dijo Agustina, y os sorprenderá sin duda, es que la hija del Adelantado está locamente enamorada de...

— Sí, interrumpió don Juan, del licenciado de la Cueva; ¿y qué?

— No me interrumpáis, ¡vive Dios! dijo Agustina, ó no concluiremos jamás. Doña Leonor ama á Portocarrero.

—¿Á Portocarrero? exclamó el otro asombrado. Es raro, y luego añadió: ahora ya comprendo por qué estáis esta noche con calentura. Os suministraré el zumo de una preciosa hierba que he encontrado y os pondrá buena inmediatamente.

— No me habléis de vuestros bebistrajos, que los detesto; no sirven para nada.

Herido en su amor propio el interlocutor de la viuda,

se medio levantó del sillón, y dijo con impaciencia :

— ¡ Mis bebistrajos no sirven para nada ! ¡ Y sois vos la que así habla ! Vamos, Agustina, que sois ingrata ó desmemoriada. Ninguno mejor que la viuda del capitán Cava puede dar fe de la virtud de las medicinas del médico herbolario Juan de Peraza.

Al escuchar aquellas palabras, cuyo oculto sentido no era sin duda un enigma para Agustina, ésta perdió el color, y cubriéndose el rostro com ambas manos, dijo en voz ahogada :

— ¡ Oh ! para eso no niego la eficacia de vuestras hierbas, don Juan. Pero por Dios no hablemos ahora de esto ; y perdonad si en la situación en que me hallo, he herido vuestro amor propio. Sé que sois un sabio, por tal os tiene la ciudad, y á mí menos que á cualquiera correspondía poner en duda vuestra consumada habilidad.

Aquellas palabras apaciguaron al irritable médico, botánico, ó lo que fuese, y cambiando de estilo, dijo á Agustina :

— Pero, ¿ estáis cierta de lo que me decís ?

— Tan cierta, contestó la viuda, como que me lo ha referido el secretario del gobernador, Diego Robledo, que acaba de salir de aquí, habiéndome pedido una entrevista por medio del mayordomo, á quien, como sabéis, conozco tiempo hace.

Peraza volvió á alargar las piernas y apoyó de nuevo la cabeza en el respaldo del sillón, sin decir palabra, como reflexionando. La viuda, entonces, se puso á contarle, punto por punto, la anécdota del torneo y la conversación entre doña Leonor y el Adelantado, tal cual

se la había referido el secretario. Como la historia fuese un poco larga, y el viajero estaba fatigado, habiendo caminado todo el día y parte de la noche, insensiblemente se fué quedando dormido, lo que no advirtió Agustina, sino cuando percibió la respiración agitada del herbolario.

—¿Me oís, don Juan? preguntó con mal humor.

Y como no recibiese respuesta alguna, se levantó con impaciencia, y echando una mirada de desprecio al dormido, tomó la vela y se retiró á su alcoba, que cerró por dentro, dejando á don Juan solo y en la obscuridad.

Aprovecharemos la ocasión para dar á nuestros lectores alguna noticia del extraño personaje que dormía á pierna suelta en la sala de la viuda del capitán Francisco Cava.

Juan Peraza, ó de Peraza, como se hacía llamar después, era hijo de un pobre pechero de la ciudad de Baeza. Habiendo descubierto en su juventud temprana cierta aptitud para las letras, fué colocado como aprendiz ó practicante en casa de un médico, que lo inició á medias en el secreto de la poca ciencia que poseía. Peraza tuvo la fortuna de que dos ó tres enfermos se restableciesen cuando él los estaba asistiendo, lo que le dió gran reputación y no poco dinero. Contentísimo de haber abrazado « un arte tan dichosa como la medicina, cuyas faltas cubre la tierra », según se expresa el cronista Remesal, adelantaba diariamente en honra y en provecho, cuando ocurrió un suceso que cortó la carrera y las esperanzas del famoso médico. Sucedió que un día vió Peraza en la iglesia á una joven de muy gallarda presencia, y tan bella como recatada.

Enamoróse de ella perdidamente el buen Galeno, y averiguada la condición de los padres de la dama, supo, no sin desconsuelo, que eran de muy claro linaje y tan altivos como nobles. Aguijoneado por la pasión, el hijo del pechero rondó la calle de la dama, le dió músicas, siguióla por todas partes, y habiéndose decidido al fin á pedir por esposa á la bella doña Juana (que así se llamaba la joven), recibió, como debía esperarse, la más insultante repulsa. Publicóse el lance en la ciudad, y el pobre Peraza, corrido y amilanado, dispuso expatriarse, llevando en el fondo de su lacerado corazón una mezcla extraña de amor y de odio hacia la que era causa inocente de su desventura. Pasó á Cádiz, en ocasión en que un navío se aprestaba á darse á la vela con dirección á las Indias. Tomó pasaje, con otros muchos que deseaban, como él, aunque por diversos motivos, abandonar la tierra natal y correr en busca de aventuras. Desembarcó en Cuba, ó Fernandina, como entonces se decía; de allá pasó á las costas de Honduras y luego á Guatemala, en donde se estableció con el título de médico ó cirujano, diciendo que era graduado por Salamanca, aunque nadie vió jamás sus diplomas.

Estudió con ardor y dedicóse con particularidad á la observación de las propiedades de los vegetales. Recorrió las montañas, hizo conocimiento con los indios y de ellos aprendió el uso de diferentes hierbas medicinales, que aplicaba con más ó menos éxito. Pronto voló el nombre del « herbolario », como lo llamaban, en alas de la fama; y curando á unos pocos y matando á los más, llegó á hacerse de gran reputación y hombre de influencia en la ciudad.

Un día de tantos fué llamado para asistir al capitán Francisco Cava, que estaba enfermo, aunque no de peligro, y que vivía ya con su esposa, con quien estaba medio reconciliado. Acudió el doctor, y quiso la desgracia que los ojos de Agustina le hiciesen á él un daño más positivo que el que padecía el desventurado esposo de aquella mujer. Dirigió tan hábilmente la curación del paciente, que á los ocho días ya estaba enterrado, y la señora, dueña de su persona y de su voluntad. Continuaron por algún tiempo las relaciones del herbolario y de la viuda, hasta que, cansados ella y él, se separaron, aunque continuaron en buena amistad, viéndose frecuentemente, pero con cierto misterio, porque un rumor de esos que no se sabe de donde salen, había propalado en el vulgo algunas especies algo extrañas, respecto á la muerte del capitán. Verdad es que la generalidad no le dió crédito, y el doctor continuó imperturbable en su oficio.

Poseído de una codicia insaciable, su principal afán era adquirir dinero, no perdonando medio al efecto, por reprobado que fuese. Un día necesitó el auxilio de su arte el veedor Gonzalo Ronquillo, y tuvo la dicha de acertar la curación, lo cual hizo se estrechase la amistad entre aquellos dos sujetos llamados á entenderse. Ronquillo descubrió sus proyectos al herbolario y lo inició en los planes que se tramaban contra el Adelantado. Peraza meditó detenidamente, estuvo durante algunos días calculando si convendría más á sus intereses el papel de delator que el de cómplice en la trama; y por último se decidió á tomar parte con los conspiradores. Su profesión le proporcionaba grandes

facilidades para ayudar á éstos, y su talento y travesura fueron haciendo que adquiriese una influencia tanto más eficaz, cuanto era más disimulada y poco advertida, aun por los mismos sobre quienes se ejercía. Llegó á hacerse, pues, el alma de las intrigas que se tramaban contra el gobernador. Más adelante tendremos ocasión de ver hasta dónde llegaba la audacia de los planes de aquel aventurero.

Agustina estaba iniciada en una parte de ellos. Peraza conocía el espíritu mañoso y artero de aquella mujer, y no vaciló en darle conocimiento de algunos de sus proyectos, si bien cuidó de no revelarle la extensión de sus miras. Ligados íntimamente por un crimen, estaban interesados en conservar buena amistad, esperando el uno y la otra sacar partido de aquella relación, en una circunstancia dada.

Tal era el individuo que, rendido por una larga excursión, que él decía haber tenido por único objeto herborizar en las montañas, dormía en la sala de Agustina Córdoba. Entre tanto, la viuda, presa de la más violenta agitación, ocasionada por la revelación que acababa de hacerle el secretario del gobernador, pasó la noche casi delirando, revolviendo en su imaginación exaltada los proyectos más estrafalarios.

Acababa de amanecer cuando despertó Peraza. Incorporóse, y buscando su precioso saco de cuero, que contenía plantas y flores, salió sin hacer ruido. En el patio estaba atado su caballo, montó y se dirigió á su casa. Para llegar á ésta, partiendo de la de Agustina, era preciso pasar á la espalda del palacio del gobernador, delante de las ventanas que daban al

volcán. Los rayos del sol bañaban la elevada cresta de las montañas. El horizonte se iluminaba poco, á poco y la pálida luz de las estrellas desaparecía, como se secan las lágrimas en las mejillas de una mujer hermosa, cuando la alegría sucede repentinamente á la aflicción. El valle permanecía aún en la oscuridad; y los árboles, el río y la pradera dibujaban sus dudosos contornos, é iban tomando forma y colorido, como en el breve instante en que la naturaleza salió de las sombras del caos, á la voz poderosa del Criador.

Indiferente ante el espectáculo grandioso del universo que despierta, el médico seguía su camino, paso á paso, preocupado con las ideas, de orden muy diverso, que agitaban su imaginación. Levantó la cabeza, distraído, y volvió los ojos casualmente al palacio del Adelantado. En aquel momento abrióse una ventana del segundo piso. Una mano blanca y delicada corrió la cortina, y apareció una joven, vestida con un ligero traje de mañana, y sobre cuyos hombros caía, destrenzado, el largo y sedoso cabello castaño. Peraza detuvo involuntariamente su caballo, y después de haber observado á la joven, durante dos minutos, lanzó un grito é inclinó la cabeza sobre su pecho. Cuando alzó otra vez los ojos, después de un breve instante y buscó ansioso á la encantadora maga, la joven había desaparecido, la ventana estaba cerrada, y el médico ni aun pudo determinar en cuál de las varias que tenía en aquella parte el edificio, había aparecido la fantástica figura que despertaba en su alma los más punzantes y dolorosos recuerdos. Dudaba si era sueño ó realidad lo que acababa de ver, y

no creía el testimonio de sus propios sentidos. Sin embargo, aquella figura estaba trazada con caracteres de fuego en el corazón del desdichado, y la indefinible sensación que experimentó al ver á aquella mujer, no le dejó lugar á la más ligera duda. Buscando con ojos extraviados la misteriosa ventana, Peraza permaneció un rato, repitiendo con voz ahogada y doliente : « Ella es, ella es ; doña Juana : el destino implacable vuelve á arrojarla en mi camino » ; y dos lágrimas ardientes como lava volcánica rodaron por sus mejillas.

El médico siguió su marcha, profundamente abatido; se encerró en su casa y permaneció dos ó tres horas entregado á sus cavilaciones. No acertaba á comprender cómo era que se hallaba en Guatemala y en el palacio del gobernador, aquella misma doña Juana á quien él había conocido en Baeza, seis años antes y de quien no volvió á oír hablar jamás después de su salida de España.

Él ignoraba, por supuesto, que la joven había obtenido colocación en la corte, como dama de la reina, y que muertos sus padres, y habiendo conocido íntimamente á doña Beatriz y doña Leonor, resolvió, por instancias de éstas, venir á Guatemala.

Si algún resto de duda podía quedar aún en el ánimo de Peraza, no tardó en disiparse. Don Gonzalo Ronquillo, ansiosísimo de conferenciar con su amigo y confidente, había acudido varias veces á casa del médico, á ver si estaba ya de vuelta. Aquella mañana ocurrió temprano, y habiéndosele dicho que don Juan estaba en su gabinete, se dirigió apresuradamente á

aquella pieza y entró sin anunciarse. El gabinete del médico-cirujano-herbolario era pequeño y se veía completamente ocupado con redomas y vasijas de diferentes tamaños, que servían para la preparación de las medicinas, pues él mismo componía las pócimas que administraba á sus enfermos. Veíanse también en las mesas y pendientes de las paredes plantas y flores, calaveras y otros huesos de hombre y de bestias, pieles de fieras y esqueletos de aves. Un estante con libros completaba el ajuar de aquel santuario de la ciencia, en el que no penetraban los profanos, estando abierta la entrada únicamente á los amigos íntimos, como el veedor.

— Al fin estáis de vuelta, dijo don Gonzalo, estrechando la mano á su amigo, sin advertir el abatimiento de éste, preocupado él mismo con sus ideas. Sucesos muy importantes han ocurrido durante vuestra ausencia.

— Sí, contestó Peraza, sé que el Adelantado está de vuelta y que ha tomado nuevamente la vara de la gobernación.

— Nuestros esfuerzos han sido inútiles, dijo Ronquillo con mal humor ; ese hombre tiene algún demonio familiar que lo ayuda y hace que todo le salga bien.

En seguida el veedor refirió á su amigo los principales acontecimientos de aquellos días, sin exceptuar el lance del torneo, el descubrimiento de los amores de doña Leonor y Portocarrero, callando únicamente, por prudencia, lo que había de ridículo y deshonroso para él en aquellos sucesos.

— ¿ Decís, preguntó Peraza, que han venido varias señoras de Castilla en compañía de doña Beatriz?

— Sí, contestó don Gonzalo; unas veinte, que forman la corte de aquella mujer, que se cree ya una reina.

— ¿ Y podríais decirme los nombres de algunas de esas damas? dijo el médico, dominado exclusivamente por una sola idea.

— ¿ Y qué interés podéis tener en eso? preguntó Ronquillo, extrañando la pregunta de don Juan. Sé, añadió, que la principal de ellas, así por su clase, como por la confianza que le dispensan en el palacio, es una doña Juana de Artiaga, que se dice natural de Baeza : y otras...

— Basta ya, interrumpió el médico ; es inútil me digáis los nombres de las demás.

Y guardó silencio, mostrando la más viva agitación.

Ronquillo, que ignoraba la historia de Peraza, no acertó á comprender por qué aquel nombre producía semejante sensación en el ánimo de su amigo. El médico, después de un momento de silencio, dijo :

— Don Gonzalo, no extrañéis la importancia que doy al nombre de esa dama. Es un secreto de mi juventud, que acaso podré revelaros algún día.

El orgulloso pechero no quería mostrar su herida á aquel hidalgo ; conociendo que por más que estuviesen unidos en intereses, las preocupaciones de que participaba Ronquillo, como cualquier otro caballero de su clase, harían que calificase desfavorablemente el atrevimiento con que se había lanzado á solicitar la mano de una dama de encumbrado linaje. Encerróse, pues en la mas absoluta reserva, y sabiendo ya res-

pecto á la joven que había visto pocas horas antes cuanto le importaba saber, procuró dominar su emoción, é hizo á Ronquillo una relación detallada de la excursión que acabada de practicar y cuyo objeto aparente había sido recoger plantas medicinales en las montañas.

CAPÍTULO IX

— Todo camina perfectamente, dijo el médico; he recorrido los pueblos; me he abocado con los principales caciques, y arden en deseos de venganza. Puede contarse con unos cincuenta mil guerreros, y, no lo dudéis, don Gonzalo, la sublevación será mucho más formidable que la del año 26.

— Muy bien, don Juan, contestó Ronquillo; ya que tan desgraciados hemos sido en la ciudad, preciso es fiar únicamente en lo que pueda venir de fuera. Es necesario incendiar el país, promover una sublevación general y acabar una vez por todas con nuestros enemigos. Castellanos, Ovalle, Zorrilla y los demás están prontos, y todos tienen la mayor confianza en el éxito de los proyectos que hemos combinado.

— Quizá no está distánte la hora en que han de verse realizados. Entre tanto, decidme don Gonzalo, ¿cómo sigue el enfermo? Nada podemos hacer mientras no se restablezca.

— Según se me ha dicho, contestó Ronquillo, el mal ha presentado en los últimos días síntomas algo alarmantes. Está muy abatido, tiene frecuentemente

calentura y se le han eschuchado algunas expresiones inconexas.

—¿En castellano? preguntó Peraza algo alarmado.

— No, don Juan, contestó el veedor; tranquilizaos; en esos accesos de delirio, el rey, por fortuna, usa únicamente de su propio idioma; y sabéis que podemos contar con la fidelidad y la reserva de su guardián.

— Bien, replicó el médico ; pero es necesario procurar que desaparezca ese síntoma peligroso. Creo que he encontrado un seguro específico para la enfermedad de ese desgraciado, cuya causa principal es, á no dudarlo, la larga prisión que ha sufrido. Su compañero debe á su juventud únicamente el no estar en la misma situación. Hoy iré á verlos. Entre tanto, vos anunciad mi regreso á los amigos, informadlos de lo que os he referido acerca de mi excursión, y que todos estén prontos al primer aviso.

— Lo haré como decís, contestó don Gonzalo.

Y despidiéndose de Peraza, se marchó á buscar á los demás conspiradores.

El médico, luego que estuvo solo, volvió á entregarse á sus cavilaciones. Seguro ya de que era doña Juana de Artiaga la joven á quien había visto al amanecer en una ventana del palacio del gobernador, se abrió de nuevo la mortal herida que el tiempo, y la ausencia no habían podido cicatrizar. Don Juan era hombre de pasiones violentas, y el amor desgraciado que concibió por aquella dama, había sido el primero y último á que dió entrada su corazón, pues no merecía un nombre semejante el pasajero capricho que

concibió por Agustina Córdoba. Peraza se encontraba á la sazón en situación bien diferente de aquella en que estaba en Baeza, cuando solicitó la mano de doña Juana. Su reputación de sabio médico era grande, y poseía además una fortuna algo considerable. Sin embargo, era bastante sagaz para comprender que aquellas ventajas no alcanzaban á allanar el verdadero y poderoso obstáculo que se levantaba como una montaña entre él y el objeto de su amor : la diferencia del linaje. Fijándose en esta consideración, don Juan sentía rebozar en su alma el más acerbo despecho ; y su odio contra las clases elevadas que gobernaban la naciente colonia cobraba nuevo impulso. Así, el amor fué á alentar los rencores de que el médico se sentía poseído ; y la presencia de doña Juana, lejos de cambiar la corriente de las ideas que lo dominaban, le hizo desear aun más vivamente la ejecución de los osados proyectos que su espíritu audaz había madurado.

Repasaba con orgullo y complacencia, en su imaginación, las probabilidades con que creía contar ; y tomando sus ilusiones por realidades, como sucede frecuentemente á los hombres que se encuentran en la posición en que se hallaba Peraza, contaba con la certeza de ejecutar sus planes, que llevarían su nombre en alas de la fama, del otro lado de los mares. Dos golpes dados en la puerta del gabinete, interrumpieron aquellas graves meditaciones.

— ¿ Quién es? dijo don Juan con mal humor.

— Soy yo ; abrid, contestó una voz de mujer bien conocida del médico, que se levantó, y abriendo la

puerta, hizo entrar á Agustina Córdoba, que iba rebozada en un manto negro.

— Anoche, dijo la dama, tuvisteis la poca cortesanía de dormiros mientras os refería yo los acontecimientos que se han verificado en la ciudad durante vuestra ausencia.

— Perdonadme, Agustina, respondió don Juan. Me sentía fatigado, y á pesar del interés que me inspiraba la relación que me hacíais, la naturaleza pudo más que mi deseo de escucharos. Creo recordar que me dijisteis haberse descubierto que la hija del Adelantado amaba á Portocarrero.

— Así es, don Juan, dijo Agustina. Robledo me ha hecho la relación de lo que pasó en el torneo con que la ciudad festejó al gobernador y de una conversación que él mismo escuchó, en la cual doña Leonor defendió con decisión y audacia los intereses de Portocarrero.

— Estoy instruído de todo, replicó Peraza. Don Gonzalo acaba de salir de aquí y me ha asegurado que vuestro antiguo amante está profundamente apasionado de doña Leonor, que corresponde á ese afecto con toda su alma. Creo, pues, Agustina, que debéis procurar olvidar á ese hombre, por vuestra propia tranquilidad.

— ¡Olvidar! exclamó la viuda; ¡olvidar, decís! Aconsejad, don Juan, al impetuoso torrente que se despeña entre las rocas, que detenga su precipitado curso; aconsejad al fuego que incendia en el otoño las áridas campiñas, que detenga su abrasadora corriente; eso es más fácil que no el que deje yo de amar á ese hom-

bre. Vos, don Juan, podéis hablar de olvido, porque jamás habéis amado verdaderamente.

El pobre médico sintió que aquellas palabras atravesaban su corazón como un agudo dardo. Sin acordarse de que á él mismo le era imposible olvidar, había dado aquel consejo á su amiga, con esa ligereza indiferente á que somos los hombres tan propensos, en nuestro egoísmo. Así, comprendiendo la situación del alma lacerada de aquella mujer, por la observación de su propio espíritu, guardó silencio como avergonzado, y después de un momento, dijo :

— Tenéis razón, Agustina. Es imposible olvidar, cuando se ha amado una vez con todas las fuerzas del alma. ¿Pero qué hacer? ¿Habéis encontrado vos algún medio para que nos ame quien nos rehusa ingratamente su afecto? Si lo sabéis, decídmelo, por Dios.

— Sí, don Juan, contestó Agustina, sin comprender el alcance de la respuesta del infeliz doctor. Creo que hay un medio único y eficaz y que ese lo poseéis vos.

— ¡ Yo! exclamó Peraza asombrado. ¿Yo sé el secreto para hacerse uno amar? ¿ Habéis perdido el judicio Agustina, ó se ha exacerbado la fiebre que os agitaba anoche?

— No, don Juan, replicó la viuda en tono firme y tranquilo. Estoy en pleno uso de mi razón y os digo que vos podéis hacer que Portocarrero vuelva á amarme.

— Explicaos, contestó impaciente el médico.

— ¿No sabéis, dijo Agustina en voz baja, que en-

tre las virtudes que la naturaleza ha querido conceder á ciertos vegetales, es la más rara y preciosa la de inspirar el amor ó el odio?

El buen doctor quedó pasmado al escuchar aquella pregunta. Sin la suficiente ilustración para sobreponerse á una creencia general en el siglo en que vivía, y más preocupado que otro cualquiera respecto á la eficacia de sus plantas, la observación de la viuda fué para él un rayo de luz que descubrió á su imaginación un mundo desconocido de ilusiones realizadas y de esperanzas satisfechas. Ocupado exclusivamente de su amor á doña Juana, acogió con delirio la idea de Agustina, y mostrando una alegría extraordi naria, exclamó:

— ¡Válame Dios, y cómo no había yo pensado en eso, amiga mía! Gracias, mil gracias por vuestra feliz inspiración. ¡Oh! ¡las plantas! ¡las plantas! Ellas son todo, lo pueden todo, y nada hay que resista á su benéfica influencia. Sí, añadió entusiasmándose cada vez más; en el zumo bienhechor de esos benditos vegetales encontraremos lo que deseamos: la vida, la felicidad y la recompensa de tantos años de humillación y de inauditos sufrimientos.

— Sí, don Juan, dijo Agustina, ignorando siempre que las palabras del médico encerraban un doble significado; todo eso deberé á vuestra admirable ciencia; estudiad, interrogad á la naturaleza y no descanséis hasta encontrar esa preciosa hierba.

— Júroos que así lo haré, contestó Peraza; ó he de ser muy desgraciado, ó antes de ocho días habré adquirido ese tesoro.

Agustina se despidió del doctor, que volvió á quedarse entregado á sus reflexiones, aunque reanimado con la idea de proporcionarse la hierba poderosa por medio de la cual se haría amar de doña Juana. Propúsose, desde luego, hacer el experimento en Portocarrero, y cuando estuviese ya seguro del éxito, emplear el maravilloso secreto en la consecución del objeto de sus más ardientes aspiraciones.

Bajó uno tras otro los libros que formaban su pequeña biblioteca; leyó y releyó; examinó su colección de plantas y flores, y después de más de una hora de minucioso examen, arrojó despechado los volúmenes y los vegetales, diciendo entre dientes:

— Nada, absolutamente nada. Estos libros no responden á mi ansiedad y estos miserables hierbajos permanecen tan mudos como ellos. ¡Oh! Yo arrancaré á la naturaleza avara sus secretos; lucharé con ella, y mi perseverancia triunfará. Sí, doña Juana, añadió en tono grave y amenazador; el hombre á quien desdeñasteis por humilde y oscuro, se levantará hasta vuestra altura por medio de la ciencia, y cuando ayudado por ella, hubiere yo doblegado vuestra altiva cerviz, comprenderéis que no debisteis despreciar al hijo del pechero. Paciencia y estudio; ésta será en adelante mi divisa.

Dicho esto, volvió á colocar sus tomos en la estantería; acondicionó las plantas cuidadosamente en los puntos que antes ocupaban y salió del gabinete, que cerró con dos vueltas de llave. Pasó á su dormitorio y cambió de traje, dejando el de camino y vistiendo un sayo de seda amarillo, gregüescos de igual tela y co-

lor, medias de color carne, capa escarlata, sombrero con plumas de variados matices y espada con empuñadura adornada con piedras. En aquel arreo, más chillante que vistoso, salió á la calle el médico herbolario y tuvo que detenerse á cada paso con diferentes personas que lo saludaban cariñosamente y le daban la bien venida, preguntándole nuevas de su expedición. El popular doctor correspondía á aquellas demostraciones de afecto y refería algunas generalidades acerca de la supuesta excursión científica que había hecho en las montañas.

Desembarazado al fin de los importunos, Peraza se dirigió á las Casas Consistoriales; subió del primero al segundo piso; llegó á una puerta en donde estaba situado un arcabucero que montaba la guardia, y siguiendo por una estrecha y tortuosa escalera, llegó á una especie de torre que formaba el tercer piso y constaba de dos piezas, comunicadas por medio de una puerta. En la que daba á la escalera estaba otro centinela, que lo mismo que el primero, retiró su arcabuz para dar paso al médico, como quienes tenían ya costumbre de franquearle la entrada.

Dos hombres estaban en aquella pieza. El uno, anciano como de sesenta años, sentado en el suelo, apoyaba la cabeza sobre sus rodillas; el otro, joven como de treinta, contemplaba, con aire melancólico, por una ventana con fuertes rejas de hierro, que daba luz á la habitación, la elevada cresta de los volcanes. Ambos volvieron la cabeza al oír que entraba alguno. El anciano parecía quebrantado por la adversidad; el joven, por el contrario, dejaba ver en su semblante los ras-

gos característicos de una indómita energía. Eran los reyes de los kachiqueles y los quichees, Sinacam y Sequechul, que sufrían por espacio de trece años ya, una prisión que, muy dura al principio, había ido aliviándose poco á poco, aunque sin abandonar las precauciones que corresponde observar respecto á prisioneros de importancia.

Como es bien sabido, y consta por la historia, aquellos dos monarcas tomaron una parte activa en la sublevación casi general del año 1526, que llegó á poner en serio peligro la recién fundada capital de los españoles. Fué necesario un vigoroso esfuerzo para reducir á los rebeldes, que peleaban en número considerable y, aunque sin disciplina ni conocimiento alguno del arte militar, con el valor de la desesperación.

Alvarado, que había salido de Guatemala en febrero de aquel año, con dirección á Honduras, sabedor de que Hernán Cortés estaba en Trujillo, llegó á la Choluteca, en donde se encontró con los capitanes Bernal Díaz del Castillo, Luis Marín y otros, quienes le informaron de que Cortés se había ya embarcado para regresar á Méjico. Volvió el gobernador, y se encontró las provincias que acababa de dejar pacíficas y sometidas á los españoles, en completa insurrección. Con un puñado de hombres decididos y valerosos, atravesó el país desde San Miguel, pasando por San Salvador y siguiendo de Jalpatagua hasta llegar á las inmediaciones de Guatemala, después de haber sostenido recios combates con los sublevados. Encontróse en los llanos de Canales un formidable ejército

de indios rebeldes, de los cacicazgos de Petapa, Pinula, Guaymango, Jumay y otros, como también á los súbditos de los reyes de los kachiqueles y quichees, que estaban fortificados en el valle de Panchoy, en el mismo sitio que hoy ocupa la Antigua Guatemala. Alvarado tenía urgencia de partir para Méjico, debiendo después pasar á España, con el fin de sincerarse de graves cargos que se le habían hecho, y deseando dejar reducido el país á la obediencia de los españoles, convidó con la paz á Sinacam y á Sequechul. Rehusaron éstos todo avenimiento, y Alvarado emprendió su marcha, dejando al frente de las tropas á don Pedro Portocarrero, con el carácter de teniente general.

Organizó éste con la mayor actividad su pequeño ejército, compuesto de españoles y de algunos indios de los pocos que habían permanecido fieles, y abrió la campaña por el mes de agosto de aquel año. Sinacam y Sequechul, no considerándose sin duda muy seguros en los puntos que ocupaban, se retiraron con los kachiqueles y quichees hacia Quezaltenango y se fortificaron en el volcán. Entre tanto los sublevados de Sacatepequez continuaron defendiendo aquella provincia con denuedo y decisión. Portocarrero arrolló en poco tiempo á los enemigos que acampaban en las inmediaciones de Guatemala. Vencidos los de Sacatepequez, el teniente general resolvió combatir con las fuerzas de los dos monarcas y dispuso su ejército, compuesto de 215 españoles armados de escopetas y ballestas, 108 de caballería, 120 tlaxcatecas, 250 mejicanos y 4 cañones. Esa pequeña fuerza se disminuyó,

habiendo tenido que dejar 120 infantes en Chimaltenango, para sujetar á los sublevados de aquel pueblo, y el resto continuó su marcha. Quezaltenango, que permanecía fiel, engrosó el ejército con 2,000 flecheros. Tuvieron algunas escaramuzas con pequeñas partidas que los hostilizaban en el tránsito, y ya cerca de Quezaltenango, fueron asaltados de improviso por diez mil indios, que los atacaron con el mayor denuedo. La pericia y la serenidad de Portocarrero salvaron á los tercios españoles en aquel lance. Tomó sus disposiciones con acierto, sujetando sus movimientos á lo que exigía la configuración del terreno, y después de tres horas de encarnizada lucha, arrolló á los indios, que se replegaron al volcán, en donde, como hemos dicho, estaban fortificados con una multitud innumerable de guerreros, los reyes Sinacam y Sequechul. Reforzado el ejército español con más gente de Quezaltenango y con los soldados que había sido preciso dejar atrás y que se incorporaron luego, Portocarrero embistió con denuedo los atrincheramientos, y formando al rededor del volcán una figura triangular, fué subiendo la montaña, bajo una lluvia de flechas, piedras y otros proyectiles que arrojaban los indios. Al fin llegaron los españoles á la eminencia, quedando muertos muchos de los valerosos guerreros kachiqueles y quichees, escapando otros y rindiéndose los demás, entre estos últimos los dos monarcas. Alcanzóse aquella victoria el día 22 de noviembre de 1526, y con ella quedó definitivamente establecida la dominación española en estas provincias. El teniente general regresó á Guatemala con los prisioneros, encerrándose en la

torre de las Casas Consistoriales, bajo segura custodia, á Sinacam y á Sequechul (1).

En la época á que se refiere nuestra historia, hacía pues trece años que aquellos desgraciados aguardaban que se dispusiera de su suerte. Los sufrimientos habían quebrantado la energía y la salud del anciano rey de los kachiqueles; pero su joven compañero, lejos de dejarse abatir por el infortunio, cobraba cada día nuevo vigor, y oyendo sólo la voz del patriotismo, sin atender á los dictámenes de la prudencia, soñaba con el exterminio de los *Teules*, como llamaban ellos á los españoles. Sequechul recibió con viva alegría al conspirador herbolario; pero Sinacam, sin moverse de su rincón, apenas levantó la cabeza para saludarlo.

Dejaremos para otro capítulo la conversación de aquellos personajes.

(1) En la relación de este episodio histórico, he seguido, con preferencia á la versión del cronista Vázquez, la de Fuentes, por ser la más generalmente adoptada. Los nombres de los dos reyes kachiquel y quiché, son también los que les da el mismo Fuentes. El señor abate Brasseur de Bourbourg, en una nota y á su traducción de POPOL VUH, ó libro sagrado de los quichees, dice que los verdaderos nombres de esos dos monarcas eran Tzinacam y Tepepul, de los cuales hicieron los historiadores de la conquista Sinacam y Sequechul. — *Nota de la edición de* 1866.

Fuentes es un autor en cuyo dicho no puede ponerse mucha fe. Esa campaña de Portocarrero no tuvo lugar en los puntos que indica este autor, ni parece cierto haya habido una acción de guerra el día 22 de noviembre.

CAPÍTULO X

Lo primero que hizo Peraza al entrar en la prisión de los reyes, fué acercarse al anciano Sinacam y tomarle el pulso. Á la cuenta no hubo de quedar muy satisfecho del resultado de su examen, pues arqueó las cejas y movió ligeramente la cabeza de un lado á otro.

— ¿Duerme? preguntó á Sequechul.

— Muy poco; dijo éste.

— Sinacam, añadió el doctor, dirigiendo la palabra en voz baja al anciano; acabo de recorrer vuestros dominios y los de Sequechul; vuestros antiguos vasallos esperan únicamente la voz de sus reyes para levantarse contra sus opresores. Recobrad el ánimo, haced un esfuerzo y preparaos, pues va acercándose el momento en que quebrantaré vuestras prisiones, y entonces necesitaréis de todo vuestro valor.

El viejo kachiquel levantó la cabeza al escuchar aquellas palabras, y fijando en el médico sus ojos, cuya mirada vaga y extraviada indicaba el estado de su ánimo, dijo :

— No tengo ya dominios ni vasallos. Los teules me

lo quitaron todo. ¿No los ves? añadió como delirando, allí vienen monstruos que son la mitad hombre y la mitad caballo, y traen espantosas serpientes que vomitan fuego. Padecen de un mal de corazón que se cura con el oro; dales oro y más oro, con tal de que me dejen mi reino y no hagan daño á nuestro dios, Chamalkán.

El infeliz indio, atormentado con aquellos dolorosos recuerdos, se puso á derramar lágrimas como un niño.

El doctor sacó del bolsillo una redomita que contenía un licor amarillo color de oro; destiló cuidadosamente tres gotas en medio vaso de agua y lo dió á beber á Sinacam. Tomólo el rey sin repugnancia, y Peraza, aguardando á que aquella medicina comenzase á producir su efecto, se retiró al otro extremo de la habitación con Sequechul.

— Así pasa los días y muchas noches, dijo el joven con tristeza.

— Es necesario no omitir esfuerzo hasta lograr reanimarlo, contestó Peraza. Su nombre y su prestigio son indispensables para llevar á cabo la empresa. Su presencia levantará á los guerreros de su nación, que están prontos á morir por él. Las numerosas tribus del Quiché cuentan con vos, Sequechul; y todos, todos, están ansiosos de vengar los sangrientos ultrajes que han sufrido por espacio de quince años. ¿Cuál es vuestra resolución?

— La de morir, contestó el joven con tranquila energía, al frente de los míos.

— Bien, dijo el doctor; la fortuna, adversa hasta ahora, os ayudará al fin. He hablado con los caciques,

quienes han consultado los sentimientos de los *mazehuales*, y creo que á vuestra voz y á la de Sinacam, se reunirán unos cincuenta mil guerreros decididos. La discordia reina entre vuestros enemigos y muchos de los capitanes que combatieron trece años hace contra vosotros, ansian por deshacerse del gobernador.

Cuando Peraza había pronunciado aquellas palabras, el anciano rey que empezaba á experimentar el benéfico y maravilloso efecto de las gotas del doctor, se había levantado, y acercándose á él y á Sequechul:

— Diez *xiquipiles*, dijo, ¿cuentas con diez *xiquipiles* de hombres?

— Sí, contestó Peraza, cincuenta mil guerreros, poco más ó menos, de los kachiqueles, quichees y mames están prontos á levantarse á vuestra voz. Pero la presencia de los jefes es indispensable, y yo les he ofrecido que no faltaréis en el momento preciso.

— Iremos, iremos, dijo el anciano reanimándose por grados. Recobraremos nuestras ciudades; levantaremos los altares abatidos de nuestros dioses, y aplacaremos su enojo, derramando en sus aras la sangre maldita de los teules.

El médico se mordió los labios y sonrió desdeñosamente al escuchar aquella amenaza, dirigida por el viejo rey contra los españoles todos, sin distinción de amigos ni enemigos. Sin dejar ver lo que pasaba en su interior, dijo:

— Estoy concertando con cinco ó seis de nuestros partidarios más decididos y resueltos, los medios más á propósito para vuestra evasión. Sequechul, haced que vuestro compañero tome tres veces al día una do-

sis igual de esta bebida á la que hoy le he suministrado; y yo respondo que desaparecerá la calentura, no habrá ya delirio, y el anciano Sinacam se mantendrá siempre enérgico y activo, como ahora lo veis. ¡Ojalá fuera yo tan feliz, añadió con tristeza, para encontrar otra hierba que necesito, como lo he sido con la que ha de restablecer la salud de este anciano!

Dicho esto, el doctor puso en manos de Sequechul la preciosa redoma, y despidiéndose de los dos caciques indios, se retiró dominado por sus ideas.

Sinacam y Sequechul, luego que estuvieron solos, entablaron una animada conversación, comentando las palabras del médico y manifestándose las probabilidades con que creían poder contar para restablecer la independencia de su país. Los desdichados no advertían que iban á luchar con un poder inmenso, superior al suyo en todos conceptos; y que si ellos tenían de su parte la ventaja del número, sus adversarios les sobrepujaban en el arte de la guerra y sabían explotar hábilmente las rivalidades que dividían á las naciones aborígenes que poblaban esta parte del continente americano. Con esa división contaba precisamente Peraza; que si bien intentaba deshacerse del gobernador y de los suyos, no era ciertamente para volver á poner el país bajo el dominio de aquellos á quienes despreciaba como bárbaros. El osado aventurero acariciaba en el fondo de su alma la idea de dominar el reino, deshaciéndose del Adelantado y sus amigos, por medio de los indios, y luego de éstos, sirviéndose de la población española. Por extravagantes que fueran realmente estos proyectos, no lo parecían á los

que acababan de ver á unos pocos soldados de fortuna dominar un mundo á fuerza de atrevimiento. Así, Peraza pretendía emplear como instrumentos á los que, por su parte, no veían en él más que un auxiliar eficaz, pero secundario, no pudiendo imaginar siquiera cuán alto rayaba la ambición de aquel pechero. Dejemos, pues, á unos y á otros creyendo engañarse recíprocamente, cosa harto común en las conspiraciones, y volvamos la vista por un momento á los otros incidentes de esta historia, en cuyo conocimiento hemos iniciado á nuestros lectores.

Quince días habían transcurrido después de la visita hecha por Peraza á los dos reyes indios, presos en la torre de las Casas Consistoriales. Durante aquel espacio de tiempo, el médico se ocupó en consultar autores griegos y latinos, buscando inútilmente la preciosa hierba con que se proponía hacerse amar de doña Juana.

Robledo, por su parte, no había permanecido ocioso, y en aquellas dos semanas arregló á su satisfacción el archivado proceso que siguió el capitán Cava contra su mujer, desglosando las declaraciones favorables á Portocarrero y sustituyéndolas con otras que él forjó, firmándolas con los nombres de personas ya muertas, ó ausentes. Hecho esto, aguardaba únicamente una ocasión favorable para hacer uso de su satánica invención.

Agustina Córdoba esperaba con impaciencia el hallazgo de la planta que creía buscaba el doctor por ella únicamente, y confiando recobrar por aquel medio el afecto de Portocarrero, había prescindido por lo pronto del empeño de urdir otras intrigas.

El proceso por hechicería entablado contra Ronquillo y Castellanos caminaba muy lentamente, no siendo fácil expeditar el curso de la justicia, tratándose de personajes tan importantes como el veedor y el tesorero real.

Los reyes indios ardían en deseos de verse libres; pero los conspiradores no estaban de acuerdo en algunos puntos, indispensables para poder llevar á cabo la evasión de los prisioneros.

Portocarrero y doña Leonor se amaban cada día más, y el licenciado de la Cueva se desesperaba al ver que sus más finos obsequios encontraban siempre una repulsa cortés, pero decidida, por parte de la hija del Adelantado.

Tal era la situación de las cosas, cuando una noche, regresando don Pedro de Portocarrero á su casa, después de haber visitado el cuartel de los arcabuceros, en una calle estrecha y excusada, oyó ruido de espadas que chocaban, como si estuviesen riñendo varias personas. Apresuró el paso el valiente capitán y vió un grupo de cuatro hombres, de los cuales tres atacaban con vigor á uno solo, que se defendía con desesperación. Otro individuo, embozado hasta los ojos, animaba á los agresores, disfrazando la voz como para no ser conocido. Cuando se acercó Portocarrero, el sujeto que sostenía aquella lucha desigual, cubierto de heridas y extenuado por la pérdida de la sangre, había caído en tierra, impotente ya para defenderse. El embozado gritaba: «¡Acabadlo, acabadlo!» y los asesinos se disponían á ejecutar aquella orden, cuando la espada de don Pedro brilló en la oscuridad como un

relámpago, descargando un terrible golpe sobre la cabeza de uno de los tres malvados, que iba á sepultar su daga en el pecho del caído. Sobrecogidos los asesinos con aquella aparición, quisieron huír; pero animados por el embozado, y viendo que un solo hombre los acometía, cobraron ánimo y entraron en lucha con él. Pronto advirtieron que se las habían con un hombre tan vigoroso como ágil y tan ágil como valiente. Paraba los golpes con la capa, que había enrollado en su brazo izquierdo, y acometía á los tres simultáneamente, tan sereno, como si luchase con un solo agresor. Portocarrero había herido ya ligeramente á dos de los asesinos; el tercero, más osado que sus compañeros, se lanzó con rabia sobre don Pedro, y logró alcanzarlo con la daga, que penetró en el costado izquierdo, cosa de tres pulgadas. Pero el aleve no quedó impune. La espada de Portocarrero atravesó de parte á parte el pecho de aquel hombre, que cayó en tierra moribundo. Visto esto por los otros, no pensaron ya sino en ponerse en cobro, y huyeron, dejando abandonado á su compañero, que expiró pocos momentos después.

Portocarrero, aunque herido, acudió inmediatamente al hombre que yacía tendido á pocos pasos, y cuya vida acababa de salvar. Levantóle la cabeza, y, habiendo examinado sus facciones á la pálida luz de las estrellas, quedó asombrado al reconocer al anciano Pedro Rodríguez. Graves sospechas se despertaron en el ánimo de don Pedro, é imaginó que Dios había querido que él fuese á salvar la vida del anciano, que probablemente se encontraba en aquel trance por el servicio que le prestara algunos días antes.

Portocarrero perdía sangre por la herida; sin embargo de lo cual, se disponía á levantar á Rodríguez para llevarlo al palacio del gobernador, cuando afortunadamente llegó una ronda que, reconociendo á don Pedro, é instruída de lo ocurrido, dió providencias para conducir al herido, como también el cadáver del asesino. Hecho esto, Portocarrero se embozó en su capa, y caminando con trabajo, llegó á su casa y se encerró en su habitación. La servidumbre del caballero observó el rastro de sangre que había dejado desde la puerta de la calle, y alarmada, acudió encontrando á don Pedro tendido en el suelo y sin conocimiento, en medio del dormitorio. Apresuróse á prestarle auxilios, y uno de los criados fué á llamar al cirujano. Pocos momentos después entraba en la habitación el célebre herbolario Juan de Peraza, á quien se encargó la curación de don Pedro de Portocarrero. Examinada la herida, declaró que no era mortal, pero sí de alguna gravedad, y que el enfermo requería el empeño más esmerado. Hizo la primera curación y ofreció volver frecuentemente.

De la casa de Portocarrero, Peraza se dirigió al palacio del Adelantado, de donde se le había llamado también para que asistiese al anciano Rodríguez. Las heridas de éste eran mucho más peligrosas que las de don Pedro. El doctor lo conoció desde luego, y sin pérdida de tiempo, comenzó la curación con actividad. Desde esa misma noche se tomaron medidas para averiguar los autores de aquel atentado, pero todo fué inútil. El hombre cuyo cadáver se había encontrado en la calle, era desconocido; Rodríguez no estaba en

aptitud de declarar cosa alguna, y Portocarrero dijo que no conocía á los asesinos.

La mayor angustia causó á doña Leonor la noticia de la herida de don Pedro. Pasó la noche en grande agitación, y hasta la mañana siguiente, cuando fué informada de que no presentaba síntoma mortal, no recobró algún tanto la tranquilidad. Interesándose además por la vida del fiel servidor de su padre, á quien Portocarrero era deudor de un señalado servicio, dispuso pasar personalmente á la habitación del buen anciano con su amiga doña Juana. Hízolo así, en efecto, acertando á verificarse aquella visita pocos momentos después que había entrado el médico Peraza, que iba á observar el efecto producido en el enfermo por la curación practicada la noche anterior. En el momento en que entraron en el cuarto de Rodríguez la hija del Adelantado y doña Juana de Artiaga, Peraza estaba inclinado sobre el paciente, examinando las heridas. Concluída la operación, el doctor levantó la cabeza, y volviéndose de improviso, vió á las dos señoras, á quienes saludó con una profunda cortesía, aunque visiblemente azorado. Doña Juana fijó los ojos en el médico, y reconociéndolo, á pesar del cambio que en su fisonomía habían hecho los años, quedó desconcertada y pálida, y tuvo necesidad de apoyarse en el brazo de doña Leonor. Su sorpresa fué igual á la que Peraza había tenido cuando la vió en la ventana del palacio ; más los sentimientos que experimentaron respectivamente, de índole muy diversa. En doña Juana, la aparición del pechero de Baeza, su antiguo é importuno pretendiente, causó una sensación de des-

agrado, que no fué dueña de ocultar. El herbolario permaneció inmóvil á la cabecera del enfermo, á quien parecía haber olvidado completamente. Doña Leonor se informó del estado de Rodríguez, y recomendándolo al cuidado de las personas que lo asistían, se retiró, comprendiendo que algo muy extraordinario y que ella no acertaba á descifrar, había sucedido á su amiga.

No bien hubieron salido de la habitación, doña Juana dijo á doña Leonor :

— Alejémonos de aquí por Dios. Él es, él es, amiga mía.

Sorprendida la hija del Adelantado, pidió á doña Juana le explicase aquel enigma, y habiéndose encerrado en las habitaciones de doña Leonor, doña Juana le reveló la causa de la mortal angustia que la oprimía. En la intimidad que existía entre las dos amigas, doña Juana había referido naturalmente á doña Leonor el lance del médico de la ciudad de Baeza; pero ni la una ni la otra habían vuelto á acordarse de tal incidente. Doña Juana conocía el atrevimiento de Peraza, recordó la asiduidad con que la importunó, y sabía que al salir de la ciudad, á consecuencia del desaire que recibiera de sus padres, había hablado públicamente de proyectos de venganza. Llegada recientemente á Guatemala, no había tenido ocasión de oír hablar del médico, y la primera noticia que tuvo de que estuviese en la ciudad, fué su presencia en el cuarto de Rodríguez. Profundamente afligida, comunicó sus temores á su amiga, la que procuró tranquilizarla, con la seguridad de que aquel miserable ciru-

jano, médico ó lo que fuese, no tendría poder alguno para causarle la más ligera desazón. La orgullosa señora estaba muy lejos de creer que aquel hombre de quien hablaba con desdén, alcanzaba, por sus relaciones y popularidad, á pesar de la oscuridad de su origen, una posición que hacía de él un personaje nada despreciable.

Doña Leonor llamó á Melchora Suárez, su camarera, y habiéndole pedido con disimulo informes acerca de Peraza, supo cuanto la generalidad sabía respecto á él.

Merced á la eficacia del doctor, á los cuatro días Portocarrero estaba muy mejorado, y Rodríguez, aunque grave todavía, fuera de riesgo de muerte. Peraza, dominado siempre por una idea, no omitió esfuerzo para encontrar la planta que buscaba ansioso. Todas sus diligencias para dar con ella por medio de la ciencia, fueron completamenie inútiles, como era natural; hasta que un incidente puramente fortuito, fué á poner al doctor en posesión de tan precioso tesoro. Cómo llegó á encontrar Peraza la hierba que tenía la rara virtud de inspirar el amor, y el ensayo que comenzó á hacer de ella, lo referiremos á nuestros lectores en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XI

Abatido y descorazonado se encontraba un día el bueno del doctor Peraza, á punto de no prestar la menor fe á la eficacia de los vegetales, por no haber podido dar con la hierba del amor; cuando se le presentó una mujer anciana, acompañada de una joven cuya salud parecía muy deteriorada. Era una pobre madre que acudía á la caridad del herbolario, alarmada al ver los progresos de la enfermedad de su hija. Examinó el doctor á la muchacha, hízole muchas preguntas, y la dolencia hubo de parecerle sumamente oscura. Después de muchas investigaciones, y habiendo exigido á la madre no le ocultase circunstancia alguna de las que pudieran aclarar el origen del padecimiento de la joven, la anciana, con gran misterio y usando de mil rodeos, explicó al médico la verdad del caso. Había tenido empeño en que la muchacha se casara con un pariente suyo, que por todos conceptos le convenía; pero sus instancias y consejos fueron inútiles y no alcanzaron á vencer la repugnancia que sentía la joven hacia el hombre que se le destinaba por esposo. Entonces, por indicación de

una vecina, dispuso dar á la muchacha un bebedizo, para que se convirtiera en amor el odio que sentía por el pretendiente; y habiendo recurrido á un indio anciano de Petapa, que sabía preparar la bebida, la suministró á la joven, é instantáneamente se cambió en el más decidido afecto la aversión que antes sentía por el pariente. Por desgracia, cuando esto sucedió, el joven, cansado ya de porfiar en vano, se había casado con otra, ignorándolo la anciana. Cuando la muchacha supo lo que ocurría, fué cayendo en un abatimiento mortal, se puso cadavérica, no comía ni conciliaba el sueño, quedando reducida al más miserable estado.

Con la mayor atención escuchó el doctor la relación de la vieja, y al oir lo del bebedizo y su maravilloso efecto, no fué dueño de ocultar su alegría. Preguntó inmediatamente el nombre del indio que había suministrado la bebida; díjoselo la madre de la joven, é importándole ya muy poco lo demás, hizo dos ó tres indicaciones vagas y generales de lo que convenía administrar á la enferma y despidió á ésta y á la madre. Luego que estuvo solo, no pensó más que en adquirir el precioso licor á cualquier precio. Montó á caballo y se dirigió á Petapa, en donde encontró efectivamente al famoso vendedor de filtros, un indio rechoncho, pequeño de cuerpo, con más trazas de bribón que de tonto, que se llamaba Diego Tziquín, y que gozada la reputación de ser un famosísimo hechicero.

El doctor no se contentaba con el bebedizo ya conceccionado. Como hombre del arte, deseaba conocer

los ingredientes y el método empleado para la preparación. Le fué, pues, necesario ir ganando, poco á poco, la confianza del indio, y ayudándose con buenas dádivas, logró que Tziquín le ofreciese confeccionar el bebistrajo en su presencia. Convinieron en reunirse una noche en que la luna estaba en su cuarto menguante, y se encerraron en el rancho del indio, iluminado por la pálida luz que despedían unas pocas astillas de ocote. Era en fines de noviembre. El viento del norte penetraba por entre las mal unidas cañas de milpa que formaban las paredes del rancho, arremedando, ora el bramido de bestias feroces, cuando soplaba con mayor fuerza, ora quejidos y lamentos, cuando disminuía su violencia. Habríase dicho que los malos espíritus se aprestaban á acudir al llamamiento que iba á hacérseles y se reunían en confuso y bullicioso tropel, para estar prontos á la voz del que tenía cierto poder sobre ellos. Tziquín aprestó sus hierbas, que examinó Peraza y reconoció ser venenosas; hizo fuego con huesos de muerto y colocó una olla pequeña con agua encima de las brasas. Pronunció algunas palabras en su propio idioma y fué poniendo en la marmita los vegetales y algunas sustancias orgánicas. Sentáronse junto al fuego el herbolario y el fabricante de filtros, y ambos permanecieron en profundo silencio, por largo rato, con los ojos fijos en la olla, esperando el cocimiento. Cuando comenzó el hervor, Tziquín se puso en pie, con la cara hacia el oriente y pronunció conjuros y maldiciones, invocando siempre en su idioma, el nombre de *Caxtoq*. Retiró la olla, coló el líquido, sirviéndose de un lienzo negro

con manchas rojas, y luego que hubo destilado un licor verdoso, llenó una pequeña redoma que puso en manos del doctor. Cuidó de advertirle que era indispensable que la persona que deseaba hacerse amar, vertiese por sí misma dos gotas del bebedizo en medio vaso de agua, la que se había de administrar pronunciando ciertas imprecaciones que el crédulo herbolario tomó bien en la memoria, lo mismo que los otros conjuros empleados por el embustero Tziquín. Peraza recompensó generosamente al indio y volvió á la ciudad, tan contento como si hubiese encontrado la piedra filosofal.

Lo primero que hizo fué buscar á Agustina Córdoba, á quien dió parte del famoso descubrimiento del filtro. La viuda, transportada de júbilo, instó al doctor para que cuanto antes diese el bebedizo á Portocarrero, lo cual era tanto más fácil, cuanto que don Pedro necesitaba aún, por su herida, los auxilios del médico. Llenó éste una redoma de plata con agua, y habiendo hecho que Agustina aprendiese bien las palabras del conjuro, vertió ella misma, pronunciando aquellas palabras, dos gotas del verdoso licor en el agua de la redoma. Peraza se dirigió á casa de Portocarrero, y después de haberle tomado el pulso, dijo que para apresurar la convalecencia, convenía tomase la bebida que contenía aquella redoma. Hízolo así don Pedro, y el doctor se despidió, ofreciendo volver, para observar los efectos de la medicina.

La vigorosa constitución de Portocarrero no se resintió desde luego de la influencia nociva de aquel brevaje, que, como hemos dicho, contenía sustancias

venenosas, aunque en dosis sumamente cortas. Al siguiente día, cuando llegó Peraza, el enfermo no presentaba alteración notable. El doctor entabló conversación con él, y con astucia fué haciendo rodase de modo la plática que hubo ocasión de nombrar á Agus-Córdoba. Portocarrero guardó profundo silencio, lo que chasqueó al doctor, no permitiéndole averiguar si la bebida iba ó no produciendo algún efecto. Continuó suministrándosela durante tres días, y el único resultado fué que el enfermo fuese cayendo en cierto entorpecimiento. El pulso era débil, la mirada indecisa y vaga, y parecía coordinar las ideas con alguna dificultad. Entonces volvió Peraza á pronunciar el nombre de Agustina; pero fué para que don Pedro mostrase el más profundo disgusto, y suplicase cortés, pero seriamente al doctor, no volviese á nombrar en su presencia aquella mujer. Esto, como debe suponerse, disgustó mucho al herbolario, que desde luego atribuyó la falta de éxito á la cortedad de la dosis en que había sido suministrada la bebida. Proponíase, pues, duplicarla, á pesar de que no se le ocultaba el abatimiento físico y moral en que había comenzado á caer el enfermo; pero antes de hacerlo, creyó oportuno volver á conferenciar con Tziquín, sospechando pudiese haberle ocultado alguna circunstancia esencial para que el filtro produjese efecto. Decidido á arrancar al indio todo su secreto, de grado ó por fuerza, llenóse los bolsillos de oro y se armó con una daga.

— Tziquín, dijo al indio con aire severo; me has engañado; cuatro días hace que empleo el bebedizo, sin resultado alguno. Tú debes haber reservado alguna

circunstancia que es indispensable para que esa bebida haga nacer el amor, y no saldré de aquí sin que me hayas dicho todo lo que debe hacerse. ¿ Quieres más dinero ? Estoy pronto á dártelo ; pero también he resuelto emplear la fuerza para arrancarte ese secreto, que es necesario á mi felicidad.

— Señor padre, contestó el anciano con humildad ; la bebida que te dí es la misma que he dado á otras muchas personas, y siempre ha producido buen efecto. ¿ Cuidaste de hacerlo todo como yo lo dije ?

— Todo se ha hecho con la mayor exactitud, replicó el doctor.

El indio permaneció un rato pensativo ; y de repente, como si hubiese tenido una súbita inspiración, preguntó á Peraza :

— ¿ No has visto si por casualidad tiene la persona á quien se ha dado la bebida, alguna santa reliquia sobre su cuerpo ?

El doctor recapacitó, y dándose una palmada en la frente, dijo :

— ¡ Cierto ! un *Agnus Dei* de oro.

Al examinar la herida de don Pedro, el doctor había visto el relicario remitido por doña Leonor.

— Pues no preguntes ya, dijo el indio con seguridad, en qué consiste que la bebida no produzca su efecto. Es necesario quitar esa reliquia á la persona y luego volver á darle la medicina. Entonces, con mi cabeza te respondo del resultado.

Lleno de gozo el herbolario por haber desatado el nudo de la dificultad, recompensó generosamente al indio, y sin pérdida de tiempo, volvió á la ciudad,

combinando los medios de que había de valerse para despojar á Portocarrero del relicario. Acudió inmediatamente á visitarlo y lo encontró con calentura y abatido física y moralmente. La servidumbre del caballero estaba en el dormitorio, y así el médico no pudo ejecutar su proyecto. Al despedirse, recomendó un absoluto reposo y tranquilidad y que se dejase solo á don Pedro el mayor tiempo que fuese posible. Alarmados los criados de Portocarrero, cumplieron aquellas disposiciones al pie de la letra y dejaron al enfermo solo una gran parte del día.

En uno de estos ratos llegó el doctor y acertó á entrar hasta la cámara de Portocarrero, sin encontrar á persona alguna.

Don Pedro, pálido, extenuado, parecía dormir, con ese sueño agitado que produce la fiebre. Escapábansele frases entrecortadas y palabras sin sentido, tales como *torneo, asesinos, Ronquillo, el maleficio, Leonor*, sonriendo con tristeza al pronunciar este nombre. Peraza se acercó á la cama sin hacer el más ligero ruido; descubrió el pecho á don Pedro y vió que allí estaba el relicario. Con mucho cuidado fué levantándole poco á poco la cabeza y quitándole la cadena de la cual pendía el *Agnus*. El enfermo parecía sufrir mucho en aquel momento, como si hubiese podido alcanzar intuitivamente lo que hacía el pérfido herbolario. Con voz lenta y apagada, dijo: *Ag...nus... Leo...nor;* y levantó la mano hacía el pecho, como buscando la santa reliquia. Tal fué la impresión que experimentó al no encontrarla, que despertó sobresaltado y recorrió con ojos extraviados toda la habitación.

Estaba completamente solo; pues el médico había desaparecido. Don Pedro, aunque muy débil, se lanzó fuera de la cama, y saliendo del dormitorio, llamó á la servidumbre. Acudió ésta alarmada, al ver aquel semblante cadavérico, en el cual luchaban la expresión del abatimiento con la de la desesperación.

— ¡El relicario! ¡el relicario! gritó Portocarrero; ¿qué se ha hecho del relicario?

Los criados se veían unos á otros sin comprender lo que decía su amo, y tomando aquellas palabras como hijas del delirio de la calentura.

— ¿Quién ha entrado aquí? dijo don Pedro con voz temblorosa?

— Nadie, contestaron los criados. Dormíais y aguardábamos que llamaseis, permaneciendo lejos por no molestaros.

— ¡Desgraciados! exclamó Portocarrero, me habéis abandonado, y Satanás se ha apoderado de mi tesoro, de mi felicidad, de mi única defensa. ¡Maldición!

Y diciendo esto, no pudiendo resistir aquel violento esfuerzo, cayó en el suelo sin sentido.

Acudieron en el acto á casa del doctor, quien, muy tranquilo, aguardaba aquel llamamiento, seguro de la impresión que causaría al enfermo la pérdida del relicario. Tomó la redoma de plata que contenía el malhadado filtro, y siguió al criado de Portocarrero. Encontró la calentura muy exacerbada; sin embargo de lo cual, impaciente por ver el resultado del bebedizo, removido ya el obstáculo á que atribuía, en su credulidad, el ningún éxito de la pócima, le presentó la redoma. Don Pedro la apartó de sí con disgusto y

dijo al doctor, de la manera más terminante, que deseaba morir y no tomaría ya medicina alguna. Peraza instó repetidas veces ; pero todo fué en vano. Nadie pudo hacerle tomar una sola gota de aquel licor.

Desesperado el médico, fuése á casa de Agustina Córdoba y le refirió lo que pasaba. Èsta, después de haber reflexionado un momento, dijo al doctor le entregase el relicario, y que quizá por medio de aquella alhaja ella lograría lo que no había podido obtenerse antes. Peraza, sin hacer mucho caso de la idea de la viuda, no encontró el menor inconveniente en poner en sus manos aquel dije, para él enteramente inútil, y le dió el *Agnus* de que había despojado á Portocarrero.

Antes de decir lo que hizo Agustina Córdoba de aquella reliquia, debemos volver un poco atrás en nuestra relación, á fin de que el lector pueda seguir más fácilmente el curso de esta historia.

Hemos dicho ya como el secretario del gobernador, Diego Robledo, había arreglado el viejo proceso entablado por el capitán Francisco Cava contra su mujer, sustrayendo las declaraciones favorables á Portocarrero y agregando otras falsas, en que hacía aparecer á éste en relaciones con aquella dama, durante su matrimonio. Á pesar de la prohibición expresa de don Francisco de la Cueva, que rechazó con indignación la idea de aquel fraude, Robledo trató de llevar á cabo la ejecución de su proyecto, atento únicamente á la consecución de su propósito, y sin escrúpulo alguno, cosa que el maligno secretario no había previsto, y que fué á hacer de aquel proceso un arma enteramente inútil en sus manos.

Robledo volvió una vez y otra á casa de Agustina, y sucedió que insensiblemente fué sintiéndose atraído por aquella peligrosa viuda, que desde la primera visita había hecho cierta impresión en el espíritu inflamable del secretario. Conversando con ella, pasábansele las horas y olvidaba frecuentemente los amores de Portocarrero y doña Leonor, tema favorito, al principio, de sus pláticas. Agustina conoció desde luego el efecto que causaron sus gracias en el corazón de don Diego, y desplegó todos los recursos de la más refinada coquetería con el secretario del gobernador, ya por un instinto de su índole perversa, ya por cálculo, visto el provecho que podía sacar de un galán tan importante como Robledo. Cuando éste entró en cuentas consigo mismo, después de haber hecho cuatro ó cinco visitas á la viuda, encontróse, ó creyó encontrarse, seriamente enamorado. Por desgracia, el físico de don Diego corría parejas con su parte moral. Así, los obsequios de aquel hombre tan poco favorecido por la naturaleza, si bien recibidos con agrado, estaban muy lejos de causar la menor impresión en la viuda, que, alentando pérfidamente la pasión del secretario, no olvidaba un momento á Portocarrero, ni pensaba en otra cosa que en realizar sus planes de desbaratar los amores de don Pedro y de la hija del Adelantado. El odio de Robledo á aquel caballero había aumentado con el estímulo poderoso de los celos, pues al través de la coquetería de la viuda, translucía su decidida inclinación á don Pedro. Sin embargo de ese mortal aborrecimiento, no le era ya posible poner en práctica la idea de hacer un uso

cualquiera del proceso, pues para ello habría sido indispensable comprometer á Agustina, cosa que ésta no le habría perdonado jamás. Así, aquella pasión fué á echar por tierra sus planes y lo obligó á no pensar en aquel recurso, buscando otros arbitrios para favorecer los designios de don Francisco de la Cueva.

En esta situación, algo complicada ya, estaban las cosas, cuando Agustina Córdoba pidió al doctor Peraza el relicario de Portocarrero. Informada de la impresión que había causado al enfermo la pérdida de aquella alhaja, el instinto femenino le hizo concebir la sospecha de que el *Agnus* podría ser un presente de doña Leonor, cuando don Pedro mostraba tal afección por él. Entonces formó un proyecto atrevido, y sin dar cuenta de él á su amigo Peraza, resolvió ponerlo inmediatamente en práctica. Hizo llamar al mayordomo del gobernador, su antiguo conocido, y le manifestó el más vivo deseo de hablar con su sobrina, Melchora Suárez, la camarera de doña Leonor. El mayordomo condujo á su sobrina á casa de la viuda, y encerrándose ambas un largo rato, combinaron, ó mejor dicho, recibió Melchora instrucciones detalladas de lo que debía hacer. Concertóse que la camarera pediría con instancia á su señora una audiencia para una viuda joven y desgraciada, que reclamaba el amparo de la hija del gobernador, é iba á ponerse bajo su protección.

Doña Leonor no conocía á Agustina, ni había oído hablar de ella jamás, lo cual facilitaba la realización del plan de ésta. Melchora aprendió perfectamente el papel que debía representar, y sin pérdida de tiempo

comenzó á ejecutarlo. Dijo á su señora la pretensión de la viuda, que deseaba recurrir á su poderoso valimiento y quejarse de una injusticia de que era víctima, pidiéndole un momento de conversación para referirle su cuita. La generosa joven, aunque afligida con las noticias que recibía del estado de la salud de Portocarrero, no tuvo valor para negar lo que se le pedía en nombre de una infeliz, y ofreció recibirla. Melchora hizo avisar inmediatamente á Agustina, diciéndola que la presentaría á doña Leonor, el día señalado por ésta para la entrevista. Lo que pasó en ella, lo verá el lector en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XII

Vistióse Agustina Córdoba con la modestia y sencillez que correspondía al papel que iba á representar, y cubriéndose el rostro con un espeso velo negro, se dirigió acompañada de Melchora Suárez, á las habitaciones de doña Leonor.

— Señora, dijo la camarera, aquí tenéis á la desgraciada viuda que solicita vuestra protección, según me ha dicho. Yo ignoro completamente sus desventuras; sé tan sólo que es mujer bien nacida y desdichada, y creo que esos títulos le aseguran desde luego el amparo de vuestra generosidad. Ella misma os dirá el favor que implora de vos.

Diciendo esto, Melchora hizo una profunda reverencia y se retiró.

Agustina levantó el velo que cubría su rostro, y la hija del Adelantado quedó sorprendida de la hermosura y graciosa modestia de la viuda. Quiso ésta arrodillarse, pero doña Leonor no lo permitió, y abrazándola con bondad, le dijo :

— Hablad, señora, con entera confianza; abridme vuestro corazón, y si algo puedo hacer para aliviar

vuestras penas, contad conmigo. Como sé lo que son sufrimientos, encontraréis en mí toda la simpatía que inspira la desgracia á las almas compasivas.

— Noble y bondadosa señora, dijo Agustina; veo que la fama, pregonera de vuestras virtudes, no dice lo bastante sobre la generosidad de vuestros sentimientos. La acogida que hacéis á esta infeliz, la anima y alienta, y usando de la libertad que me concedéis, os suplico me permitáis referiros mi triste historia en todos sus detalles.

— Decid, contestó doña Leonor, que ya os escucho con el más vivo interés.

Y señalando un sillón á la viuda, ocupó otro que estaba en frente.

— Mi nombre es Agustina Córdoba, nombre que pienso no habrá llegado hasta hora á vuestros oídos. Vine muy joven á las Indias, en compañía de un tío anciano que deseaba probar fortuna en estos reinos. Desgraciadamente, aquel hombre, que después de Dios, era mi único apoyo en este mundo, no pudo resistir lo recio del clima de las costas, donde nos establecimos, y murió á poco tiempo de nuestra llegada, dejándome sola y desamparada en tierra extraña.

Al decir aquellas palabras, la astuta viuda hizo como que enjugaba una lágrima, y luego prosiguió :

— Entonces yo era joven, y las desventuras no habían marchitado mi rostro como hoy. Varios caballeros solicitaron mi mano ; mi corazón prefirió al capitán Francisco Cava, uno de los campeones que ayudaron á vuestro ilustre padre á ganar estos reinos.

— En efecto, dijo doña Leonor, he oído en otro

tiempo hablar del capitán Cava como uno de los más fieles y valerosos tenientes de mi padre; mas cuando yo vine por primera vez á Guatemala pienso que no estaba casado.

— No lo estaba ciertamente, contestó Agustina; estabais vos en Méjico cuando vine á ser esposa del capitán. El cielo no quiso que yo gozara por mucho tiempo la felicidad, á que sin duda no era acreedora; y á poco de estar casada, mi marido fué atacado de una calentura perniciosa, de la cual murió.

La viuda volvió á llorar. Doña Leonor le dirigió algunas palabras de consuelo, y luego continuó:

— Viuda y joven, como había quedado, volví á encontrarme expuesta á las importunas solicitudes de algunos galanes; pero lleno siempre mi corazón con el recuerdo de mi difunto esposo, rehusé constantemente pasar á segundas nupcias. Contaba con que conservaría siempre mi tranquilidad y que viviría tan feliz como era posible en mi situación, con la mediana fortuna que me había dejado el capitán; pero la suerte lo dispuso de otro modo. Un día acertó á verme en la iglesia un caballero de los principales entre los conquistadores, de familia ilustre, denodado cual ninguno, si se exceptúa á vuestro padre, y cuyo nombre se había hecho famoso en la guerra.

Doña Leonor comenzó desde aquel momento á escuchar con mayor atención la historia de la viuda, que parecía medir con sumo cuidado sus palabras.

— Ese caballero, prosiguió, que había sido teniente general del reino, en una de las ausencias del gobernador, se me mostró vivamente apasionado y me juró

amor eterno, pidiéndome con las mayores instancias, que consintiese en ser su esposa.

Un sudor frío corría por la frente pálida de doña Leonor. La viuda, que no parecía notar la impresión que causaban sus palabras á la hija del Adelantado, prosiguió su relación.

— No os ocultaré que mi corazón llegó al fin á interesarse por aquel caballero, digno en todos conceptos de mi amor; cedí á sus ruegos y le ofrecí ser su esposa. Ha pasado algún tiempo desde que contraje aquel compromiso, y en todo él se ha mostrado tan ardiente y apasionado como al principio. Nuestras relaciones se hicieron públicas, y mi nombre llegó á verse injustamente comprometido. Viendo esto, lo he instado á que apresuremos nuestro enlace; pero retarda el cumplimiento de sus juramentos, diciéndome que una señora muy principal, á quien no ha querido nombrarme, ha puesto los ojos en él; que por ciertas consideraciones, no puede desengañarla, y que aguarda que el tiempo y las solicitudes de otro pretendiente que tiene esa dama la harán desistir de su empeño.

Doña Leonor se estremeció de pies á cabeza al escuchar lo que decía la viuda. Casi no le cabía ya la menor duda de la horrible verdad que un momento antes había comenzado á entrever. Sin fuerzas para decir una sola palabra, no interrumpió la relación de Agustina, que concluyó de esta manera :

— Hará apenas un mes que don Pedro de Portocarrero, pues éste es, señora, el nombre de mi prometido esposo, me ha jurado, por la centésima vez, que

cumplirá su palabra como caballero, y para que ese juramento fuese más solemne, lo hizo sobre esta santa reliquia que aquí veis, y que me entregó después, para que la conservase en prenda de su compromiso.

Al decir esto, Agustina sacó el *Agnus Dei* que le había entregado el médico Peraza, y agregó :

— Mi solicitud, señora, es que inclinéis á vuestro ilustre padre, á que interponga su influencia, á fin de que se me cumpla lo ofrecido.

Doña Leonor, sin atender á las últimas palabras de la viuda, se levantó de su asiento y arrebató el *Agnus* de manos de Agustina. Temblando como la hoja del árbol que agita el vendabal, examinó la reliquia, y cuando estuvo plenamente convencida de que era efectivamente la que ella había enviado á Portocarrero, lanzó un grito penetrante y cayó en el sillón sin conocimiento.

Agustina, obtenido ya su objeto, se precipitó fuera de la habitación y dijo á Melchora, que aguardaba en una pieza inmediata, acudiese en auxilio de su señora. La viuda volvió á cubrirse con su velo y salió del palacio, en tanto que Melchora llamaba á las otras criadas de doña Leonor.

Cuando ésta volvió en sí, lo primero que hizo fué dar orden de que avisasen á doña Juana, que acudió inmediatamente, y se sorprendió mucho al ver la situa ción en que se hallaba su amiga. Doña Leonor dijo á sus criadas que se retirasen, y luego que estuvo sola con doña Juana, la hija del Adelantado dió rienda suelta á su dolor y su aflicción, refiriendo, entre sollozos y lágrimas, la conversación que acababa de

tener con Agustina Córdoba. Estupefacta doña Juana, apenas podía creer tanta perfidia, y sólo tocando con sus manos y viendo con sus ojos el relicario, se convencía de la traición de Portocarrero. En su inocente sencillez, las dos jóvenes ni sospecharon aún que todo aquello fuese una intriga pérfida. Una y otra creyeron sin reflexión la historia de la viuda y resolvieron no decir á nadie una sola palabra de aquel incidente, proponiéndose la desgraciada y altiva doña Leonor devorar en silencio su pena y olvidar, si le era posible, al ingrato Portocarrero. Su delicada organización no pudo resistir tan violentas emociones, y al caer la tarde, la infeliz doncella era presa de una aguda fiebre. El Adelantado, doña Beatriz y don Francisco de la Cueva acudieron inmediatamente á la habitación de doña Leonor, y se dispuso llamar sin pérdida de tiempo al doctor Peraza, que pasaba por ser el mejor médico de la ciudad. Acudió el herbolario, que ignoraba, como ya hemos dicho, el paso dado por Agustina. Después de haber examinado á la enferma, comprendió que el mal era de alguna gravedad. Administróle desde luego una copiosa sangría y prescribió el método que debía seguirse con la mayor exactitud. Doña Juana cuidó de mantenerse oculta tras la cortina de damasco que formaba el pabellón de la cama, y Peraza no pareció advertir su presencia en la habitación.

Siete días pasó la familia del Adelantado en la mayor angustia, pues doña Leonor se vió realmente á las puertas del sepulcro. Al séptimo, el mal hizo crisis, y la naturaleza, ayudada por las medicinas, triunfó

de la enfermedad. Durante aquella semana, la enferma cayó frecuentemente en el delirio; pero aunque nombró muchas veces á Portocarrero, no se le oyó una sola expresión de queja ó de reproche. Así, el secreto de la verdadera causa de la dolencia continuó religiosamente guardado por las pocas personas que tenían conocimiento de él.

Entre tanto Portocarrero, firme en su resolución de no tomar las pócimas del doctor, había ido restableciéndose, aunque sin dejar de experimentar las consecuencias del malhadado filtro. Estaba pálido y enjuto; sus grandes ojos negros habían tomado una expresión extraña, y de vez en cuando agitaba toda su máquina un temblor nervioso. Llevábase la mano como distraído, al cuello y al pecho, cual si buscase algún objeto, y al dejarla caer con desaliento, dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, al mismo tiempo que una sonrisa vaga y triste entreabría sus cárdenos labios. El desdichado caballero había caído en una especie de monomanía. Peraza no dejó de conocer que las sustancias venenosas empleadas en la confección del filtro y la violenta emoción que había sufrido el ánimo de don Pedro al encontrarse privado de la alhaja por la cual manifestaba tanta afección, eran la causa del estado en que éste se hallaba. Sin embargo, preocupado con la idea de la eficacia del bebedizo, escribió un apuntamiento ó anotaciones, en que hizo constar la historia de la muchacha en quien el filtro había producido el amor y consignó los resultados del ensayo hecho en Portocarrero, que atribuía al relicario y al no haber querido después don Pedro tomar la

bebida; escrito que cerrado y sellado, guardó cuidadosamente en el fondo de su papelera.

Peraza había procurado, en vano, ver á doña Juana en el palacio del gobernador, en las repetidas visitas que hacía á los dos enfermos puestos á su cuidado. La joven ponía particular estudio en no encontrarse en la habitación de doña Leonor cuando estaba allí el médico, que se desesperaba advirtiendo la tenacidad con que huía de él aquella dama. Doña Juana espiaba desde su habitación la salida del doctor, y luego que éste se retiraba, volvía á ocupar su puesto á la cabecera de la cama de la enferma. Cansado el herbolario de aguardar en vano, resolvió una noche ver y hablar á doña Juana, y para conseguirlo, se valió de la más sencilla estratagema. Á la hora en que acostumbraba despedirse, salió de la cámara de doña Leonor y se dirigió á la puerta que daba á la calle; pero repentinamente, y como si hubiese olvidado alguna advertencia importante respecto á la enferma, retrocedió con precipitación. Como lo había calculado, al llegar á la puerta del dormitorio de doña Leonor, encontróse frente á frente de doña Juana, en una espaciosa galería, débilmente alumbrada por la luz de una lámpara, que ardía delante de una imagen de la Virgen, colocada en un nicho abierto en la pared. La joven, aterrorizada, quiso huír; pero no tuvo fuerzas para moverse del sitio en que permaneció. Peraza contempló un momento aquella figura encantadora y le pareció más bella aún bajo la expresión del terror que revelaba su rostro.

— Doña Juana, dijo al fin con voz entrecortada por

la emoción. ¿Por qué os empeñáis en huír de mi presencia? ¿No veis que no sin algún designio os ha traído el destino en pos de mí al través de los mares?

— Don Juan, contestó la joven un tanto recobrada ya de su primera impresión; bien sabéis que motivos poderosos me obligan á evitar vuestra presencia. Respetadlos y no insistáis en verme ni en hablarme.

Diciendo esto, la joven quiso retirarse; pero el herbolario, fuera de sí, la tomó por un brazo, y poseído de rabia exclamó:

— ¡No! no te marcharás sin escucharme. ¿No basta haberme arrojado como á un perro de vuestra casa, hidalgos orgullosos, porque la suerte no quiso hacerme igual á vosotros en nacimiento? Sabed que el tiempo y la fortuna han hecho desaparecer la distancia que un capricho de la naturaleza quiso poner entre los dos. Pronto verás, mujer arrogante, de lo que es capaz el hijo del pechero, que se presentará terrible y vengador, para pedirte cuenta de su felicidad destruída. Hoy mismo, añadió el médico exaltándose cada vez más, hoy mismo puedo anonadar tu existencia miserable y pagar con usura tus crueles ultrajes.

Al decir esto, Peraza, fuera de sí y enajenado por la rabia, sacó un puñal que llevaba oculto en el seno, lo levantó sobre doña Juana, y tirándola fuertemente de un brazo, la hizo caer de rodillas á sus plantas.

La joven, poseída del mayor espanto, quiso lanzar un grito; pero la voz se ahogó en su garganta, y apenas tuvo fuerza para volver los ojos, inundados de lágrimas, á la imagen de la Virgen, que iluminaba de lleno la luz de la lámpara. Cuando el frenético herbo-

lario se disponía á dejar caer el hierro homicida, abrióse la puerta de la alcoba de doña Leonor y salió la camarera Melchora Suárez, que se encontró frente á frente del médico y de doña Juana. Peraza soltó á la joven, y dirigiéndose á la camarera con un movimiento rápido, le presentó el puñal con una mano y con la otra le alargó un bolsillo lleno de oro, diciéndole con voz terrible:

— Escoge: ó el secreto y la más generosa recompensa, ó la muerte.

Melchora tomó el bolsillo temblando, y dijo en voz baja:

— Contad con mi discreción.

Y siguió á doña Juana, que se había precipitado ya en la cámara de doña Leonor. Peraza se embozó en su capa y se marchó con el corazón agitado por las furias infernales.

La hija del Adelantado estaba en una situación que no le dió lugar á advertir el terror de su amiga; y ésta se guardó muy bien de decirle una palabra de la escena terrible que acababa de tener lugar, comprendiendo que la emoción que le causaría habría de serle fatal. Sin tener confianza bastante con cualquiera otra persona de palacio, y temerosa, por otra parte, de exasperar las violentas pasiones del médico, la joven resolvió guardar profundo silencio, esperando á que el estado de la salud de su amiga le permitiese hacerle aquella confidencia sin peligro.

Melchora, por su parte, previó que aquel lance le abriría una verdadera mina y se propuso sacar todo el partido posible del secreto que la casualidad le había

revelado. Peraza continuó visitando á doña Leonor como si nada hubiera sucedido, y la camarera procuraba encontrarse al paso del doctor, siempre que éste entraba á la alcoba de la enferma ó cuando salía de ella, y le daba noticias de doña Juana, que el herbolario recompensaba generosamente.

Mientras pasaba esto en el palacio del Adelantado, el secretario Diego Robledo sentía que la pasión que había concebido por Agustina Córdoba cobraba todos los días nuevo vigor. Por desgracia para él, su aspecto cadavérico, su mirada torva y apagada, lejos de inspirar simpatías á la viuda, le causaban aversión y repugnancia, por lo que el secretario, á quien la pasión hacía aún más grotesco, porfiaba en vano, y sin encontrar una repulsa decidida, comprendía muy bien que su afecto estaba distante de ser correspondido. Frecuentando la casa de Agustina, hubo de encontrarse varias veces con el doctor, y no obstante las protestas que la viuda le hizo de que sus relaciones con don Juan eran las más inocentes, el demonio de los celos se apoderó del corazón de Robledo, que no perdonó arbitrio con el fin de averiguar lo que tuvieran de cierto las crueles sospechas que lo atormentaban. Constante en su sistema de obtenerlo todo por medio del soborno, ganó á fuerza de oro la confianza de la vieja criada de Agustina, que le reveló las relaciones antiguas de su señora con el herbolario, agregando que don Juan entraba en casa de Agustina como en la suya propia, que se encerraban durante largos ratos en secretas conferencias, aunque ella no podía decir lo que se trataba en aquellas conversaciones reservadas.

Eso bastaba y sobraba para que el celoso secretario diese ya por hecho que la viuda lo engañaba y para que concibiese un odio mortal hacia el que suponía su rival preferido. Don Diego juró la pérdida del médico, y desde aquel momento se ocupó únicamente en dar modo y traza de ejecutar sus sangrientos planes de venganza. Veremos más adelante cómo el destino le brindó la oportunidad de satisfacer su rabioso rencor. Robledo tenía el mayor empeño en escuchar una de las conversaciones secretas entre el médico y Agustina, á que había aludido la criada, y ofreció á ésta una gran recompensa, con tal de que le proporcionase la facilidad de cumplir aquel deseo. La vieja se comprometió á hacerlo, y desde aquel momento comenzó á tomar sus medidas al efecto.

CAPÍTULO XIII

Cuando se verificaron los acontecimientos que hemos referido en el último capítulo, había principiado el año 1540. El Adelantado continuaba con actividad los preparativos de su marcha, construyéndose en el puerto de Iztapam la grande escuadra que debía conducir la expedición y de la cual hablaremos á su tiempo.

Entre tanto los enemigos del gobernador no descansaban, activando sus planes, en los cuales estaban comprometidos, como hemos dicho, varios caballeros y funcionarios públicos. Los conspiradores se guardaban, por supuesto, de los allegados á don Pedro, y particularmente del secretario, á quien aborrecían y que tenía grande interés en la conservación del gobierno del Adelantado, á quien debía su posición y con quien contaba para conservarla. Robledo, como todos los amigos de Alvarado, sabía perfectamente que el tesorero real Francisco de Castellanos, el contador Zorrilla, el veedor Ronquillo y otros trabajaban activamente contra Alvarado, pero ignoraba la existencia de una vasta y ramificada conspiración, en la cual es-

taban comprometidos aquellos y otros sujetos que contaban con diez y siete reyes ó caciques indios, además de los dos prisioneros Sinacam y Sequechul, que debían, en el momento preciso, ponerse á la cabeza de la insurrección.

El médico Peraza era, aunque sin parecerlo, el verdadero jefe de los conjurados. Con talento y decisión, y poseído de una ambición insaciable de gloria y de riquezas, aquel atrevido pechero tenía en sus manos los hilos de la trama y los manejaba con habilidad y astucia, moviendo á todos los conspiradores, convertidos, sin saberlo, en agentes suyos.

Una noche del mes de febrero reuniéronse éstos en casa del herbolario, con todas las precauciones que acostumbraban tomar cuando celebraban aquellas juntas. Por calles extraviadas fueron llegando uno en pos de otro, entrando unos por la puerta principal de la casa, y otros por la excusada, que daba á un callejón oscuro y poco frecuentado. Reuníanse en un subterráneo que Peraza había hecho construír secretamente y cuya entrada sólo él y los conspiradores conocían. Estaban allí Castellanos, Ovalle, Ronquillo y otros muchos afiliados, descontentos del gobernador, ya porque no habían sido bien despachadas diferentes solicitudes suyas, ya porque ambicionaban destinos, ya, en fin, porque estaban agitados por ese espíritu inquieto y descontentadizo que con nada se satisface y que está siempre dispuesto á provocar trastornos. Presidía la reunión el tesorero real, jefe aparente de los conjurados.

Castellanos recapituló, en un largo discurso, las

quejas que creían tener del gobernador; los pasos dados en la corte, sin éxito alguno, para que se les hiciese justicia; la necesidad de proveer á su seguridad, deshaciéndose del Adelantado y de los que lo sostenían; los medios con que contaban, concluyendo con manifestar que todo estaba pronto, faltando únicamente señalar el día para dar el golpe.

El herbolario tomó la palabra después del tesorero, y dijo:

— Por la relación que acabáis de oír, caballeros, veréis que todo está preparado y que se han tomado las medidas más eficaces para asegurar el éxito de nuestros proyectos. Diez y siete cacicazgos se hallan comprometidos y podemos contar con unos cincuenta mil guerreros, que aguardan tan sólo la presencia de los reyes Sinacam y Sequechul, para levantarse. Nuestros agentes han recorrido los barrios de la ciudad, han derramado el oro, han hecho las más halagüeñas promesas; contamos, pues, con una parte del vecindario, y aun se ha logrado hacer entrar en la conjuración á muchos de los soldados. El gobernador está enteramente ocupado en el proyecto ambicioso y loco de organizar una expedición para emprender nuevas conquistas; Portocarrero ha quedado tan débil de cuerpo y de espíritu después de su última dolencia, que poco puede hacer en favor del Adelantado; el licenciado de la Cueva ambiciona la tenencia y trabaja activamente para obtenerla, sin pensar más que en esto y en su desgraciado proyecto de matrimonio con la hija del gobernador. Los demás capitanes que aun permanecen adictos á éste, ó lo abandonarán en el

momento de la lucha, cansados, como lo están, de sus tiranías y rapiñas, ó serán impotentes para defenderlo. La ocasión no puede ser más favorable; preciso es aprovecharla. Acordaos de que suele decirse que la fortuna ayuda á los audaces; resolvámonos y combinemos desde luego el día y la manera de libertar á los dos monarcas prisioneros.

Otros de los presentes apoyaron al médico, y la junta de conspiradores dispuso dar el golpe, que parecía seguro, tales eran las probabilidades favorables con que se contaba. Por indicación de Peraza se señaló el 20 de marzo para la evasión de Sinacam y Sequechul, conviniéndose en el modo de verificarla. Casualmente estaba reconstituyéndose la parte del edificio del cabildo contigua á la torre que ocupaban los prisioneros, como que el cronista Fuentes dice que en aquel año, 1540, hizo levantar el Adelantado las casas consistoriales de *muchos pisos*. Dispúsose que Peraza, que tenía entrada franca en la torre, proporcionaría á los reyes instrumentos para limar los fierros de la ventana, que caía precisamente hacia el punto que se reedificaba y en el cual se habían levantado andamios para comodidad de los operarios. La ventana estaba separada de esos andamios por una distancia como de ocho varas; y á fin de que los presos pudiesen salvarla, el herbolario ofreció subir y colocar una de las mismas tablas de los andamios entre éstos y la ventana, para que sirviese de puente y pasasen por ella los dos reyes. Una vez llegados abajo, tomarían los caballos que se les tendrían preparados. El mismo Peraza los acompañaría en su fuga, quedando en la ciudad los

otros conjurados para alzar el estandarte de la rebelión, al mismo tiempo que se sublevasen los cacicazgos.

Aceptóse el proyecto por los conspiradores, y después de haber renovado el juramento de guerra á muerte al Adelantado y prometídose todos fidelidad, decisión y reserva, se separaron para ir á continuar los trabajos preparatorios de la evasión de los dos monarcas.

Dejemos á los conjurados tomar sus medidas para el golpe de mano con que esperaban cambiar el destino del reino, y digamos lo que hacía entre tanto el secretario del Gobernador, que no veía la más ligera apariencia de la tempestad que se aprestaba á descargar sobre la cabeza de su antiguo y generoso protector.

Más y más apasionado cada día de la artificiosa viuda, Robledo había olvidado casi sus otros asuntos y aun se cuidaba ya muy poco de los de don Francisco de la Cueva. Amaba á Agustina con toda la violencia de una inclinación no correspondida y atizada al mismo tiempo con diabólica astucia, y devorado por los celos, no pensaba sino en sorprender á la viuda en alguna de sus entrevistas con el médico, en la falsa creencia de que era su preferido rival. Instaba, pues, vivamente á la vieja criada á que cumpliese su oferta, renovándole la promesa de pagar aquel servicio con una generosa dádiva. Mas á pesar del deseo que ésta tenía de satisfacer el anhelo del secretario, no se proporcionaba ocasión de hacerlo. Ocupado Peraza en aquellos días con los preparativos de la evasión de los prisioneros, apenas tenía tiempo para ir una ú otra

vez á casa de Agustina, donde permanecía pocos momentos.

El 16 de marzo visitó el médico á la viuda, y la vieja, que procuraba escuchar las conversaciones de su señora y el doctor, oyó que éste, al despedirse, dijo á Agustina que volvería el 20, á eso de las diez de la noche, teniendo que comunicarle un asunto de la mayor importancia y gravedad. Contestóle la Córdoba que lo aguardaría; y la criada, oído esto, calculó que aquélla era una excelente oportunidad para que el señor Robledo cumpliese sus deseos. Fué, pues, á buscarlo, y le comunicó lo que había escuchado á su ama y al doctor.

Pensativo quedó don Diego al oír lo que la vieja le contaba, y le dijo:

— ¿En qué pieza de la casa recibe tu señora al herbolario?

— En la sala, contestó la criada.

— ¿Y sería fácil que yo me ocultase allí, para poder escuchar su conversación?

— Solamente que os decidáis, replicó la anciana, á esconderos desde temprano bajo el canapé, pues no hay otra parte donde pudierais oír la conversación sin ser visto. Mi señora sale por las tardes y suele volver á eso de las siete; entrando vos un poco antes de esa hora, podríais cumplir vuestro propósito, siendo imposible que os vean.

— Bien, contestó Robledo después de haber reflexionado, y sin que lo arredrase la idea de permanecer agazapado bajo aquel mueble durante cuatro ó cinco horas; tal lo habían puesto los celos, que le mordían

con rabia el corazón. Se hará como me indicas. Antes de las siete estaré en tu casa y me ocultarás en el lugar que me dices. Por lo demás, si oyes cualquier ruido, voces ó altercado, no acudas ni llames, y guarda el más profundo secreto sobre lo que puedas ver ú oir esa noche. La menor indiscreción ó ligereza, te costará muy cara.

Al decir esto, con un semblante que expresaba perfectamente la resolución de recurrir á cualquier extremidad, Robledo despidió á la vieja, después de haberle puesto en la mano un puñado de monedas de oro.

Llegó al fin el 20 de marzo, aguardado con tanta impaciencia por los conspiradores y por el secretario del gobernador, aunque por motivos harto diferentes. Todo estaba listo para que se verificase la evasión de los prisioneros. Peraza había llevado á Sinacam y Sequechul instrumentos muy finos con los cuales limaron la víspera los barrotes de hierro de la ventana, dejándolos colocados para quitarlos en el momento preciso. Los principales conjurados debían distribuírse delante de las Casas Consistoriales y calles adyacentes, á fin de proteger la fuga, y el denodado y resuelto herbolario subiría solo á colocar la tabla por la cual debían pasar los dos monarcas.

Á las siete de aquella noche, Robledo llegaba embozado en su capa, que ocultaba la espada y daga de que iba armado, á la puerta de la casa de Agustina, en donde lo aguardaba ya la anciana dueña. La viuda estaba ausente, como lo había previsto la criada, y así el secretario del gobernador pudo introducirse en la sala y colocarse bajo el canapé, que, sobre ser bas-

tante bajo, tenía una especie de falda de madera esculpida que caía desde el asiento hasta tocar con el suelo y hacía imposible ver cualquier objeto que ocultase aquel mueble. La viuda llegó poco después y se ocupó en arreglar algunos papeles y alhajas que tenía en un cofrecillo, operación que pudo ver Robledo perfectamente, al través de los huecos que dejaban las labores de la cincelada falda del sofá.

Á las diez en punto dieron en la puerta de la calle dos aldabonazos, cuyo eco resonó en el corazón agitado de don Diego. Habría querido volverse todo él ojos y oídos, para ver y escuchar cuanto se hiciese y se dijese en aquella entrevista. Al entrar bajo el canapé, había cuidado de desnudar su daga, cuya aguzada punta acariciaba con la yema del dedo, cuando apareció el doctor. Peraza estaba pálido, y su semblante, con una expresión sombría que no le era habitual, indicaba la conmoción de su ánimo. Sentóse sin decir palabra frente á Agustina, que después de un momento de silencio dijo:

— Y bien, don Juan, ¿qué es lo que ocurre? Algo muy extraordinario ha sucedido, pues leo en vuestra fisonomía la agitación de vuestro espíritu. Explicaos.

— Agustina, contesto Peraza en tono grave, no ha sucedido aún nada extraordinario; pero van á tener lugar esta misma noche, y dentro de pocas horas, acontecimientos que decidirán la suerte del reino y la mía.

Asombrado quedó Robledo al escuchar aquellas palabras, tan diferentes de las que él aguardaba oír en la que creía ser una cita amorosa.

—¿ Qué? dijo Agustina, como quien estaba ya, aun-

que á medias, en antecedentes. ¿Vais á dar el golpe esta noche?

— Sí, contestó Peraza; vamos á poner en libertad á los reyes indios presos en las Casas Consistoriales. Yo favoreceré su evasión, los sacaré de la ciudad y los conduciré hasta ponerlos al frente de sus tribus, que están prontas á sublevarse con diez y siete cacicazgos más, que formarán por todo un cuerpo de cincuenta mil guerreros.

— ¿Y después? dijo Agustina.

— Después, replicó Peraza, los amigos que aquí quedan se pondrán al frente de nuestros numerosos y decididos partidarios y atacarán el palacio del gobernador, de quien procurarán apoderarse y decapitarlo inmediatamente, lo mismo que á vuestro cortejo, el antiguo lacayo Robledo. Entre tanto, yo embestiré la ciudad á la cabeza de los indios.

El corazón de Robledo palpitaba con violencia, y un sudor frío comenzó á inundar su frente. No que le hubiese atemorizado la inesperada revelación que acababa de escuchar, pues aquel hombre no contaba entre sus defectos la pusilanimidad, sino que temblaba á la idea de no tener tiempo de frustrar los planes de los conjurados. Estuvo á punto de resolverse á salir y matar al médico allí mismo; pero reflexionó y prefirió aguardar á que acabase de explicar los pormenores del complot, con la esperanza de que mencionase los nombres de los otros conjurados. Pero aquella esperanza se frustró. El herbolario dijo únicamente cuáles eran los pueblos con cuyos caciques se contaba, refirió otros pormenores poco importantes del plan y calló

los nombres de los demás comprometidos, quizá por ser ya conocidos de Agustina. Después de haber hecho aquella relación, añadió Peraza :

— Amiga mía, os he iniciado en el grave secreto de los importantes acontecimientos que van á tener lugar desde esta misma noche. Ahora, réstame pediros un favor y es el objeto principal con que os he dado cita para esta conversación.

— Decid, don Juan, contestó la viuda ; sabéis que podéis contar con mi amistad.

— Gracias, Agustina. Lo sé, y en esa confianza, os entrego esta llave, que encierra mis papeles de familia y otros documentos importantes. Si, lo que no espero, fracasa nuestro proyecto y me veo obligado á huír, acudiréis á mi casa, abriréis mi papelera y tomaréis un paquete atado con una cinta verde. Es una memoria en que están consignadas mis observaciones sobre el filtro que tiene la virtud de inspirar el amor. Allí está explicada la manera de administrarlo y por qué no produjo sus efectos naturales en don Pedro de Portocarrero. Tomaréis esos papeles y la redoma, que encontraréis allí también y contiene el precioso licor ; haced de uno y otro el uso que más os plazca. Encontraréis otro paquete atado con un cordón azul, cerrado y sellado : contiene mis papeles de familia ; suplícoos que si muero, lo arrojéis al fuego sin abrirlo.

Diciendo esto, Peraza, no poco conmovido, se levantó y se despedía ya de Agustina ; pero ésta lo detuvo y le dijo :

— Don Juan, cumpliré con exactitud vuestras recomendaciones, si llegare el caso desgraciadamente ;

pero no creo que así suceda. Vuestras disposiciones están perfectamente tomadas y pienso que el éxito más feliz coronará la empresa. Ahora oíd una idea que me ha ocurrido. Deseo acompañaros esta noche y ayudar á la evasión de los prisioneros.

— ¡Vos, Agustina! dijo Peraza sorprendido; ¿vos queréis ir á mezclaros con los conjurados?

— ¿Y por qué no? Tengo valor para eso y para mucho más, y sabéis que mi espíritu se complace en el peligro y en los lances aventurados. Así, estoy resuelta á ir con vos y voy á vestir un traje completo de caballero que me ha servido ya otras veces. Aguardadme, que pronto estoy de vuelta.

Dicho esto, y sin dar tiempo á que Peraza le hiciese nuevas observaciones, entró Agustina en su alcoba, dejando al médico asombrado de aquella resolución atrevida y extravagante. Robledo, que lo había escuchado todo, pensó de nuevo si le convendría salir y asesinar al doctor; pero anhelando siempre descubrir á los otros conjurados, que sin duda se retirarían si veían que no llegaba Peraza á la hora convenida, resolvió no moverse y dejar correr las cosas, calculando que saliendo inmediatamente después que el médico y Agustina, tendría tiempo sobrado para impedir la evasión de los prisioneros y capturar á todos los conspiradores. Aguardó, pues, con paciencia el desenlace de aquel drama.

Agustina no tardó mucho en presentarse completamente transformada en un bizarro caballero.

— Vamos, dijo á Peraza; son las once, tenemos aún una hora.

El médico quiso todavía disuadirla de su empeño; pero viendo que nada lograba, tomó su partido y salió de la sala, seguido de la disfrazada viuda. No bien hubo oído Robledo el golpe de la puerta de la calle que cerraron Peraza y Agustina, salió con presteza de su escondite y tropezó con un objeto pequeño que llamó su atención. Era la llave de la papelera del herbolario, que Agustina había dejado caer al suelo, y que no recogió por olvido. Apoderóse de ella don Diego, y se dirigió á la puerta de la calle, á toda prisa. Tiró del cerrojo, quiso abrir; pero inútilmente. La viuda había tenido la precaución de dejar asegurada la casa, y había echado la llave. El secretario bramó de coraje, y dió voces á la criada, que acudió inmediatamente.

—¡Una luz! gritó Robledo, trae una luz.

Llevó la vieja una bujía. Robledo vió que la puerta estaba con llave, y en su impaciencia, quiso romper la cerradura con la punta de su daga. ¡Empeño inútil! El arma saltó hecha pedazos. Don Diego cerró los puños y dió con ellos un golpe formidable en la puerta, que ni aun se conmovió; visto lo cual, gritó desesperado:

—¡Todo se ha perdido! ¡Maldición!

CAPÍTULO XIV

Mientras el pobre Robledo bramaba de coraje, al ver que la viuda lo había dejado preso, sin pensarlo, en aquel momento decisivo, ella y su compañero se dirigían hacia las Casas Consistoriales; encontrando en diferentes puntos escalonados á los conspiradores, que habían acudido á cubrir los puestos que se les asignaran. El médico pasó sin obstáculo, mediante la seña y contraseña convenidas, y poco antes de las doce, llegó al pie de la torre donde estaban encerrados los reyes. Dos embozados aguardaban allí, con tres caballos enjaezados. Peraza les habló en voz baja y los despidió, enviándolos á cubrir una esquina inmediata, y confió el cuidado de los corceles al fingido caballero que lo acompañaba. Despojóse de su capa y de su espada, para estar más ligero, y conservó solamente su daga. En seguida comenzó á trepar por los andamios poco á poco, procurando á tientas afianzar bien los pies, pues la noche era oscurísima y la altura á que debía subir, como de veinte varas. Llegó al fin á la cima sin contratiempo alguno. Con la daga cortó las cuerdas que ataban una tabla y la colocó entre la ventana y el anda-

mio. Dió un ligero silbido, é inmediatamente desaparecieron los barrotes de la ventana de la torre, y salió el joven Sequechul, precediendo á su anciano compañero, á quien daba la mano, para ayudarlo á pasar el improvisado puente. Sin decirles palabra, Peraza fué descendiendo como una culebra, seguido de los dos reyes. Habrían bajado unas diez varas, cuando se oyó á lo lejos un fuerte y agudísimo silbido, como el que se da con un silbato de metal. Peraza se estremeció, y dijo á sus compañeros :

— Apresuraos, que hay novedad. Ese silbido es un aviso que nos da alguno de nuestros centinelas avanzados.

No había acabado el doctor de pronunciar aquellas palabras, cuando resonó otro silbido aun más fuerte y más próximo, seguido de otro y otro, que no dejaron ya al médico la menor duda de que estaban descubiertos. Sin desalentarse, resolvió tentar á la fortuna y ver si aun podían escapar.

— Bajad de prisa, exclamó, no perdáis momento, nos va la vida en ello.

Cuando dijo esto, ya tocaba el suelo con los pies. Sequechul estaba á unas cinco varas de distancia ; pero Sinacam, que descendía con más dificultad, se hallaba á diez varas de la tierra. El anciano quiso bajar apresuradamente, puso un pie en falso, perdió el equilibrio y cayó á plomo, tendido á los pies de Peraza. El rey lanzó un agudo grito ; se había fracturado una pierna.

— ¡ Viejo imbécil ! dijo el doctor ; va á ser causa de que caigamos en poder de esos malvados.

Quiso levantarlo para hacerlo montar en un caballo,

pero el desgraciado exhaló las más lastimosas quejas. El médico vió que era imposible moverlo, y dijo á Sequechul :

— Es necesario abandonarlo. Huyamos. Oigo el rumor de los que se acercan á prendernos.

— No, contestó el joven quiché con tranquilidad. Huye tú y sálvate. Yo seguiré la suerte de mi compañero; y se sentó resueltamente al lado de Sinacam.

— Pues quedad con todos los diablos, dijo el doctor impaciente, y montando en un caballo, mientras Agustina subía en otro, echó á correr, seguido de la viuda. No habían andado cincuenta pasos cuando se encontraron frente á un pelotón de arcabuceros que gritaron « ¡alto! » apuntando sus armas al pecho de los fugitivos. Peraza vió que era inútil toda resistencia, apeóse del caballo, lo cual hizo también la viuda, y acercándose al que mandaba la partida de tropa, dijo :

— Estamos rendidos; haced de nosotros lo que más os plazca.

— Conducid á estos hombres, dijo entonces el que iba á la cabeza de los arcabuceros.

Al oír aquella voz, harto conocida del médico y de Agustina, exclamaron ambos asombrados :

— ¡Robledo!

— ¿En dónde están esos perros indios? dijo el secretario del gobernador, dirigiéndose á Peraza.

— Allí, contestó el herbolario con indiferencia, al pie de los andamios.

Robledo envió diez soldados á prender á los reyes, y los condujeron, llevando entre cuatro á Sinacam, que bramaba de dolor.

— Caminad, dijo Robledo, haciendo que se adelantasen los que conducían á los caciques, quedándose él atrás con el doctor y la disfrazada viuda. Poco era lo que había que andar para llegar á la cárcel, adonde se conducía á los prisioneros. Al doblar la esquina, Robledo, que había cuidado de colocarse al lado de la viuda, le dijo en voz baja :

— Huíd, Agustina ; tomad la calle opuesta á la que hemos traído y acordaos de que os he salvado la vida.

Asombrada quedó la Córdoba de que la hubiese conocido don Diego con aquel disfraz y en una noche tan oscura, y aprovechando la ocasión con que se le brindaba, echó á correr hacia el lado que le había indicado Robledo. Los soldados quisieron seguirla, pero Robledo les dijo :

— Dejad á ese joven; es un paje de este hombre que lo acompañaba y no tiene importancia alguna.

Así, pudo la viuda ponerse en salvo y se encerró en su casa, asustadísima, en tanto que el doctor Peraza y sus dos compañeros eran sepultados en estrechos y oscuros calabozos y cargados de cadenas. Todos los demás conspiradores, que advirtieron á tiempo la llegada de la tropa, pudieron huír y se escaparon. Ahora diremos cómo sucedió que el secretario del gobernador, á quien dejamos al fin del último capítulo bajo de llave en casa de Agustina Córdoba, logró salir de aquel encierro.

Cuando la vieja dueña vió el afán con que Robledo procuraba romper la cerradura y el mal resultado de sus esfuerzos, le dijo :

— Paréceme, señor don Diego, que tenéis grande empeño en salir.

— Tanto, contestó rechinando los dientes de rabia, que daría cualquier cosa por romper esa puerta abominable.

— Eso es imposible, replicó la vieja, pero no es tampoco necesario. Venid, y si sois ágil y resuelto, dentro de cinco minutos estaréis en la calle.

El secretario estuvo á punto de abrazar á la espantosa vieja, tal fué el júbilo que le ocasionó el anuncio de que podía verse libre.

— Vamos, dijo, al momento, sin pérdida de tiempo; contad con la más brillante recompensa.

La vieja marchó con toda la presteza que permitían sus años, seguida de Robledo, á quien los minutos parecían siglos. Entró la criada al dormitorio de Agustina, tomó las sábanas de la cama y las ató fuertemente unas á otras, formando una especie de soga. Mientras ejecutaba aquella operación en que la ayudaba don Diego, explicó á éste su proyecto. Había en el corral de la casa un amate, cuyas extendidas ramas caían sobre una pared que daba al campo, pues la casa estaba situada en un barrio de la ciudad. El secretario podía subir al árbol y pasar á la pared, atar la punta de la soga improvisada á la rama misma del amate, y descendiendo por aquélla, bajar hasta el suelo. Es verdad que al pie de la pared corría el Almolonga; pero su caudal era escaso, como sabía bien don Diego, y lo más á que se exponía era á tomar un baño que no subiría de las pantorrillas.

Excelente pareció la idea al secretario, y la habría

adoptado, aun cuando hubiera sido más peligrosa; tal era la impaciencia que tenía de salir. Así, luego que estuvieron anudadas las sábanas por los extremos, las tomó, y dirigiéndose á toda prisa al corral, subió al amate, y montado en el caballete de la pared, ató la punta de la soga en las ramas y fué deslizándose poco á poco del otro lado de la tapia. Desgraciadamente tenía ésta más elevación que el largo de las sábanas unidas, y cuando don Diego hubo llegado al extremo, quedaban aún sus pies á unas cuatro varas de distancia de la tierra. La posición era insostenible por mucho tiempo; pendiente de las sábanas, se le agotaban ya las fuerzas; oía al río murmurar blandamente debajo de sus plantas, como ofreciéndole seguro lecho en su arenoso cauce; hizo, pues, ánimo, y soltando la soga, dejóse ir, cayendo largo á largo en el manso y humilde Almolonga. El baño fué más general de lo que la vieja había creído; pero Robledo lo dió por bien empleado al verse libre. Incorporóse, y saliendo del río, completamente calado de agua, corrió hacia el palacio del gobernador.

Había allí siempre un piquete de arcabuceros que daba la guardia al Adelantado. El secretario llamó al oficial, díjole lo que ocurría y tomó unos quince soldados, con los cuales se dirigió apresuradamente á las Casas Consistoriales. Entre tanto el oficial avisó al gobernador, que se levantó en el acto, y tomando su espada, hizo llamasen la tropa del cuartel. Salió y acudió al cabildo; pero por mucho que se apresuró don Pedro, cuando llegó, el activo Robledo había terminado la obra. Los reyes y el doctor estaban presos

y se buscaba, aunque en vano, á los otros conjurados.

Cuando hubo dejado bien seguros á los prisioneros, Robledo, con cuatro soldados, se dirigió á la casa del médico, que hizo le abriesen en nombre del Rey. Registró las habitaciones y llegó al estudio, estremeciéndose al encontrarse rodeado de las calaveras de hombres y animales qué tapizaban las paredes. Con la llave que había recogido en casa de Agustina, abrió la papelera y tomó los paquetes que Peraza había recomendado tanto á la viuda, llevándose también la redoma que contenía el bebedizo. Las gentes que componían la servidumbre del herbolario fueron conducidas á la cárcel, lo mismo que el que servía inmediatamente á los reyes en la prisión. Practicado todo esto, el secretario del gobernador, satisfecho de sí mismo y gloriándose en su interior de haber salvado el reino, se retiró á su casa á descansar.

Al siguiente día supo la ciudad asombrada los acontecimientos de la noche anterior, causando mucho sentimiento la noticia de que el herbolario, que era generalmente querido, estaba en la cárcel cargado de cadenas. Muchos no daban crédito á lo de la conspiración y atribuían la desgracia del médico á la mala voluntad del secretario, tan aborrecido como el otro era estimado.

El gobernador, sin hacer caso de aquellos rumores, comenzó á instruír el proceso contra los reos, tomándoles las primeras declaraciones, auxiliado del secretario y escribano Diego Robledo. Tanto los dos reyes como el doctor, negaron rotundamente la existencia de la conjuración, diciendo que el proyecto estaba re-

ducido á la evasión de los prisioneros, que había intentado, dijo Peraza, condolido de los prolongados padecimientos de los caciques indios. Éstos, por su parte, sostuvieron que ignoraban si el herbolario contaba con otras personas para favorecer su fuga, no sabiendo tampoco si sus planes se extendían á más; y que brindándoseles la libertad, la habían aceptado. Inútiles fueron las tentativas que en los días subsiguientes se hicieron para averiguar los nombres de los otros españoles comprometidos en el complot; visto lo cual, se dispuso apelar al tormento, conforme á la ley y á la costumbre, exceptuándose al viejo Sinacam, cuya situación no permitía se le sujetase á aquella prueba cruel. El día 25 de marzo entró el Adelantado en la cárcel, seguido del escribano y del verdugo, é hizo sacasen á Peraza del calabozo, y que lo despojaran de sus vestidos. Se le colocó en el potro, fuertemente atado de pies y manos, y le envolvieron el cuerpo con cordeles. El verdugo comenzó la operación del tormento, apretando las cuerdas por medio de un tórculo. Á cada vuelta, los cordeles penetraban más y más en las carnes del desventurado que bramaba de dolor. Entre tanto, el escribano asentaba impasible sus declaraciones. Á la media hora, retiraron á Peraza del potro, pálido y descoyuntado. Y sin embargo, no pronunció el nombre de uno solo de sus cómplices.

Al siguiente día se puso en el potro á Sequechul, con igual éxito. Se determinó, en vista de la tenacidad de los reos, variar la forma del tormento, comenzando con el médico. Se le suspendió por los brazos del techo de la cárcel, por medio de fuertes cuerdas y le

ataron á los pies dos piedras de enorme peso. En aquella posición horrorosa se le volvió á tomar declaración, y el intrépido herbolario persistió en su negativa, diciendo que no diría más, aun cuando lo hiciesen pedazos. Siguió Sequechul, cuyos miembros crujían, 'estirádos dolorosamente con el peso de las piedras. Casi exánime ya, y visto que nada declaraba, retiraron al desventurado rey de aquella tortura, teniendo que conducirlo, como al herbolario, en camilla, pues estaban ambos incapaces de dar un paso. Habían pasado quince días y nada se adelantaba en cuanto al descubrimiento de los cómplices. El Adelantado resolvió tomarse algún tiempo para deliberar y terminar el proceso.

Entre tanto, Agustina Córdoba, que no ignoraba la situación en que se hallaba Peraza, solicitó del secretario el permiso de enviarle alimentos y medicinas, pues la operación del tormento le había dejado bastante malo. Mediante las convenientes precauciones, convino Robledo, por condescendencia hacia Agustina, y convencido ya de que las relaciones de ésta con el herbolario nada tenían de amorosas, en que le enviaría lo que necesitase. Peraza mismo, postrado en la cama, indicaba los medicamentos que se le habían de llevar, y entre otros, pidió una redoma envuelta en un papel verde, que estaba en su gabinete. Lleváronsela, y después de haberla examinado bien y cercioródose de que no la habían equivocado, la guardó cuidadosamente.

Después de muchos días, el Adelantado pronunció su sentencia, condenando á los reyes Sinacam y Se-

quechul y al médico herbolario Juan de Peraza, á ser ahorcados en la plaza pública de la ciudad. Notificóseles aquella determinación, que escucharon los tres, serenos é impasibles. La ejecución debía tener lugar el día 15 de mayo. Luego que se supo en el vecindario la sentencia del gobernador, sintióse vivamente la suerte reservada al médico, y comenzaron á circular rumores de alzamiento con el objeto de libertarlo. Fomentaban en secreto aquel descontento los demás conspiradores; pero Alvarado, sin hacer cuenta de tales manejos, se mantuvo firme y dispuso redoblasen las precauciones para la custodia de los reos.

Á pesar del desagrado público, se aproximaba el día en que había de ejecutarse la sentencia, sin que se advirtiese movimiento alguno en la población. Pero he aquí que el 12 de mayo, á la madrugada, un acontecimiento grave é inesperado pone en movimiento la cárcel. Al ir el alcaide á hacer la acostumbrada visita á los reos, aproxímase á la cama del herbolario, llámalo por su nombre y no contesta. Acerca una luz y ve su rostro cubierto con la palidez de la muerte y los ojos cerrados. El cuerpo está aún caliente y flexible, pero no hay la más leve señal de vida. Junto á la cama está tirada una redoma envuelta en papel verde y completamente vacía. Convencido de que aquel desgraciado había tomado veneno, el alcaide corrió á dar parte al secretario del gobernador, que acudió á la cárcel inmediatamente y se convenció de que el médico había puesto fin á su existencia, por evitarse, sin duda, en su orgullo, el dolor y la vergüenza de morir en el patíbulo.

Instruído el gobernador de lo ocurrido, hizo se publicase el acontecimiento y que se expusiese el cadáver del médico en una sala baja del edificio para que lo viese el pueblo. La multitud acudió, en efecto, á presenciar aquel espectáculo, no volviendo en sí del asombro que le causó una resolución tan extraordinaria y nada común en aquellos tiempos. Todo el día permaneció expuesto el cadáver, y en la noche se le condujo al cementerio, dejándolo depositado en una pieza, para sepultarlo en la mañana siguiente. Los encargados de aquella operación acudieron temprano á tomar el cadáver; pero, ¡cuál no sería su estupefacción al ver que había desaparecido! Dieron aviso inmediatamente; buscóse por todas partes, sin resultado; hiciéronse diversas conjeturas, y después de mucho meditar el caso, se decidió, por unanimidad, que el diablo había cargado con el cuerpo y con el alma del suicida.

Sinacam y Sequechul sufrieron la muerte con la misma entereza que habían mostrado desde que se les notificó la sentencia. El 15, en medio de un gran concurso de gente, subieron al patíbulo los reyes de los kachiqueles y los quichees, que murieron como paganos, no habiendo querido abjurar sus falsas creencias, á pesar de las exhortaciones de los buenos religiosos que los visitaron en sus últimos días. Después de la ejecución de aquellos desgraciados monarcas, el Adelantado se puso al frente de sus tropas y salió de la ciudad recorriendo los cacicazgos comprometidos en la conspiración, según la relación confidencial hecha por Peraza á Agustina Córdoba, y que oyó el secretario Robledo. Los diez y siete príncipes de aquellos

pueblos sufrieron todos la misma suerte que cupo á los reyes kachiquel y quiché; murieron ahorcados por orden del gobernador, que regresó á Guatemala, después de aquella terrible ejecución, que sabemos por el manuscrito interesante del príncipe don Francisco Hernández Arana Xahila [1], pues los cronistas guardan silencio sobre aquel suceso, y aun niegan la muerte de Sinacam y Sequechul, diciendo que el Adelantado los llevó consigo en la expedición que verificó á poco tiempo, agregando, sí, la especie harto significativa de que *no se volvió á saber más de ellos.*

[1] Manuscrito Cakchiquel, Memorial de Tecpán Atitlán; escrito por el príncipe don Francisco Hernández Arana Xahila, completado por don Francisco Díaz Gebuta Queh, y traducido de la lengua kachiquel al francés por el señor abate Brasseur de Bourbourg. (Inédito.)

CAPÍTULO XV

Volvamos á los otros personajes de nuestra historia, de quienes nada hemos dicho en los últimos capítulos.

Doña Leonor estaba aparentemente restablecida de la grave enfermedad que le causaron las mentirosas revelaciones de la pérfida Agustina Córdoba. Sin embargo, las personas de su familia no alcanzaban á comprender la causa de la profunda melancolía y del abatimiento, cada día mayor, de la desgraciada joven. Ella devoraba su dolor en el retiro y en la soledad, ó se desahogaba en el seno de su fiel amiga doña Juana. La hija del Adelantado, firme en su propósito de no tener explicación alguna con Portocarrero, evitaba cuidadosamente las pocas ocasiones que había de verlo y hablarle. Don Pedro, como ya hemos dicho, sufría las deplorables consecuencias del veneno que había infiltrado en sus venas la bebida que le suministró Peraza. Pálido y extenuado, atravesaba como una sombra las calles de la ciudad, moviendo la compasión de cuantos lo encontraban. Su inteligencia parecía en general funcionar con regularidad; pero de

cuando en cuando se llevaba la mano al cuello, y no encontraba el relicario, reía y lloraba al mismo tíempo, y pronunciaba algunas palabras inconexas. El desvío de doña Leonor, que no pasó desapercibido para el pobre maniaco, acababa de torturar su corazón. Procuró ver á la joven; pero ésta se negó constantemente, haciendo decir á Portocarrero que no quería ya desagradar á su padre; y que si bien jamás sería esposa de don Francisco de la Cueva, no debía alimentar una inclinación que el Adelantado no aprobaba. Así se interponía el orgullo entre doña Leonor y don Pedro de Portocarrero, imposibilitando se descubriese la intriga de la viuda y consumando poco á poco la desgracia de los dos amantes.

Doña Juana, por su parte, había experimentado en aquellos días violentas emociones con los acontecimientos últimamente ocurridos. La conspiración en que hacía tan principal papel el médico Peraza, la prisión de éste, la horrorosa tortura á que se le sujetó y su muerte desastrada, impresionaron vivamente á la joven, que no podía desechar de su imaginación el recuerdo de aquel desventurado, que excitaba en su alma un sentimiento de compasión y de terror al mismo tiempo.

Pasaron quince días desde aquel en que Peraza había muerto víctima del veneno que él mismo se administró en la cárcel, con el fin, á lo que parecía, de evitarse la ignominia del patíbulo. Una noche ya muy tarde doña Juana oraba fervorosamente en su habitación, pidiendo á Dios que en su infinita misericordia se apiadase del alma de aquel desventurado. Caían

copiosos aguaceros, y la tempestad descargaba sobre la población. Silbaba el viento con violencia y hacía estremecerse los cristales de la ventana del dormitorio de doña Juana. Los relámpagos se sucedían unos á otros con rapidez, iluminando momentáneamente la atmósfera, oscura como la boca de una tumba. La piadosa doncella redoblaba sus oraciones, arrodillada delante de una imagen de la Virgen, ante la cual ardía una lámpara, cuya luz alumbraba débilmente la estancia. Una ráfaga de viento, que abrió con violencia los cristales de la ventana, apagó la luz, al mismo tiempo que se oía el atronador estampido del rayo, cuya cárdena espiral iluminó instantáneamente la habitación. Á su siniestro fulgor, doña Juana vió delante de sí, cerca de la puerta, en pie, vestido de negro y medio embozado en una capa de paño blanco, al médico Juan de Peraza, que la contemplaba con una mirada triste, fija y penetrante. Á la vista de aquella fantasma, doña Juana lanzó un grito y cayó desmayada. Una doncella que dormía en el cuarto inmediato, y que había despertado al ruido pavoroso del trueno, oyó el grito de su señora y se precipitó en la habitación, que encontró completamente oscura. Fué en el acto á buscar luz, y cuando entró con ella, encontró á doña Juana pálida y convulsa, tendida en el suelo, con los ojos abiertos desmesuradamente y fijos en el punto donde se le había aparecido el horroroso espectro.

Por más preguntas que hizo la doncella no pudo obtener explicación alguna de lo que había motivado el grito penetrante que la despertara. Doña Juana, sumamente abatida, fué á ver al siguiente día á doña

Leonor, su amiga, y le refirió la terrible visión que se le había aparecido la noche anterior. La hija del Adelantado se empeñó en tranquilizar á doña Juana, procurando convencerla de que aquella supuesta visión era efecto de su propio espíritu vivamente excitado. La joven, sin embargo, abrigaba la seguridad de haber visto al herbolario, no ya con el aspecto amenazador y terrible que tenía cuando estuvo á punto de matarla en la galería del palacio, sino profundamente triste y abatido, al parecer. Desde aquella noche, doña Juana no quiso consentir en que la doncella que la servía inmediatamente se separase de su lado. Su sueño era inquieto, y creía ver por todas partes el pálido rostro del doctor y su mirada melancólica y fascinadora.

Así pasaron muchos días. Poco á poco fué recobrando doña Juana su tranquilidad y llegó á sospechar casi que la aparición del herbolario había sido una fantasma creada por su propia imaginación. Una noche se encontraba sola en el dormitorio, habiéndo salido la doncella por un momento. La joven, sentada en un cómodo sillón, se había quedado adormecida, y repentinamente oyó un lijero crujido, como el del gozne de una puerta que se abre muy pocas veces. Abrió los ojos doña Juana y se encontró frente á sí, y como si hubiese salido de la tapicería, la misma figura del doctor que se le apareciera pocas noches antes. El horror la dejó sin movimiento bajo la mirada de Peraza, que fué acercándose á ella lentamente. Cuando estuvo á dos pasos de la joven, se detuvo y contemplándola con tristeza, dijo :

— Doña Juana, ¿no me reconocéis? Soy yo, el médico de Baeza, cuyo amor por vos no se ha extinguido con la muerte. Ella nos hace iguales, doña Juana; y ya que el mundo nos ha separado, por sus necias preocupaciones, la eternidad justiciera va á unirnos para siempre.

Al decir esto, Peraza se acercó á la joven, que estaba poseída del más profundo terror, é incapaz de oponer la menor resistencia. Levantóla en sus brazos, se dirigió al lugar de la pared de donde parecía haberse desprendido; puso la mano en un botón casi invisible que estaba en la tapicería, y se abrió una puerta. Al salir por ella el médico con doña Juana, que había perdido el conocimiento, entró en el dormitorio la doncella y alcanzó á ver al herbolario, á quien reconoció muy bien, y viendo que se llevaba á su señora, dió un grito y volvió á salir precipitadamente de la habitación.

Las gentes del palacio se pusieron en movimiento, á la noticia de la misteriosa desaparición de doña Juana. La camarera, en el terror que la dominaba, dijo que la pared se había abierto por sí misma y dado paso á una fantasma que tenía el aspecto del difunto médico, la cual arrebató á su señora, desapareciendo con ella. Registróse el palacio todo, recorrióse la ciudad aquella misma noche, y no pudo encontrarse el menor vestigio de la desgraciada joven. La hija del Adelantado, que sabía perfectamente la pasión de Peraza por su amiga, no vaciló en dar crédito á la extraña relación de la doncella y se persuadió de que el herbolario había venido del otro mundo por doña Juana. Desde

aquel momento, doña Leonor cayó en el mayor abatimiento, considerándose como sola en esta vida, perdida para siempre su única amiga.

Sin embargo, ni nuestros lectores ni nosotros hemos de creer, como aquellas buenas gentes del siglo XVI, que efectivamente salió del sepulcro el doctor Peraza para robar á doña Juana de Artiaga. Así, es tiempo ya de dar la explicación sencilla y natural de aquellos acontecimientos, al parecer extraordinarios.

Desde que se notificó al médico la sentencia de muerte pronunciada contra él y los dos reyes indios, formó el atrevido proyecto de sustraerse á la pena. Su conocimiento de las propiedades de los vegetales le sirvió en aquella ocasión más que cuando quiso encontrar, con el auxilio de la ciencia, la hierba que inspiraba el amor. Tenía entre las pócimas de que solía hacer uso, un activo narcótico, el cual resolvió emplear, para simular un envenenamiento, seguro de que fácilmente conseguiría su objeto, contando con la ignorancia crasa de las gentes entre quienes vivía. Pidió la redoma que contenía el narcótico, y calculando el tiempo que había de durar su efecto, lo tomó con resolución, logrando una suspensión de las funciones vitales, que presentaba casi todos los caracteres de una verdadera muerte. Conducido al cementerio y depositado en una pieza, mientras se le sepultaba como dijimos á su tiempo, hacia la media noche cesó el efecto del narcótico, recobrando el doctor el pleno uso de sus facultades. Sin gran dificulad pudo salir del recinto del cementerio, rodeado por una pa-

red muy baja; y encontrándose en la calle, se dirigió á su casa, que estaba completamente abandonada, habiéndose reducido á prisión á las personas de la servidumbre. Encontró cerrada la puerta principal, lo que le causó no poca desazón; pero habiendo acudido á la excusada que, como dijimos, tenía la casa, tuvo la fortuna de encontrarla abierta, y entró por ella, dirigiéndose desde luego al subterráneo donde acostumbraban celebrar sus juntas los conspiradores, seguro de que en aquel punto nadie daría con él, aun cuando registrasen la habitación de arriba abajo. Por lo demás, ese peligro era harto remoto; pues decidido por la opinión pública que el diablo había cargado con el herbolario en cuerpo y alma, nadie se había de tomar el trabajo de buscarlo. Mas como las precauciones no fuesen del todo inoficiosas, por no exponerse á que lo viese alguno, don Juan no salía sino de noche y cuando tenía para ello necesidad urgente.

La única persona á quien se descubrió Peraza, fué la camarera de doña Leonor, Melchora Suárez, que no tuvo poco susto cuando se le apareció el que ella consideraba como difunto de muchos días. Con trabajo logró el doctor tranquilizarla y convencerla de que no era una fantasma del otro mundo, sino el mismo herbolario en carne y hueso el que le hablaba. Peraza apeló al más convincente de los argumentos, poniendo en manos de la interesada doncella un bolsillo lleno de oro, con lo que aquélla hubo de persuadirse de la existencia real y efectiva del generoso doctor. Una vez comprobado que Peraza era el mismo de siempre, se trató de encontrar un medio de introducirlo en la

habitación de doña Juana, servicio que ofreció recompensar con una dádiva aun más liberal. Después de mucho meditar el caso, Melchora encontró la solución de la dificultad, recordando haber oído á su tío cierta historia de una entrada secreta que tenían las piezas ocupadas á la sazón por doña Juana, y que se había hecho, no recordaba con qué motivo, cuando se construyó el palacio, con intervención del mayordomo. Buscóse cuidadosamente la puerta oculta por la tapicería, y al fin hubo de darse con ella. Caía á unos cuartos por entonces deshabitados, y por medio de una escalera también oculta se bajaba al patio interior, que tenía puerta al jardín, que daba al campo. Fácilmente se hizo Melchora de la llave de esta puerta y la entregó al herbolario, que pudo así introducirse dos veces en el palacio y llegar hasta el dormitorio de la joven, sin que persona alguna lo advirtiese. La primera fué bajo los recios aguaceros y la fuerte tempestad que contribuyeron á hacer más romántica la aparición del herbolario. Él iba decidido á apoderarse de doña Juana; pero la llegada de la camarera de ésta, impidió la ejecución de aquel designio. Más afortunado la segunda vez, pudo Peraza, á favor del espanto que causó su sola presencia á doña Juana, y dándose la apariencia de un alma de la otra vida, ejetar el rapto. Perdido el conocimiento, la sacó del palacio, y montando en un ligero caballo que tenía preparado cerca de la puerta que daba al campo, en un momento llegó á su casa. Cuando doña Juana volvió en sí se encontró en el oscuro subterráneo, adonde la condujo el herbolario.

Al verse enterrada viva en aquella tumba, la desgraciada joven se entregó á la más horrorosa desesperación. Peraza, en pie delante de doña Juana, la contemplaba con alegría satánica, sin que los gritos y lamentos de la infeliz hiciesen, al parecer, la menor impresión en aquella alma de bronce. Dió lugar á que desahogase algún tanto la pena que la oprimía, y le habló en estos términos :

— Al fin, doña Juana, estamos reunidos para siempre. Ya lo veis. En vano habéis huído de mí. La tumba misma parece haberme arrojado de su seno para que os separe del mundo de los vivos y os traiga á participar de la soledad á que me encuentro condenado. Muerto en opinión de todos, lo estaré en realidad para todos, menos para vos. Debo declarároslo para que cese el horror que mi presencia os inspira. El fin trágico de mi existencia ha sido una ficción, y el hombre á quien veis aquí, no es un espectro aterrador, sino el mortal que os ha consagrado su vida y cuyo único afán será de hoy más, haceros llevadera la suerte que os está reservada. Reflexionad con calma y tomad vuestro partido. De aquí no saldréis jamás. Estáis en mi poder, sola, indefensa, y nadie, nadie podrá interponerse entre los dos. Pero tranquilizaos. Yo no quiero hoy obtener por la violencia lo que al fin me habéis de conceder con vuestra plena voluntad. Os dejo todo el tiempo necesario para que reflexionéis. Ambos hemos muerto para el mundo ; en este encierro nada os faltará de cuanto es necesario á la vida. Mi previsión ha cuidado de todo. La libertad misma, que ahora no puedo concederos, será la recompensa

de vuestra docilidad. Corresponded á mi afecto, y os juro por lo más sagrado que os sacaré de esta mazmorra, os conduciré fuera del reino, más allá de los mares; mi fortuna que he tenido cuidado de ocultar, me bastará para que pasemos una vida feliz, embellecida por nuestro amor. Os dejo, doña Juana, para que meditéis bien mis palabras, mi irrevocable resolución y os decidáis.

Dicho esto, el médico subió lentamente la pequeña escalera que conducía al techo del sótano, levantó la pesada puerta, y saliendo, cerró por fuera con un cerrojo que estaba perfectamente oculto, y con el cual no habría podido dar sino quien conociese aquel secreto.

El largo discurso del doctor, lejos de tranquilizar á doña Juana, sirvió únicamente para darle á conocer todo el horror de su situación. Ignoraba absolutamente cuál era el sitio donde se encontraba; sabía sí que estaba sepultada viva en las entrañas de la tierra sin esperanza de auxilio humano, en poder de su implacable perseguidor. La pobre joven comprendió quo no le quedaba otro arbitrio que poner su confianza en Dios; cayó, pues, de rodillas, y bañada en lágrimas, oró con fervor. Así acabó de pasar la noche, y al siguiente día estaba aún en la misma angustiada situación. En un extremo del sótano se veía una cama, de la cual no hizo uso doña Juana, y no lejos del lecho, una mesa con manjares que no quiso tocar.

Dos ó tres horas después que había amanecido, se levantó la puerta del subterráneo y apareció el herbolario, que encontró á doña Juana arrodillada y fortalecida por la oración.

— ¿No os habéis acostado? dijo el doctor procurando dar á su voz una inflexión tierna y afectuosa. Mi solicitud ha provisto este encierro de cuanto ha sido dable obtener para haceros cómoda la vida. Resignaos, doña Juana, y no expongáis vuestra salud.

— Don Juan, contestó la joven con tranquilidad, la vida me es indiferente, y prefiero mil veces la verdadera muerte, á estar enterrada viva y á tener que sufrir la odiosa presencia del inhumano autor de mi desdicha.

Aquellas palabras no irritaron al herbolario, que las recibió como un desahogo natural de la impaciencia que causaba á la orgullosa dama el verse en poder de su desdeñado amante. Seguro de la posesión de doña Juana, confiaba en que el tiempo y la necesidad doblegarían su altivez y harían le concediese de grado lo que él podía obtener por fuerza. Así, se sonrió al escuchar las amargas reconvenciones de la joven, y le dijo:

— Veo que no habéis reflexionado bien sobre lo que os dije anoche. El destino os ha puesto en mis manos, doña Juana. Habéis de ser mía al fin; no me obliguéis á emplear la violencia.

— ¡Jamás! contestó la joven con arrogante dignidad. ¡Jamás! Desprecio tus amenazas y desafío tu furor, miserable villano, que pretendes abusar de la debilidad de una mujer. Yo tengo aquí, lejos del mundo y de los hombres, un defensor que no permitirá lleves á cabo tus perversos designios.

Peraza cruzó los brazos sobre el pecho, y con aparente tranquilidad, dijo á doña Juana:

— ¿Y quién es ese protector invisible que te defenderá de mí?

— ¡Dios! exclamó la joven con acento de firme confianza.

— ¡Dios! dijo el escéptico herbolario, ¡Dios! y sonrió desdeñosamente. Bien, añadió, veremos si Dios tiene poder para sacarte de aquí. Te doy veinticuatro horas para que te resuelvas; y volviendo la espalda á doña Juana, salió del subterráneo, dejando á la joven en la mayor agitación.

CAPÍTULO XVI

Pasó el día entero doña Juana sin querer tomar alimento alguno ni reposar un solo instante sus fatigados miembros. Contaba con angustia las horas que le había concedido aquel malvado, y puesta su confianza en Dios, se preparaba á la lucha, lucha terrible en que esperaba salir triunfante, con el auxilio del que tiene en su mano el corazón y las pasiones de los hombres.

Llegó la noche, y creció la ansiedad de la infeliz joven, que calculaba iba acercándose el momento en que tendría necesidad de toda la energía de su alma para imponer al implacable herbolario. Doña Juana redoblaba sus fervientes oraciones y pedía á Dios la muerte, con tal de evitarse aquella espantosa prueba. El insomnio y la falta de alimentos, unidos á la angustia que le oprimía el corazón, hacían vagar la imaginación de la doncella de uno en otro pensamiento, como el ave fatigada que, perseguida por el cazador, salta de rama en rama, sin considerarse segura en parte alguna.

Serían las doce cuando doña Juana creyó oir que levantaban la pesada puerta que cerraba la entrada

del sótano, y un frío glacial recorrió instantáneamente todos sus miembros. Su corazón latía con violencia y la sangre circulaba por sus venas como las olas del mar embravecidas por la tempestad. De pronto no volvió á escuchar ruido alguno, y comenzaba á creer que el que le había parecido oír sería una ilusión de su espíritu agitado; cuando á la luz de la lámpara que alumbraba día y noche el subterráneo, vió bajar la escalera á un hombre, y tras él otro y otro, hasta que entraron en la mazmorra unos ocho ó diez individuos embozados. Luego que estuvieron todos adentro, descubriéronse, y doña Juana, estupefacta, reconoció al tesorero real Francisco de Castellanos, al veedor Gonzalo Ronquillo, al comendador Francisco de Zorrilla, al regidor Gonzalo de Ovalle y á otros sujetos principales de la ciudad. Eran los conspiradores, que procuraban reanudar la conjuración y escogían como punto á propósito para reunirse el subterráneo, que conocían perfectamente, de la casa de Peraza, abandonada después de la prisión y supuesta muerte del herbolario. Pasada la primera impresión de asombro, doña Juana sintió la más viva alegría, considerando que Dios enviaba á aquellos caballeros para que fuesen sus libertadores. Levantóse con trabajo del suelo en donde estaba arrodillada, y caminando lentamente, pues se hallaba fatigada y falta de fuerzas, salió al encuentro á los que se dirigían al fondo del subterráneo. Júzguese cuál sería la sorpresa de éstos al ver avanzar la que parecía una fantasma. Retrocedieron espantados buscando la escalera.

—¡Deteneos por el amor de Dios! exclamó doña

Juana, juntando las manos en actitud suplicante; ¡ deteneos!

Al oír aquella voz, que no les era desconocida, el tesorero real y sus compañeros cobraron ánimo, y fijándose en el rostro de la joven, que estaba ya cerca de ellos, exclamaron :

— ¡ Doña Juana de Artiaga!

— ¿Qué hacéis aquí, señora? preguntó el tesorero. ¿Quién os ha traído á este sitio? ¿Sabéis en donde estáis?

— Perdonad, don Francisco, contestó la doncella, si no respondo desde luego á vuestras preguntas. Salvadme, sacadme de aquí, y todo lo sabréis. Pero, por Dios, no perdáis un momento. Las horas corren con rapidez, el momento terrible se acerca, y él vendrá, vendrá, no lo dudéis, porque me lo ha dicho; y yo estaré sola y sin más auxilio que el de Dios para defenderme.

Al decir esto, la pobre joven se puso á derramar abundantes lágrimas. Los caballeros se veían unos á otros y les asaltó la idea de que aquella mujer había perdido el juicio. No podían explicarse cómo se encontraba encerrada en aquel subterráneo, cuya existencia conocían ellos solos y el difunto Peraza. Habían oído cierto rumor de la desaparición de doña Juana; pero las circunstancias que acompañaron á aquel suceso extraordinario, se habían mantenido reservadas; por lo que apenas pocas personas de la intimidad del gobernador y de su familia sabían lo que dijo la camarera de doña Juana acerca del herbolario. El tesorero y sus amigos perdíanse, pues, en conjeturas, y no sabían qué creer ni qué partido tomar.

La joven repetía sus instancias de que la sacasen de aquel sitio, lloraba y suplicaba de una manera capaz de conmover á cualquiera que abrigase un corazón de hombre. El tesorero y los otros se retiraron á un extremo del sótano y discutieron en voz baja lo que convendría hacer. Aunque sin acertar con la solución del enigma de la presencia de doña Juana en aquel encierro, la generalidad de los caballeros fué de opinión de sacarla y conducirla á la puerta del palacio del gobernador, con ciertas precauciones. Sólo el insensible y duro veedor Gonzalo Ronquillo se oponía, diciendo que el paso era peligroso, que aquella mujer denunciaría á sus libertadores y que valía más dejarla correr su suerte en aquella mazmorra. Los demás desecharon con disgusto esa cruel proposición, y á fin de convencer á Ronquillo, le hicieron observar que para poder continuar reuniéndose en aquel sitio, necesitaban desembarazarse de un testigo importuno como doña Juana. Resolvióse, pues, sacarla en el acto, y Castellanos, acercándose á la joven, le dijo :

— ¿Sabéis, doña Juana, cuál es el sitio en donde os encontráis?

— No, don Francisco, respondió la doncella; sé únicamente que es una tumba en donde se me ha enterrado viva.

— Bien, dijo Castellanos. Vamos á salvaros; pero jurad que á nadie en este mundo diréis que nos habéis visto y que nos debéis el haber salido de este subterráneo.

— Lo juro, exclamó doña Juana; lo juro por el nombre de mi madre.

— Venid, pues, dijo el tesorero. Sacó su pañuelo del bolsillo y vendó con él los ojos á la joven, á quien sacaron del sótano dos de los caballeros, pues casi no podía dar un paso. Al salir, preocupados por aquella extraña aventura, olvidaron cerrar la puerta que daba entrada en el subterráneo, y se dirigieron á la excusada de la casa, saliendo todos con doña Juana.

Entre tanto, Peraza, que estaba acostado en su dormitorio, y que agitado por sus malos designios, no podía conciliar el sueño, creyó oír un ligero rumor en el corral donde estaba la boca de la cueva, y habiéndose levantado, se dirigió con presteza al subterráneo. Sucedió esto en el momento en que Castellanos y sus compañeros acababan de salvar la puerta excusada que daba á la calle. Peraza no vió, pues, nada, ni encontró á nadie en el corral; pero al llegar á la boca de la mazmorra y al ver la puerta abierta, un sudor frío corrió por todos sus miembros. Bajó precipitadamente la escalera y entró en el subterráneo. Buscó por todas partes á doña Juana, y viendo que había desaparecido, lanzó un grito de rabia.

Mas no era aquél el único castigo que el cielo reservaba al herbolario. Sucedió que el tesorero y los suyos, apenas habían pasado de la puerta excusada, cayeron en la cuenta de que había quedado abierta la del sótano, y considerando que eso no era conveniente, se dispuso que uno de tantos fuese á cerrarla. Ofrecióse á hacerlo Ronquillo y regresó á toda prisa. La pesada puerta estaba efectivamente abierta. Levantóla don Gonzalo, y después de haberla dejado caer, echó el cerrojo, muy ajeno de imaginar que sellaba la losa

del sepulcro de su amigo y compañero de conspiración, el médico herbolario Juan de Peraza. Hecho esto, corrió á unirse con los que conducían á doña Juana, que se dirigían al palacio del Adelantado. Ronquillo observó que dos embozados seguían con cautela el grupo de los caballeros, y luego que se reunió con ellos, les dió aviso de aquella circunstancia, que les hizo sospechar que se les espiaba por los agentes del gobernador. Luego que llegaron con doña Juana á la puerta del palacio, quitáronle la venda de los ojos y se retiraron, después de haber oído de la joven las palabras más expresivas de gratitud y reconocimiento. En seguida conferenciaron un momento y resolvieron no volver jamás al sótano de la casa de Peraza, eligiendo algún otro punto para sus reuniones. Aquella determinación fué la sentencia de muerte del herbolario.

Cuando advirtió éste que había desaparecido doña Juana, después de haber permanecido largo rato entregado á la desesperación y perdiéndose en conjeturas sobre la evasión de la joven, dispuso volver á su habitación y pasar allí lo que le faltaba de la noche. ¡Cuál no sería su estupefacción y pánico, al encontrar cerrada la puerta que acababa de dejar abierta! Empujó con toda la fuerza de que era capaz la pesada trampa; pero sus esfuerzos fueron, como debían serlo, completamente inútiles. El cerrojo estaba echado por fuera, y nada habría alcanzado á romper aquella fuerte cerradura. Cuando el médico se hubo convencido de que le era imposible arrancar la puerta, su espíritu activo y emprendedor se puso á discurrir algún medio para salir de aquella mazmorra. Combinó mil proyec-

tos y los desechó uno en pos de otro, por impracticables. Desesperando casi de encontrar arbitrio para obtener la libertad, sentóse en la última grada de la escalera y fijó los ojos en la lámpara que alumbraba débilmente el sótano. Discurría, al ver aquella luz trémula y vacilante, que así iría consumiéndose su existencia, hasta extinguirse para siempre en la sombra de la muerte. Pero repentinamente la vista de aquella débil luz le sugirió una idea, en la que creyó encontrar la salvación que había buscado en vano en otros proyectos. Esa idea era la de servirse de aquella tenue llama para encender algunos objetos combustibles y quemar con ellos la pesada puerta, al menos en cuanto fuese necesario para poder sacar la mano y correr el cerrojo que la cerraba.

La alegría renació en su corazón, y animado por aquella esperanza, á que daba cuerpo su anhelo, comenzó á poner en ejecución el pensamiento. Colocó la mesa en que estaban los manjares que doña Juana no había tocado, debajo de la lámpara, subió y la descolgó con el mayor cuidado. Paso á paso, á fin de que no se apagara con el viento que él mismo agitaba al andar, iba el doctor hacia la puerta, reteniendo hasta el aliento, tal era el cuidado con que procuraba la conservación de aquella débil llama. No tiene un padre mayor solicitud por la vida de un hijo débil y enfermizo, que la que ponía el doctor para que no se extinguiese la oscilante luz, que á cada paso que daba, parecía próxima á escaparse del pábilo. Pudo al fin subir con felicidad hasta el último escalón, colocó la lámpara y fué á tomar la ropa de la cama para que-

marla y aplicarla á la puerta. Con el mayor cuidado acercó la punta de una sábana á la tembladora llama é iluminó el sótano una repentina claridad. La sábana ardía por todas partes, é inmediatamente la aplicó á la tabla. Por desgracia, la madera estaba húmeda, pues el agua de las lluvias que caía sobre la puerta por la parte de afuera, había penetrado toda la tablazón. Las llamas no hacían, pues, el menor efecto en ella. Consumióse la sábana sin resultado, y después tomó la otra, que apenas chamuscó la superficie. Sin desalentarse por eso, el doctor continuaba la operación, resuelto á consumir toda la ropa de la cama, y después, si era preciso, hasta la última pieza de sus vestidos. Pasó algunas horas en aquel afanoso trabajo, y de repente la sangre se heló en sus venas de terror, al observar que el líquido que alimentaba la llama estaba casi todo consumido y apenas quedaría combustible para mantener la luz durante diez minutos. Quemó una almohada y la aplicó á la puerta, sin que prendiese el fuego la madera. El aceite estaba concluído, la llama iba á expirar, cuando apareció una pequeña chispa en la tabla. El doctor se propuso alimentarla con el aire que él mismo respiraba, y habría querido comunicarle vida con el aliento. Al encenderse la chispa, la luz de la lámpara se extinguió. Brillaba en la profunda oscuridad del sótano el punto rojizo que formaba la chispa, que iba creciendo muy lentamente. El herbolario, inclinado sobre ella, hacía esfuerzos inauditos para mantenerla. Las partículas ígneas iban comunicándose á las fibras de la madera que la llama había secado; pero repentina-

mente se encontraron al paso con la invisible gota de agua que se había filtrado en la tabla; oyóse un débil chirrido, y la chispa se apagó, desapareciendo con ella la última esperanza de salvación que quedaba á Peraza. La lucha de los dos encontrados elementos, el agua y el fuego, aunque en escala tan pequeña, como la de una gota y una chispa, no había inspirado jamás interés más vivo. Era que dependía de esta pequeña lucha, un objeto que es y será siempre grande: la existencia de un ser humano. Dios quiso que la balanza se inclinase por la parte del líquido y que la gota absorbiera á la chispa, dando principio en aquel instante la tortura moral, que debía preceder á la agonía material del herbolario.

Pasada la primera impresión de espanto que le causó la extinción de la chispa, la natural energía de su espíritu se sobrepuso un poco al miedo, y no pensó ya sino en lo que habría de hacer para prolongar sus días. Abrigaba en el fondo del alma cierta secreta y vaga confianza de que la casualidad, ó el destino, ciegos agentes de quienes hacía depender únicamente la suerte de los hombres, lo salvarían al fin; y por eso anhelaba alargar su existencia cuanto más fuese posible. Levantóse y fué á buscar, á tientas, los manjares que por fortuna había dejado intactos doña Juana, y calculó que distribuyéndolos día por día, y tomando lo estrictamente necesario, tendría para vivir una semana, ó poco más.

Cada hora que pasaba sin que acudiese en su auxilio la salvadora casualidad, extinguía una esperanza en el corazón del herbolario. Transcurrieron cuatro

días; los manjares iban por la mitad, y la puerta de la cueva continuaba inmóvil como la losa de una tumba. Aguzaba el oído para percibir el más ligero rumor; pero no escuchaba más que el silencio, si es que podemos decirlo así. Á los nueve días no le quedaban ya sino unos mendrugos de pan seco y endurecido y la cuarta parte de un vaso de agua. Hubo de tasarse aquel miserable alimento, y lo hizo durar dos días más, al cabo de los cuales encontróse al fin frente á frente con el espectro aterrador del hambre, y reunió las últimas fuerzas que le quedaban para aquella lucha solemne y definitiva.

Una extrema languidez de los movimientos y de la inteligencia, fueron los primeros síntomas de la debilidad de las funciones orgánicas del infeliz herbolario. Después comenzó á sufrir dolores atroces en los intestinos; sentía la boca árida y ardiente, seca la piel y los ojos inyectados en sangre; fenómenos que no escaparon á la inteligencia profesional del médico. Al abatimiento sucedió el delirio, con una sobrexcitación momentánea de las fuerzas. Oía ó imaginaba oir sobre su cabeza el bullicio de la poblacion, el tropel de los corceles de los caballeros, el sonido de los clarines y tambores y el estampido del cañón. Otras veces era el manso rumor del río, que se deslizaba suavemente no lejos del sótano, besando el pie del gigantesco volcán de agua. El canto del ave, el murmullo de la onda, el chirrido agudo de la rama que se desgaja, el zumbido del insecto, el eco lejano de la campana que llama á la oración; todo resonaba en el oído del desgraciado hambriento. Después vió desfilar delante de sus

ojos una hermosa procesión de fantasmas. El capitán Francisco Cava envuelto en el blanco sudario, y llevando en la mano el vaso fatal que contenía el veneno que lo privó de la vida. Los dos reyes indios, pálidos y abatidos, con el dogal al cuello, sonriéndole tristemente. Portocarrero, medio emponzoñado con el bebedizo, llevándose la mano al pecho en solicitud del robado relicario. Y luego los conspiradores, y Agustina Córdoba, y Robledo, y por último doña Juana de Artiaga, en medio de una atmósfera luminosa, teñida ligeramente por los celajes rosados de la tarde. Sucedieron á aquellos delirios una nueva debilidad y más insufribles dolores, durando tres días esa penosa situación; hasta que agotadas enteramente las fuezas, después de horrorosas convulsiones y de un desvanecimiento prolongado, exhaló el último aliento. Cayó convertido en un cadáver, en el mismo sitio en donde pocos días antes, lleno de arrogancia, había desafiado el poder del invencible protector de doña Juana.

CAPÍTULO XVII

El palacio del gobernador tenía varias puertas. En una de las laterales fué donde los conspiradores dejaron á doña Juana de Artiaga, después de haberla sacado del sótano de la casa del médico Peraza. Hiciéronlo así por precaución, considerando expuesto aproximarse á la puerta principal, donde estaba el cuerpo de guardia. Doña Juana, extenuada por el insomnio y por la falta de alimentos y conmovida por las escenas del subterráneo, no tuvo fuerzas ni para llamar á la puerta, cayendo delante de ella como un tronco inanimado. Así permaneció dos ó tres horas, hasta que habiendo amanecido y abiértose el palacio, se encontró á la infeliz señora, que parecía más bien un cadáver que no un ser humano.

Avisada doña Leonor, salió precipitadamente de la cama y pasó á la habitación de su amiga, donde encontro á ésta en la penosa situación que hemos dicho. Abrazáronse derramando abundantes lágrimas, y durante largo rato permanecieron sin decirse una sola palabra. Doña Leonor temía preguntar á doña Juana sobre su misteriosa desaparición, y la po-

bre joven temblaba á la sola idea de referir los pormenores de aquel suceso, cuyo recuerdo habría querido borrar para siempre de su memoria.

Luego que doña Juana hubo tomado algún refrigerio y reposado un rato, refirió á su amiga las circunstancias de la segunda aparición del herbolario, cómo se había apoderado de ella y conducídola á un lóbrego subterráneo, con todos los incidentes de su prisión é inesperada libertad; ocultando únicamente los nombres de las personas á quienes debió su salvación, cumpliendo así su juramento.

Doña Leonor no volvía en sí del asombro que le causaba aquella aventura, tan extraordinaria como terrible; y sólo la plena seguridad que le daba doña Juana de que ella había visto y hablado al herbolario, la persuadía de que no era un alma de la otra vida, ó el demonio bajo la figura del médico Peraza, el que habitaba en aquella horrorosa caverna. Ignorando las dos amigas el fin desastroso del doctor, quedaron en el mayor sobresalto, aguardando siempre ver desprenderse de la tapicería á aquel misterioso personaje. Doña Juana se trasladó á la habitación de la hija del Adelantado, no considerándose segura en la suya, que había sido visitada dos veces por su perseguidor.

Paseábanse las dos jóvenes una tarde en el parque del palacio. Embebecidas en la conversación, no advirtieron que había entrado la noche y que la luna iluminaba el horizonte. Repentinamente vieron atravesar por entre un grupo espeso de árboles á un hombre pálido, encorbado, vestido de negro y con una pluma blanca en el sombrero. Doña Leonor se estre-

meció al ver aquella forma vaga, que tenía cierta semejanza con el hombre que llenaba su corazón, pues á pesar de los esfuerzos que la pobre joven había hecho y hacía para olvidar á don Pedro, lo amaba cada día más. La hija del Adelantado se detuvo, no queriendo dar un paso hacia adelante, como temerosa de encontrarse con aquel que despertaba en su alma tan desgarradores recuerdos. Doña Juana no parecía haber visto á la persona que tan vivamente impresionaba á su amiga, ni comprendió el motivo de la turbación de doña Leonor, hasta que el hombre de la pluma blanca, que se había acercado con rapidez, estuvo á dos pasos de las jóvenes. Era, en efecto, don Pedro de Portocarrero, que llevaba impresas en el rostro las huellas de graves padecimientos físicos y morales.

— Doña Leonor, dijo, dirigiéndose á la hija del Adelantado, con un acento profundamente melancólico. ¿Por qué os empeñáis en huír de mí? No vengo á reclamaros vuestros juramentos; deseo únicamente me expliquéis ese incomprensible enigma del cambio repentino que han experimentado vuestros sentimientos.

— Ya os he mandado decir, don Pedro, contestó la joven con voz entrecortada y balbuciente, que el único motivo de la resolución que he tomado, es el disgusto con que mi padre ve la inclinación que os tengo, quiero decir, que os he tenido. Entre vos y yo, don Pedro, media de hoy más un abismo que nada podrá llenar.

Portocarrero permaneció un momento pensativo, y luego dijo :

— No; es imposible que sea esa únicamente la causa de vuestro extraño cambio. No es de ahora que sa-

béis la oposición del Adelantado, y sin embargo, ella no había sido obstáculo á nuestro amor. Decidme, por Dios, qué es lo que ha causado tan incomprensible mudanza.

El amor y el orgullo luchaban en el corazón de la joven, que estuvo á punto de hacer á don Pedro una explicación franca y explícita del motivo de queja que creía tener contra él. Desgraciadamente, en aquel combate de encontradas pasiones, pudo más el orgullo; y así, acallando la voz del corazón, respondió doña Leonor :

— No hay más que lo que os he dicho. Procurad, don Pedro, olvidarme, como yo... como yo os he olvidado.

Al decir esto, un torrente de lágrimas inundó el rostro de doña Leonor, que tomando la mano de doña Juana, quiso retirarse. Portocarrero, casi fuera de sí, la detuvo y dijo :

— Deteneos; en nombre de lo que más améis en este mundo, os lo suplico, deteneos. Esas lágrimas involuntarias me están diciendo que vuestras palabras no están de acuerdo con vuestros sentimientos. Hablad, por Dios, hablad, doña Leonor; hablad y no insistáis en guardar un silencio que puede sernos fatal.

Avergonzada la altiva dama de que el llanto hubiese revelado el secreto que se esforzaba en conservar oculto, procuró serenarse, y tomando un tono decidido, dijo á Portocarrero :

— Os engañáis, don Pedro, si tomáis esas lágrimas como prueba de un sentimiento que ya no existe ni puede existir en mi alma. Repítoos que he dejado de

amaros y exijo de vos igual resolución. Ésta será la última vez que nos veamos; así, permitidme solamente os haga una pregunta y contestadme con franqueza.

— Decid, señora, contestó el desgraciado don Pedro con la expresión del más profundo abatimiento.

— ¿Qué habéis hecho, preguntó doña Leonor, del relicario que os envié hace algún tiempo, encargándoos lo conservaseis en memoria mía?

Un rayo que hubiese caído á los pies de Portocarrero le habría hecho menos impresión que la que le causó aquella pregunta inesperada. Ella tocó la cuerda sensible, el punto vulnerable de su corazón y de su inteligencia. Un sudor frío corrió por la frente del infeliz maniaco, que paseó en derredor de sí una mirada vaga y extraviada. Llevóse la mano al cuello y al pecho, como buscando lo que sabía muy bien no había de encontrar, y con voz entrecortada dijo :

— ¡El relicario, el relicario! Satanás ha cargado con el relicario; y lanzó una espantosa carcajada, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Dió la vuelta con rapidez y se dirigió al bosquecillo de donde había salido, oyendo las dos jóvenes repetido por dos ó tres veces el eco de la carcajada convulsiva de Portocarrero. Doña Leonor y doña Juana, como dos estatuas, continuaron sin moverse por un rato, sin decir una palabra, no acertando á comprender la extraña conducta de don Pedro. Al fin doña Juana rompió el silencio y dijo á su amiga :

— ¿Sabes, Leonor, que hay en todo esto algún misterio que yo no alcanzo á descifrar? Portocarrero sería

el más pérfido de los hombres y ni aun merecería el nombre de caballero, si lo que acabamos de ver y oír fuese una ficción. No, Leonor, algo hay en esto que tú y yo ignoramos. ¿Quién sabe si las revelaciones de Agustina Córdoba formen parte de alguna trama urdida con villana astucia por algún enemigo de don Pedro?

— Puede ser, contestó la hija del Adelantado, reflexionando sobre lo que su amiga le decía. Pero, ¿y el relicario, añadió, cómo se hallaba en manos de aquella mujer?

— Eso es lo que yo no acierto á explicarme, dijo doña Juana, y que un día tal vez se aclarará. Entre tanto, paréceme, amiga mía, que has sido excesivamente dura con don Pedro, y que quizá tendrás que arrepentirte de una severidad que puede ser injusta.

Doña Leonor guardó silencio, no teniendo cómo contestar á un cargo que consideraba fundado. Sin decir palabra, tomó de la mano á su amiga, y saliendo del parque, entraron ambas en el palacio.

No bien se habían retirado las dos jóvenes, un hombre que permaneciera oculto tras un árbol muy inmediato al sitio donde había tenido lugar la escena que acabamos de referir, salió y se dirigió lentamente hacia el palacio. Era el anciano Pedro Rodríguez, aquel criado fiel del Adelantado, á quien dejamos, en uno de nuestros anteriores capítulos, convaleciente de las graves heridas que recibió en el lance apurado en que le salvó la vida, exponiendo la suya, el valiente y generoso Portocarrero. Rodríguez, casi enteramente restablecido ya, había salido aquella tarde á tomar el fresco

en el parque del palacio, y después de haber paseado largo rato, sintiéndose fatigado, se sentó junto al tronco de un árbol y se fué quedando poco á poco medio adormecido. Un ligero rumor que escuchó lo hizo despertar, y habiendo fijado la atención, percibió claramente la voz de don Pedro de Portocarrero, que hablaba con doña Leonor. Rodríguez quiso retirarse, pero estaba tan cerca de las dos señoras y del caballero, que era imposible no lo viesen; y considerando que su presencia desazonaría á la hija de su amo, resolvió no moverse del sitio en que se hallaba. Así pudo escuchar toda la conversación y sorprendió involuntariamente el secreto del abatimiento que todos habían advertido en doña Leonor y del trastorno mental del desgraciado Portocarrero.

Desde aquel instante, el agradecido anciano, que conservaba el más vivo reconocimiento por el importante servicio que le prestara don Pedro, se propuso coger el hilo de aquella trama, en que veía claramente se había envuelto á su generoso favorecedor y á la hija de su amo. El nombre de Agustina Córdoba, que pronunció doña Juana, era una luz, si bien incierta y vaga, pero que podía guiarlo en el laberinto de aquella tenebrosa intriga. No ignoraba Rodríguez la historia escandalosa de la viuda del capitán Cava, ni las relaciones que tuvo en otro tiempo con Portocarrero, ni el empeño que había puesto en volverlo á atraer á sus redes. Con aquellos datos, la inteligencia perspicaz del anciano criado adivinó en parte la causa del profundo desagrado de doña Leonor y de la excesiva severidad con que acababa de tratar á Portocarrero.

Sin vacilar un momento respecto á la elección del punto por el cual debía comenzar sus trabajos, desde el día siguiente se apostó en una esquina por donde debía pasar la vieja criada de Agustina Córdoba al volver del mercado. Saludábala cortésmente el anciano, y ella se pagaba no poco de las atenciones del criado predilecto del señor gobernador. Del saludo diario se pasó al fin á la conversación, y á los cinco días la señora Margarita (que así se llamaba la dueña) y el señor Rodríguez charlaban como amigos íntimos, refiriéndose mutuamente la vida y milagros de sus amos. Las confidencias del taimado viejo se reducían á cosas insignificantes, á las cuales la anciana daba mucha importancia, por referirse á grandes señores; y en cambio, ella iba poniendo á Rodríguez al corriente de algo que no había pretendido averiguar.

Así supo la pasión del secretario Robledo por Agustina, los celos que aquél había tenido del médico Peraza, la escena del escondite, la salida por la pared la noche en que iba á verificarse la evasión de los reyes indios y la circunstancia de haber acompañado la viuda, en traje de caballero, al herbolario; pero desgraciadamente todas aquellas noticias, si bien muy interesantes, no eran precisamente lo que el anciano deseaba saber, por lo que se propuso continuar sondeando á la comunicativa dueña.

— Margarita, le dijo un día Rodríguez con aparente sencillez, ¿sabéis lo que yo no puedo comprender aún? Es que vuestra ama, la linda viuda del capitán Cava, haya olvidado al hermoso y noble Portocarrero, por un hombre como el secretario, que todo tendrá, menos

las prendas que las damas desean encontrar en sus galanes.

— ¿Olvidado, decís, señor Rodríguez? contestó la vieja. ¿Y quién os ha dicho que mi señora no ame aún á don Pedro? Yo os aseguro que él solo llena su alma, y que si recibe favorablemente á don Diego, es porque mi ama es así y no gusta de desechar á un cortejo como el secretario del gobernador.

— Pero, ¿y Portocarrero? dijo Rodríguez, parece que no corresponde á ese amor y que su inclinación lo lleva más bien hacia otra parte.

— Así es como lo decís, respondió la criada; y tanto, que más de un mal rato ha dado esa ingratitud á mi pobre ama, que no ha dejado de hacer todo lo posible para desviar á su antiguo amante de la hija del Adelantado, á quien, como sabéis sin duda, quiere con pasión don Pedro.

— Algo he oído de eso; y lo que no acierto á explicarme es como Agustina, que es tan hábil como bella, no ha podido encontrar algún arbitrio para lograr que su antiguo cortejo olvide á doña Leonor y vuelva á rendir el debido homenaje á sus gracias.

— En la primera de esas dos empresas, dijo Margarita con misterio, mi señora ha adelantado quizá más de lo que vos creéis, Rodríguez. Yo he tenido ocasión de escuchar hace pocos días una conversación entre mi ama y Melchora Suárez, de la que deduje que las relaciones de don Pedro y la hija del gobernador están casi rotas á consecuencia de cierto robo de un relicario que ejecutó el difunto médico Peraza.

La habladora dueña se detuvo sin querer decir una

palabra más; y Rodríguez supo ocultar la impaciencia que tenía de averiguar los pormenores de aquel incidente. No dudaba ya de que en el robo de aquella alhaja estaba el nudo de la intriga, tanto por lo que la vieja le decía, como por lo que él mismo había oído en la entrevista del parque, á Portocarrero y á doña Leonor. Así, fingiendo no dar importancia alguna á aquella especie, dijo :

— No, Margarita, eso no puede ser ; y ya veo que aunque creéis poseer secretos importantes, en realidad sabéis muy poca cosa de lo que pasa entre los grandes señores. ¿Qué tiene que hacer el robo de un relicario con el amor de Portocarrero y la hija del Adelantado?

— ¿Qué tiene que hacer? replicó la vieja, picada en lo más vivo de que Rodríguez pusiese en duda el que poseyese secretos de importancia. ¿Qué tiene que hacer, decís? Tiene que hacer y mucho, cuando esa alhaja era una prenda dada por doña Leonor á don Pedro, y cuando ella aparecía en manos de mi señora, que la presentó á la hija del gobernador como una prueba de la infidelidad de su amante. Ved, pues, si tiene que hacer y si yo estoy tan ajena como decís de lo que pasa entre las personas de calidad.

Rodríguez movió la cabeza á uno y otro lado, como dudando de la exactitud de lo que la vieja le refería, y luego le dijo :

— Todo eso podrá ser verdad, pero se me hace duro de tragar, perdonadme os lo diga, que vos podáis estar tan bien informada como lo suponéis de lo que no ha pasado en vuestra presencia y que probablemente no ha tenido testigo alguno.

— ¡Gran dificultad! exclamó la dueña. ¿Pues no os he dicho que he escuchado yo misma una plática de mi ama con la camarera de doña Leonor, que fué quien acompañó á mi señora en la visita hecha á la hija del Adelantado? Melchora se retiró luego que hubo introducido á mi señora, y ésta le refirió después los pormenores todos de la entrevista. Mi ama hilvanó una historia con la mayor habilidad, hizo creer á doña Leonor que Portocarrero la amaba y estaba comprometido á tomarla por esposa, y en prueba de su compromiso, le mostró el relicario, suponiendo haberle sido entregado por don Pedro, cuando en realidad lo tenía del herbolario, á quien Dios haya perdonado. Ahí tenéis explicada la enfermedad que padeció hace poco doña Leonor y su desvío de don Pedro, quien dicen se ha vuelto medio loco de la pesadumbre, sin que mi pobre ama haya recogido hasta ahora el fruto de su habilidad.

Calló la vieja, y Rodríguez quedó profundamente pensativo. Sabía ya cuanto deseaba, y tenía cogidos todos los hilos de la intriga pérfida que la viuda había tramado contra doña Leonor y don Pedro de Portocarrero, su generoso defensor. Después de un momento de silencio, dijo Rodríguez á Margarita:

— ¿Á qué hora suele estar sola vuestra ama?

— De las siete á las ocho de la noche, contestó la criada; pues poco después de las ocho va á casa del secretario del gobernador. ¿Pero por qué me hacéis esa pregunta? añadió algo alarmada y medio arrepentida ya de haber sido tan franca con el anciano.

— Eso no os importa, contestó éste con sequedad, y

le volvió la espalda, dejando á la vieja bastante inquieta y recelosa.

Más adelante veremos el uso que el fiel y decidido Pedro Rodríguez hizo de los datos importantes que había sabido adquirir en sus conversaciones con la dueña de Agustina Córdoba.

CAPÍTULO XVIII

Mientras tenían lugar los acontecimientos que hemos referido en los últimos capítulos, el Adelantado había concluído los preparativos de su expedición. Alvarado armó en el puerto de Iztapam, que seguramento no era lo que es hoy, la mayor escuadra que se había hecho en el nuevo mundo. Con un costo de más de doscientos mil pesos de oro, hizo construír doce navíos de alto bordo y dos embarcaciones menores, gastando en eso su propio peculio y el de algunos de sus deudos. El objeto de aquellos grandes aprestos era el descubrimiento de un camino á las islas Molucas, ó de la Especiería, según unos; ó el de las Californias, que llamaban entonces punta de Ballenas, según otros.

Antes de su salida, el Adelantado hizo los arreglos convenientes para el buen gobierno del reino durante su ausencia; nombrando teniente de gobernador al licenciado don Francisco de la Cueva, su hermano político. Varios de los capitanes acompañaron á Alvarado en aquella expedición, última empresa que el valeroso caudillo acometió en su vida, y que por tanto merece

nos detengamos un momento para decir cómo quedó frustrada.

Habiéndose hecho á la vela con buen ánimo y viento favorable, henchido el corazón de esperanzas lisonjeras y la imaginación de doradas ilusiones, el Adelantado siguió la derrota de las costas de Nueva España, teniendo necesidad de abocarse con el Virrey de Méjico, don Antonio de Mendoza, con quien había concertado aquella expedición. Fondeó la escuadra en el puerto de Natividad, de la provincia de Jalisco, donde desembarcó el Adelantado, y después de algunas pláticas con dos emisarios que comisionó el Virrey, envióle á decir Alvarado era indispensable conferenciasen ambos personalmente. Mendoza salió de Méjico, y en un pueblo llamado Chiribito, de la provincia de Michoacán, se reunió con don Pedro, que había ido á encontrarlo en aquel punto. Después de haber hecho algunos arreglos y visitado el Virrey la escuadra, se volvieron juntos á Méjico ambos personajes. Evacuados los asuntos que los llevaron á aquella capital, emprendió Alvarado la marcha de regreso, para embarcare y continuar su expedición; pero al llegar al puerto, recibió un mensaje del español Cristóbal de Oñate, requiriendo con la mayor urgencia algún auxilio, por encentrarse en grande aprieto, sitiado de muchos escuadrones de indios rebeldes. Alvarado, pronto siempre á esa clase de empresas, no vaciló en proporcionar el socorro que con tan vivas instancias se le demandaba, y tomando de la armada cierto número de arcabuceros y ballesteros, se encaminó á Nochistlán, donde se hallaba Oñate. Hubo recios combates, y

en uno de tantos, ocurrido el 24 de junio de aquel año (1541), se encontraba el Adelantado á la mitad de una cuesta muy empinada y pedregosa, por la cual trepaban los castellanos en persecución de los indios, refugiados en unos peñoles. Rodaban los caballos por la áspera pendiente, arrollando cuanto encontraban al paso. Alvarado vió venir sobre él precipitado uno de esos caballos ; y á fin de evitar el choque, apeóse del suyo y apartóse á un lado. Por desgracia, el animal dió en el picacho de una roca, y rebotando, cambió de dirección y fué á dar precisamente donde se había colocado don Pedro, quien no pudiendo esquivar el golpe, cayó, armado como estaba, rodando cuesta abajo, hecho pedazos.

Trasladáronlo á la ciudad de Guadalajara, á veintiuna leguas del lugar donde había sucedido la desgracia. « Por el camino, dice con ingenua franqueza Remesal, pensó muy bien sus pecados, llorando muchos yerros y crueldades pasadas y los agravios é injusticias que había hecho, así á los españoles como á los indios. » Añade el mismo cronista que, como se quejase mucho el Adelantado cuando estaban curándolo, uno de sus amigos le preguntó : « ¿ Qué es la parte que á vuesa señoría más le duele ? » y que don Pedro respondió : « El alma. » Probablemente el Adelantado, en aquel amargo trance, recorrería con el pensamiento los hechos todos de su agitada vida, la mayor parte de la cual había sido empleada en el ejercicio de las armas, en la conquista de estas Indias, adonde vino cuando contaba apenas diez y ocho años. Valiente hasta la temeridad, ambicioso de gloria y de

riquezas, generoso hasta rayar en pródigo, Alvarado tenía, con aquellas cualidades, los defectos consiguientes al siglo en que vivía. Fué cruel, inhumano y no siempre se mostró agradecido á sus favorecedores. Después de haber hecho un papel muy importante en la conquista de Méjico, sujetó estas vastas provincias y fué el fundador de la primitiva capital del reino, estableciendo su gobierno y administración. Alvarado, después de haber recibido los sacramentos y dado poder al señor obispo Marroquín y á su deudo Juan de Alvarado para que otorgasen testamento por él, murió, según toda probabilidad, el 4 ó 5 de julio del año 1541, á los cuarenta y tres de su edad.

Ahora debemos volver un poco atrás para anudar el hilo interrumpido de nuestra narración. La plática entre Pedro Rodríguez y la criada de Agustina Córdoba, de que dimos noticia en el capítulo anterior, y en la que el astuto anciano descubrió por completo la intriga que había comenzado á entrever cuando presenció la escena del parque : esa plática, decimos, tuvo lugar cuatro noches antes del día señalado para la salida del gobernador, que iba á embarcarse en Iztapam. Desde el momento en que Rodríguez estuvo en posesión de aquellos datos, formó la resolución de romper aquella trama, como había roto la que Castellanos y Ronquillo urdieron contra Portocarrero cuando lo del torneo. Quería desengañar á los dos amantes, devolviendo á doña Leonor la perdida tranquilidad y á don Pedro la plenitud de la razón, suponiendo que el extravío de la inteligencia del pobre caballero dependía únicamente del desvío de la dama. El anciano

se proponía arrancar á la viuda una confesión paladina, una prueba de su calumnia tan clara y convincente, que no dejase la menor duda de la inocencia de don Pedro en el ánimo de doña Leonor.

Pedro Rodríguez, sin haber pasado nunca de la condición de simple criado del gobernador, pues Alvarado solía olvidar el retribuír dignamente á sus más fieles servidores, gozaba, como ya hemos dicho, de toda la confianza de su amo, que conocía la lealtad, el recto juicio y la astucia de aquel anciano. Así, dábale frecuentemente comisiones delicadas é importantes, que el Adelantado no fiaba ni á su secretario mismo. Desde que se había descubierto la conspiración abortada en la noche del 20 de marzo, Alvarado, que nada pudo averiguar ni por las declaraciones de los reyes indios y del médico Peraza, ni por otro medio alguno, acerca de las demás personas comprometidas en la conjuración, había encargado á Rodríguez procurase indagar quiénes formaban parte del complot, previniéndole se entendiese con él directamente sobre aquel asunto. Aquella circunstancia favoreció los proyectos de Rodríguez, á quien la charla de la criada de Agustina Córdoba había revelado cosas que él no sospechaba.

Abocóse, pues, con el gobernador, en conferencia secreta, y le dijo haber adquirido, por una casualidad, datos seguros de que la viuda del capitán Francisco Cava estaba comprometida en la conjuración; que había acompañado, disfrazada, al médico Peraza, cuando éste fué á procurar la evasión de los caciques, y que según toda probabilidad, aquella mujer debía

saber bien quiénes eran los demás conspiradores y todos los detalles del complot. Rodríguez concluyó pidiendo al Adelantado un mandamiento de prisión contra la viuda, del cual haría un uso prudente, si por el interrogatorio que se proponía hacerle, descubría en efecto que fuese culpable. Sin la menor vacilación extendió don Pedro la orden que le pedía el anciano, y firmándola y sellándola en toda regla, se la entregó, encargándole no dejase de darle cuenta cuanto antes del resultado del paso que se proponía dar. Ofrecióselo Rodríguez, y sin pérdida de tiempo, se dirigió á casa de Agustina Córdoba.

Habiendo llamado á la puerta, salió á abrir Margarita, que se sobresaltó mucho al ver á Rodríguez, temiendo fuese á hacer algún mal uso de las especies que con tanta ligereza le había referido.

— Buenas noches, señora Margarita, dijo el anciano.

— ¿Qué queréis? ¿Á quién buscáis? respondió la dueña alarmada.

— ¿Á quién busco? á la señora de la casa. ¿Qué quiero? Desempeñar una comisión del gobernador.

Al oír aquellas palabras, la vieja tembló de pies á cabeza; y Rodríguez, advirtiendo su turbación, le dijo:

— Tranquilizaos. Ni á vuestra ama ni á vos se os seguirá perjuicio alguno de esta visita. Si me es preciso hacer uso de algunas de las cosas que me habéis referido, os juro que Agustina no sabrá cómo han llegado á mi conocimiento. Anunciad, pues, á esa señora, que Pedro Rodríguez, criado del gobernador, necesita hablarle con urgencia.

Dicho esto, empujó la puerta, que Margarita había entreabierto, y entró en el zaguán. Un momento después, el anciano se hallaba en presencia de la viuda, quien lo recibió con afabilidad, sabiendo la confianza que de él hacía el Adelantado, no obstante su condición.

— Señora, dijo Rodríguez, en un tono entre cortés y severo; perdonad si vengo á molestaros con esta visita, á una hora tal vez importuna. Necesito con urgencia ciertos datos, que interesan en gran manera á personas á quienes amo y respeto; vos sola podéis proporcionármelos.

Aquella introducción avivó la curiosidad de la viuda, excitada desde el momento en que se le anunció al criado del gobernador. Conservando su aire afable y zalamero, contestó :

— El señor Rodríguez es dueño de venir á mi casa á cualquiera hora, seguro siempre de ser tan bien recibido como él lo merece; y en cuanto á los datos de que me habla, debe decirme desde luego en qué puedo complacerlo.

Rodríguez inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y dijo :

— Antes de que os manifieste lo que vengo á pediros, permitidme os refiera una historia, que quizá podrá interesaros. Una señora, tan distinguida por su elevada estirpe como por las cualidades con que Dios quiso favorecerla, era amada con idolatría por un caballero de nobilísima alcurnia, y en quien las prendas personales aventajaban á lo ilustre del nacimiento.

Agustina arrugó el entrecejo al escuchar aquellas

palabras, y redobló la atención con que escuchaba al criado del gobernador. Éste, sin parecer advertir el efecto que hacía en la viuda la narración que había principiado, continuó de esta manera :

— La joven señora correspondía con todas las fuerzas de su alma á aquel afecto ; y si bien obstáculos independientes de la voluntad de ambos se oponían á la realización de sus deseos, ni el tiempo ni las dificultades habían alcanzado á disminuír en lo más pequeño aquella inclinación. Un día, el espíritu del mal suscitó á los dos desgraciados amantes un enemigo astuto y sin escrúpulos, en la persona de una mujer, cuyo corazón estaba despedazado por los celos y por el despecho.

La viuda, á quien no podía ya caber la menor duda del sentido de las palabras de Rodríguez, le dijo con la mayor irritación :

— ¿Para contarme esa conseja habéis venido aquí, señor Rodríguez? ¿Qué me importa á mí vuestra necia fábula de esos dos enamorados?

— Más de lo que imagináis, señora, replicó el anciano con mucha calma. Ruégoos que me escuchéis hasta el fin y no me interrumpáis. La pérfida mujer, continuó Rodríguez, envidiosa de la felicidad de la joven señora, y queriendo apartar de ella al caballero, urdió una intriga diabólica, para hacer creer á aquélla que su amante le era infiel. Poseía el caballero una santa reliquia que la dama le había enviado, con recomendación de que la guardase siempre como memoria suya. El caballero conservaba aquel tesoro con religiosa fidelidad ; pero al fin tuvo la desgracia de per-

derlo. Un hombre maligno y perverso, relacionado íntimamente con la mala mujer de quien he hablado, pudo despojar al caballero del precioso relicario, que pasó á manos de la que se proponía emplearlo como instrumento de la ruina de los desgraciados amantes. Solicitó una audiencia de la noble señora, y abusó de su buena fe, refiriéndole una falsa historia de amores con el caballero, y presentándole como prueba el relicario, que dijo haber recibido de manos del supuesto amante. La consecuencia de tan odiosa trama, ha sido que la joven, sin dejar de amar al inocente caballero, ha ocultado su amor en el fondo del alma, se consume y desfallece cada día más, y fingiendo un cambio que su corazón no ha experimentado, rechaza á su amante, cuyo espíritu, debilitado ya por la enfermedad, no pudiendo resistir á tan violentas emociones, ha caído en una peligrosa demencia.

Rodríguez, cuya voz temblaba, se detuvo un momento. Agustina cambiaba de colores, mordíase los labios hasta hacer saltar la sangre y enterraba las uñas afiladas de su mano derecha en las mórbidas carnes de su brazo izquierdo.

— ¿Y sabéis, señora, dijo el anciano, los nombres de esos dos amantes, víctimas de tan odiosa intriga?

Agustina Córdoba no contestó una sola palabra; y Rodríguez continuó:

— Pues la joven se llama doña Leonor de Alvarado Jicotencal, y el caballero don Pedro de Portocarrero. La mujer calumniadora y sin corazón, que no ha vacilado en exponer la existencia de dos seres humanos con tal de satisfacer sus malas pasiones, sois vos, vos;

Agustina Córdoba, que habéis añadido á una serie de hechos escandalosos, la perversa acción de que la providencia, en sus designios, me ha hecho sabedor.

— ¿ Y qué prueba podéis presentar, dijo Agustina, estremeciéndose de rabia, de la grave acusación que me hacéis ?

— ¿ Prueba ? contestó Rodríguez, ninguna. No la tengo, necesito de ella, y no siendo fácil obtenerla tan evidente como la deseo, de vuestra cómplice Melchora Suárez, vengo á que vos misma me la suministréis.

La viuda respondió con una carcajada á la que consideró como una candidez del buen anciano, y le dijo :

— ¿ Conque, después de venir á insultarme en mi propia casa, queréis que yo misma os suministre el medio de perderme ? Sois un imbécil.

Y al decir esto, poniéndose en pie, señaló la puerta á Rodríguez y añadió :

— Marchaos de aquí inmediatamente.

El anciano, sin irritarse con aquellas palabras, pronunciadas con altivo desprecio, lejos de obedecer la orden de la viuda, se arrellanó en el sillón en que estaba sentado, y con aire indiferente dijo :

— Necesito esa prueba, y vais á proporcionármela ahora mismo.

— ¡ Vive Dios ! anciano, contestó la viuda, que habéis perdido el poco juicio que teníais. Repítoos que os marchéis de aquí sin pérdida de tiempo.

— Bien, replicó Rodríguez ; si insistís, me marcharé ; pero antes, permitidme os refiera otra historia, que acaso os interesará tanto como la que acabo de contaros. Una noche, continuó el imperturbable viejo,

la noche del 20 de marzo, hacia las once, dos hombres salieron de esta misma sala donde ahora nos hallamos, para dirigirse á las Casas Consistoriales. El uno era un médico, que conspiraba traidoramente contra su rey, é iba á proporcionar la evasión de dos prisioneros de Estado encerrados en la torre del ayuntamiento. El otro hombre... ¿sabéis quién era el otro hombre? preguntó Rodríguez; y como la viuda, que se había puesto pálida como un muerto, no contestase una sola palabra, añadió: El otro hombre... era una mujer, erais vos, Agustina, que acompañabais á Peraza, disfrazada, haciéndoos cómplice en el delito de lesa majestad. De pronto pudo quedar oculto aquel hecho; pero hoy ha llegado á conocimiento del gobernador, quien me ha dado, señora, la penosa comisión de prenderos. Ved este papel.

Diciendo esto, Rodríguez mostró el mandamiento de prisión á Agustina Córdoba, que se puso á temblar, poseída del mayor espanto.

— Ya veis, pues, que si salgo de aquí, como lo deseáis, no saldré solo, sino con vos. Cuatro arcabuceros aguardan mis órdenes en la calle, y no tengo más que levantarme, abrir esa ventana y dar la orden de entrar y conduciros á una cárcel.

Al decir esto, Rodríguez se había levantado, en efecto, y dirigídose á la ventana que daba á la calle, que comenzó á abrir. La viuda se precipitó tras él y dijo:

— Por el amor de Dios, deteneos; no llaméis y decidme qué debo hacer, qué es lo que exigís de mí.

Rodríguez volvió á su asiento, y sacando un papel del bolsillo, dijo:

— Lo que tenéis que hacer, es firmar este papel en que declaráis bajo juraménto, que calumniasteis á Portocarrero, que es falso cuanto referisteis á doña Leonor y que el relicarío lo hubisteis del médico Peraza, que lo robó á don Pedro.

— ¡ Jamás ! exclamó la viuda con indignación. Jamás firmaré semejante declaración.

— Entonces, dijo Rodríguez, preparaos á seguirme; y volvió á dirigirse á la ventana.

La viuda dejó caer la cabeza entre sus dos manos, dando un rugido como el que lanzaría una fiera acosada por los cazadores. Repentinamente una idea atravesó su imaginación, y levantándose con presteza, dijo á Rodríguez :

— Estoy decidida; dadme ese escrito, voy á firmarlo.

— Bien, contestó el anciano. Entregó el papel á Agustina, que se acercó á una mesa donde había recado de escribir, y tomando la pluma, lo firmó con su nombre y apellido, y lo devolvió á Rodríguez.

— ¿ Estáis satisfecho ? preguntó la viuda.

— Sí, contesto Rodríguez ; podéis estar tranquila.

— Tened, pues, la bondad, replico ésta, de despedir á esos hombres, cuya presencia cerca de mis balcones podría dar lugar á rumores perjudiciales á mi reputación.

— No veo en ello el menor inconveniente, contestó Rodríguez ; y abriendo la ventana, hizo una seña convenida de antemano. Aproximóse uno de los soldados y recibió la orden de retirarse. Mientras Rodríguez cerraba la ventana, la astuta viuda corrió hacia la

puerta de la sala, cuya llave estaba en la cerradura por la parte de afuera, y cerrando con precipitación, echó la llave, dejando prisionero al anciano, con el papel en el bolsillo. Lo primero que hizo Rodríguez fué precipitarse tras la viuda para impedirle que echase la llave; pero cuando llegó á la puerta, era demasiado tarde. Entonces corrió á la ventana, abrió y buscó á los arcabuceros; pero ya habían doblado la esquina y desaparecido. El anciano, impaciente al verse burlado por la viuda, se sentó en el sillón para reflexionar sobre lo que debía hacer.

Habrían pasado diez minutos de aquella escena, cuando resonaron dos recios aldabonazos en la puerta de la calle. La viuda misma corrió á abrir. Era Robledo. En dos palabras lo impuso de lo que pasaba, diciéndole que Rodríguez la había obligado con amenazas á firmar un papel que la perdería para siempre y que reanudaría las relaciones de Portocarrero con doña Leonor. El secretario escuchó aquella relación con mucha calma, y cuando Agustina le dijo, en conclusión, que era indispensable arrancar el documento á Rodríguez, Robledo, sin decir palabra, sacó un papel del bolsillo y mostrándolo á Agustina, dijo:

— ¿ Será éste el papel que deseáis recobrar ?

Agustina lo examinó con la mayor atención, vió su letra fresca aún, y no podía creer el testimonio de sus propios ojos. Era el mismo que ella acababa de firmar.

CAPÍTULO XIX

Luego que Agustina Córdoba se hubo convencido de que el papel que le presentaba Robledo era efectivamente el mismo que ella había firmado un momento antes, sin volver en sí del asombro que le causaba en verlo en manos de don Diego, y proponiéndose informarse después de cómo era que estaba en su poder, pensó en el mandamiento de prisión contra ella que tenía Rodríguez y dijo á Robledo :

— Verdaderamente don Diego, que sois un hombre admirable y casi estoy por teneros miedo, considerándoos como hechicero. Vos adivinasteis los pormenores de la conjuración y me conocisteis en una noche oscura, bajo el disfraz de caballero, y ahora veo en vuestro poder un papel que acabo de firmar, que yo misma he entregado á un hombre que tengo encerrado en esa sala. Para vos nada hay difícil. Sabed, pues, que ese mismo hombre tiene en sus manos una orden para prenderme, firmada y sellada por el gobernador, y es necesario que á cualquiera costa nos apoderemos de ella.

Al escuchar aquellas palabras, Robledo pareció alarmarse un poco, y dijo :

— ¡Una orden para prenderos! ¿Y que puede haber motivado esa medida?

— Es muy sencillo, don Diego, contestó Agustina. El Adelantado sabe ya que tuve la imprudencia de acompañar á Peraza, disfrazada, la noche en que iban á evadirse los reyes indios y me manda capturar como cómplice del delito de lesa majestad.

— Eso es grave, y veo que no comprendéis todo el alcance de semejante cargo. Pero ¿quién puede haber hecho esa denuncia al gobernador? añadió; yo me he guardado de decirle una palabra sobre que os hubieseis mezclado en la conjuración.

— Preguntadlo á ese viejo, respondió Agustina, que es quien me lo ha dicho, mostrándome la orden de prisión.

— Ya sospechaba yo, dijo Robledo como hablando consigo mismo, que el Adelantado daba á Rodríguez comisiones delicadas é importantes, recelándose de mí. Ese hombre es peligroso, añadió, y es necesario ponerlo en parte donde no pueda volver á usar de sus mañas. ¿Decíais, continuó dirigiéndose á la viuda, que tiene en su poder el mandamiento de prisión?

— Sin la menor duda, respondió Agustina; yo misma lo he visto; y á no ser que lo haya perdido como este papel, que sólo el diablo puede haberle arrancado, aun debe tenerlo en el bolsillo.

— Bien está, dijo Robledo, con aire meditabundo. Afortunadamente, dentro de pocas horas van á cambiar las cosas y mi posición será aún más importante. Á las diez de esta misma noche toma posesión del gobierno como teniente de gobernador don Francisco

de la Cueva, que me debe ese nombramiento, y mi influencia no tendrá rival. Será mi primer cuidado el recompensar el celo del señor Pedro Rodríguez; estad segura de ello. Entre tanto, cuidad que no vaya á escaparse.

— De eso yo os respondo, contestó Agustina. La puerta de la sala es fuerte, y aun cuando lograra salir de esa pieza, quedaría encerrado dentro de la casa, pues voy á echar la llave en cuando os retiréis.

— ¡ Bah ! dijo don Diego, que recordó probablemente la noche en que él mismo se había escapado por las tapias del corral. No os fiéis en que la puerta de la calle esté con llave. Cuidad de que no salga de la sala, y nada más.

Dicho esto, Robledo, que tenía entre manos graves negocios, uno de ellos la posesión del teniente de gobernador, se despidió de Agustina, ofreciendo volver á la madrugada. Preocupado con las ideas que lo dominaban, el secretario dejó sobre la mesa del cuarto donde había tenido la conversación con Agustina, el papel que ésta había firmado. Lo recogió la viuda y lo guardó cuidadosamente en su seno. Cuando iba ya á salir don Diego, volvió y dijo á Agustina :

— Como tengo que venir hacia el amanecer, y acaso á esa hora vos y Margarita estaréis dormidas, me ocurre que me entreguéis la llave de la puerta de la calle, para abrir cuando vuelva, sin necesidad de llamar.

— Perfectamente, contestó la viuda, voy á dárosla. Mas al decir esto, se quedó suspensa, y exclamó :

— ¿ Qué estoy diciendo, ¡ necia de mí ! si la llave está en mi alcoba, que comunica únicamente con la sala ?

— Pues buena la hemos hecho, replicó Robledo, si ese hombre logra, por cualquier casualidad, evadirse de la sala.

— Eso no es fácil, dijo Agustina. Evacuad pronto vuestros negocios y volved cuanto antes.

El secretario se marchó no poco inquieto respecto á la seguridad del prisionero, y Agustina, acompañada de la vieja dueña, autora indirecta y oculta de aquella maraña, se propuso pasar la noche en vela, aguardando la llegada de Robledo y atenta á los menores movimientos de Rodríguez.

Es tiempo ya de que nos ocupemos un poco de éste, y sobre todo de que expliquemos la manera en que el papel firmado por Agustina Córdoba fué á parar tan pronto á manos de don Diego.

Cuando el anciano criado del gobernador vió que era demasiado tarde, así para impedir que la viuda lo encerrase, como para llamar á los arcabuceros, se puso á meditar en lo que tenía que hacer. Su principal empeño era salvar el escrito que acababa de hacer firmar por la viuda. Temía, con razón, que Robledo llegase de un momento á otro, recordando que la dueña le había dicho que era á eso de las ocho de la noche que acostumbraba el secretario visitar á su señora. Calculó que advertido Robledo de lo que ocurría,podría, llamar auxilio, hacerlo registrar y apoderarse del papel que tanto le importaba conservar. Ocultario en alguno de los muebles de la sala ó en

sus propios vestidos, era exponerlo á que mediante la minuciosa pesquisa que se haría, cayese, más tarde ó más temprano, en manos de Robledo ó de la viuda. Imaginó entonces que llegando el secretario, si lograba hacerle creer que había quemado el papel y le entregaba el mandamiento de prisión contra Agustina, lo dejaría ir en paz, sin molestarlo. Hecho este raciocinio, sacó del bolsillo un papel cualquiera y lo quemó en la llama de la vela que alumbraba la sala, cuidando de que se conservasen las cenizas en el suelo. En seguida, abrió la ventana y arrojó á la calle el escrito firmado por Agustina, seguro de que podría recogerlo luego que se viese libre. Pero él no contaba con la casualidad, que, dígase lo que se quiera, hace siempre un gran papel en las cosas de este mundo. Quiso ésta que Robledo pasase delante de la ventana en el momento preciso en que Rodríguez lanzaba el papel, que fué á darle casi en la cara. Tomólo don Diego, sin que lo advirtiese el anciano, porque la noche era oscurísima; pero el secretario sí pudo conocer á Rodríguez, á favor de la luz que iluminaba la sala y se escapaba por la abierta ventana. Así, cuando Agustina le habló de la necesidad de recobrar el escrito, que suponía aún en poder del criado del gobernador, Robledo comprendió que era precisamente el que él acababa de recoger, y lo presentó á la atónita viuda.

Rodríguez, entre tanto, viendo que pasaba el tiempo y que no parecía Robledo, ardía en deseos de verse libre y se desesperaba al ver la dificultad de conseguirlo. Registró la sala de arriba abajo y no encon-

tró medio alguno de escapar. La ventana estaba guarnecida por un fuerte balcón de hierro, y la puerta habría resistido al empuje de cualquier hombre más vigoroso todavía que el anciano. De la sala pasó á la alcoba, que no tenía puerta al corredor y la recorrió también muy despacio. Cerca de la cama vió una llave y por su tamaño calculó sería la de la puerta de la calle, lo cual lo consoló en parte, advirtiendo que si lograba escapar del encierro, no tendría ya otro obstáculo con que luchar para salir. Redobló, pues, los esfuerzos de su imaginación, y al fin de tanto cavilar, creyó haber encontrado el medio de recobrar la libertad.

Había en el dormitorio de Agustina un armario grande, que casi tocaba con el techo. Rodríguez acercó á él una mesa, colocó encima una silla y subió sobre el armario. Hizo esfuerzos para levantar alguna de las tablas del desván; pero desgraciadamente todas estaban fuertemente clavadas. Entonces, con su daga, arma de que jamás se desprendía y que había tenido especial cuidado de llevar aquella noche, comenzó á horadar una tabla. Dió principio á la operación en el momento en que Robledo salía de la casa, esto es, hacia las nueve de la noche. Á las doce, después de tres horas de incesante trabajo, el anciano había abierto un agujero por el cual podía introducir cómodamente la cabeza. Pero eso no bastaba. Era necesario continuar hasta abrir una cavidad suficiente para dar paso á todo el cuerpo. Siguió, pues, la obra con el mayor empeño, y á eso de la una y media, había abierto un hueco por el cual podía introducir los

hombros. La dificultad estaba, pues, allanada. Radiante de alegría, Rodríguez bajó del armario, tomó la vela, que por cierto estaba próxima á concluírse; volvió á subir, é introduciéndose por el agujero, se encontró en el desván. Conociendo perfectamente la estructura de las casas de la clase de la de Agustina Córdoba, el anciano calculó que siguiendo por el desván, llegaría hasta dar sobre la cocina, que no estaría entablada, y que hallando algún arbitrio para bajar al suelo, sin la menor dificultad se encontraría ya en los corredores, pues no era probable hubiesen cerrado con llave la puerta de la cocina. Animado con aquella esperanza, iba avanzando, alumbrándose con la moribunda luz del cabo de vela que llevaba en la mano. Repentinamente se encontró detenido y sin poder dar un paso más. Había tropezado con una de esas obras de albañilería que se construyen sobre las paredes maestras y que llamamos *mojinetes*. El anciano estuvo á punto de desesperarse y casi resolvía ya abandonar la empresa y retroceder; pero tocando la pared, advirtió que no era de una construcción sólida, y que se desmoronaba con facilidad. Cobró ánimo, y haciendo uso de la daga, comenzó á abrir un nuevo agujero. El hierro encontraba menos obstáculos que los que le había opuesto la tabla del desván, y al cabo de una hora, estaba abierto un boquerón por el cual pasó Rodríguez. Desgraciadamente, al terminar aquella operación, la luz se extinguió y el anciano quedó completamente á oscuras. Sin desalentarse por eso, continuó su marcha, caminando á tientas y con mucha precaución, temiendo dar con las vigas de la cocina, donde

la falta del entablado podría precipitarlo de arriba abajo. Pero por fortuna vió de repente una indecisa y débil claridad, por la cual fué guiándose, hasta llegar, sin riesgo ni tropiezo, á la orilla del envigado de la cocina. La claridad, que había ido haciéndose más y más pronunciada, á medida que avanzaba el anciano, era producida precisamente por el fogón, que Margarita no había cuidado de apagar aquella noche, enteramente ocupada como se hallaba con los graves acontecimientos que ocurrían en la casa. Rodríguez fué pasando de una á otra viga, hasta situarse encima del poyo de la cocina, no lejos del fuego. Calculó la distancia, y tomando en cuenta la altura del poyo y la de su propio cuerpo, con los brazos levantados, comprendió que asiéndose de la viga, sus pies vendrían á quedar como á una vara del piso del poyo. El cálculo era exacto. El anciano pudo, pues, descender sin la menor dificultad, y en un momento se encontró en la puerta de la cocina, que efectivamente estaba abierta. Cuando Rodríguez pasó al corredor de la casa, serían las tres de la mañana. Agustina, sentada en un sillón delante de la puerta de la sala, velaba el prisionero, y Margarita, no lejos de ella, se había quedado dormida.

¡Júzguese cuál sería la sorpresa de la viuda al ver delante de sí al que ella consideraba tan bien guardado en el encierro! Lanzó un grito que despertó á la vieja, que al ver aquella figura, creyó sería cosa de la otra vida y se santiguó dos ó tres veces. Rodríguez, sin decir palabra, se dirigió á la puerta de la calle, sin que las dos mujeres se atreviesen á oponerse á su paso.

Abrió y salió á buscar el papel, que dejaba atrás, bien seguro, en el seno de Agustina. ¡Así se aleja el hombre frecuentemente del objeto de su anhelo y pasa junto á él, sin que una voz interior le advierta de la proximidad de lo que realizaría sus más ardientes esperanzas!

Buscó y rebuscó en vano por todas partes, y cuando se hubo convencido de que ya no estaba el papel, se encaminó sin pérdida de tiempo al cuartel de los arcabuceros. Habló al oficial de guardia, mostróle la orden de prisión contra Agustina Córdoba y le pidió cuatro soldados para ejecutarla. No puso dificultad el oficial, en vista de la firma y sello del Adelantado; y Rodríguez, seguido de los arcabuceros, volvió á toda prisa á casa de Agustina. La puerta permanecía abierta, pues la viuda y Margarita no habían cuidado de ir á cerrarla, aturdidas con la sorpresa que les causó la evasión del anciano. Así pudo éste entrar hasta donde se hallaba la viuda, cuya inquietud era visible.

— Conducid á esta mujer, dijo Rodríguez.

Agustina suplicó, lloró, quiso hacer resistencia; pero todo fué inútil. Pidió se le permitiese cambiar de traje, con la mira de ganar tiempo y ver si llegaba Robledo; pero el anciano permaneció inexorable. No consintió más detención que la precisa para que la criada fuese á buscar un abrigo para su señora. Hecho esto, repitió la orden de marcha, y caminando él adelante, seguía Agustina y luego los arcabuceros. La dueña, dando gritos lastimosos y arrancándose los cabellos, iba tras la comitiva. Abrió la puerta Rodríguez, y al poner el pie fuera del umbral, encontróse frente á un grupo de hombres armados. El que capitaneaba aquella par-

tida tendió la espada desnuda, hasta tocar el pecho del anciano, diciendo :

— ¡ Deteneos !

Rodríguez conoció, por la voz, al secretario Diego Robledo, y Agustina dió un grito de alegría. El anciano, con la orden del Adelantado en la mano, dijo :

— Paso, en nombre del Rey. Estoy encargado por el gobernador de la prisión de esta mujer.

Robledo, levantando en alto otro papel, contestó :

— En nombre del Rey, y cumpliendo con una orden del gobernador, hago prisionero á este hombre; y puso la mano sobre el hombro de Rodríguez.

Los arcabuceros que acompañaban á éste permanecieron perplejos un momento; pero habiéndose dado á conocer el secretario y viendo también que toda resistencia sería inútil, ante el número de hombres que mandaba Robledo, se incorporaron, sin decir palabra, á sus compañeros, dejando al anciano á discreción de su enemigo.

— Retiraos, dijo el secretario, dirigiéndose á la viuda; y luego, volviéndose á Rodríguez, añadió en voz baja :

— Vos ganasteis dos partidas en favor de Portocarrero: la de las Casas Consistoriales y la de anoche. Yo gano una ahora; aun falta otra para que nos igualemos. Marchad.

El anciano inclinó la cabeza sin contestar una sola palabra y fué conducido á la cárcel. Encerráronlo en un estrecho calabozo, como si fuese un criminal, después de haberlo despojado del mandamiento de prisión contra Agustina Córdoba, que se llevó Robledo.

Debemos decir ahora cómo se manejó éste para ganar la partida á Rodríguez, como él decía. Al salir de casa de Agustina, don Diego sabía que dentro de pocas horas tomaría posesión don Francisco de la Cueva, como teniente de gobernador. El Adelantado debía salir en la madrugada del día siguiente. Á las diez de la noche se reunieron en palacio el ayuntamiento, los oficiales reales, el prelado y otras personas, en presencia de las cuales anunció Alvarado su resolución de encomendar la tenencia al licenciado don Francisco de la Cueva, y le entregó la vara de la gobernación. El teniente quedó recibido, disolviéndose el congreso. Don Pedro fué á dar sus últimas disposiciones para la partida, y el nuevo gobernador, entrado ya en ejercicio, se retiró al gabinete con el secretario.

Dióle cuenta éste con algunos negocios urgentes, y le habló de la necesidad de poner un correctivo pronto y eficaz á las maquinaciones del criado del gobernador, Pedro Rodríguez, que intrigaba con empeño y descaro, á fin de procurar la reconciliación de don Pedro de Portocarrero con doña Leonor. Aquellas palabras tocaron la cuerda dolorosa en el corazón del licenciado, que recordó al momento que el anciano criado de su hermano político había estorbado sus planes en el incidente de la satisfacción á Ronquillo, atrevimiento que no le había perdonado don Francisco. Aprovechando aquella buena disposición, Robledo pintó á su manera la nueva intriga que decía había urdido Rodríguez y le ponderó la urgencia de impedirle la llevase á cabo. Sin gran dificultad se convenció de ello el licenciado, y firmó una orden de prisión

que el secretario llevaba ya extendida; encargándole únicamente que por prudencia no hiciese uso de ella, hasta la mañana siguiente, cuando ya el Adelantado hubiese salido de la ciudad. Hízolo así el secretario; pues apenas desfilaron las tropas que seguían al gobernador y traspusieron los suburbios de la población, tomó un piquete de veinte soldados y con ellos fué á capturar al anciano.

Se esparció intencionadamente la voz de que el Adelantado había dejado dispuesta la prisión de Rodríguez, y el vecindario tuvo á mal la que parecía una ingratitud. Sólo doña Beatriz entendió el verdadero motivo de la determinación de su hermano; mas como se oponía fuertemente á todo lo que pudiese favorecer las relaciones de doña Leonor y Portocarrero, nada objetó á la medida. Quedó, pues, el pobre anciano sepultado en un calabozo, sin comunicación con persona viviente, víctima de su afecto á Portocarrero y doña Leonor y de las malas pasiones de Agustina Córdoba y del secretario Diego de Robledo.

CAPÍTULO XX

Dos servicios tan importantes el uno como el otro había prestado Robledo en poco tiempo á Agustina Córdoba, no obstante lo cual y la asiduidad con que el secretario hacía la corte á la viuda, se mostraba ésta más y más insensible al afecto de don Diego. Desesperábase éste, sin encontrar arbitrio para vencer la resistencia de la dama, que sin oponerle una negativa formal, lo alentaba un día con esperanzas que al siguiente se veían frustradas, para renacer de nuevo y quedar destruídas más tarde.

Muchos días habían pasado desde la noche en que la astucia y diligencia de Robledo salvaron á Agustina de ser conducida á la cárcel, en virtud del mandamiento de prisión obtenido por Pedro Rodríguez. El secretario estaba ocupado en su escritorio, registrando diferentes papeles importantes, y por vigésima vez quizá tropezó con un paquete atado con una cinta verde, cuyo rótulo era el siguiente : *Memoria sobre el bebedizo.* Siempre que encontraba aquel escrito, desde que lo tomó en la papelera del difunto médico Peraza, el secretario lo arrojaba á un lado con desprecio, figu-

rándose contendría algunas observaciones sobre una medicina cualquiera. Aquel día, cansado de estar viendo aquel legajo inútil, á su juicio, creyó oportuno arrojarlo al fuego, é iba á poner por obra aquella determinación, cuando la vista del paquete mismo le trajo á la memoria las palabras del herbolario al recomendar á Agustina lo recogiera en su gabinete. Dijo que constaba en aquel escrito la razón por que la bebida que contenía la redoma no había producido sus naturales efectos en don Pedro de Portocarrero. Aquel recuerdo bastó para que Robledo desistiese del propósito de arrojar al fuego el paquete, y para que más bien lo desenvolviese y se pusiera á leerlo, como lo hizo, con la mayor atención.

Á medida que iba don Diego avanzando en la lectura de la memoria del doctor Peraza, redoblaba el interés con que devoraba aquellas páginas. Estaba consignada en ellas la historia de la muchacha que habiendo tomado la bebida, se sintió súbitamente poseída de un entrañable amor por el hombre á quien antes detestaba; la manera de confeccionar el filtro y de administrarlo, y por último, lo sucedido con Portocarrero; asegurando el médico que la circunstancia del relicario y la cortedad de la dosis, habían sido las únicas causas de que no produjese en aquel caballero el efecto deseado.

Una idea atravesó la imaginación de don Diego. « La fortuna, dijo para sí, me ha hecho dueño de este maravilloso secreto. ¿Por qué no habré de aprovecharlo? Esa bebida hará que Agustina me ame; en ese milagroso filtro está mi vida, mi felicidad; bendita

sea la casualidad que me lo ha proporcionado.» Desde aquel instante, Robledo no tuvo otro pensamiento que el de hacer tomar el bebedizo á la viuda del capitán Francisco Cava. Para llevar á cabo su proyecto, Robledo manifestó á Agustina el deseo de cenar una vez en su compañía, á lo que accedió la viuda con buena voluntad.

Llegó la noche señalada por la viuda para la cena solicitada por el secretario. Esa noche fué la del 28 de agosto, cumpleaños de la dama. Don Diego se mostraba más apasionado que nunca; Agustina, complaciente como pocas veces, encendía la hoguera que abrasaba el corazón de aquél. Margarita se esmeró en aquella ocasión, y tanto los manjares como los vinos dejaban poco que desear. Á las nueve se habían puesto á la mesa la dama y el caballero. Eran las once y no pensaban aún en levantarse. Las libaciones menudeaban y el licor hacía su efecto natural en los cerebros y en los corazones. La conversación era festiva y animada, y poco á poco fué rodando hasta parar en la aventura del anciano Rodríguez.

— ¿Sabéis, Agustina, dijo Robledo, llenando el vaso de su amiga, que aquella noche apenas vi el papel que el viejo marrullero os obligó á firmar? ¿Qué era lo que decía?

— Lo que decía ese papel, don Diego, contestó la viuda, después de haber apurado el vaso, era que yo había calumniado á Portocarrero, con no sé que historia de un relicario perdido, y que suponen robó el difunto médico Peraza.

— En efecto, replicó Robledo, recuerdo que había

algo de eso en el escrito. Me alegraría de leerlo ahora que podemos hacerlo con tranquilidad, divirtiéndonos un poco á costa de ese pobre diablo, á quien no valieron sus mañas con nosotros. Id, Agustina, si no os es molesto, y traed ese papel.

La artificiosa viuda no quería desprenderse del documento que Rodríguez le había hecho firmar. Así, oyó de mala gana la proposición de Robledo de ir á buscar el papel. Levantóse, pasó á su dormitorio é hizo como que registraba un pequeño escritorio que tenía cerca de su cama. Don Diego, al pedir á Agustina que fuese á traer el escrito, no tenía otro objeto, como se habrá comprendido fácilmente, que el de alejarla por un momento del comedor. Cuando el secretario se encontró solo, llenó de vino hasta la mitad el vaso de Agustina, sacó la redoma que contenía el bebedizo, y recordando que Peraza aseguraba que no había surtido efecto en Portocarrero por la cortedad de la dosis, vertió en el mismo vaso una cantidad del venenoso licor cuatro ó cinco veces mayor que la que se había suministrado á don Pedro. Hecho esto, con lo que el crédulo secretario esperaba obtener sin la menor duda, el amor de Agustina, aguardó muy tranquilo que ésta volviese con el escrito ó sin él, pues no tenía empeño en verlo.

Poco tardó la viuda en presentarse en el comedor, y volviendo á tomar su puesto en la mesa, frente á su cortejo, dijo á éste :

— Inútilmente he buscado por todas partes el escrito; no he podido dar con él. ¿Si habrá ido á parar á vuestros bolsillos, señor don Diego, como sucedio la

vez pasada? No lo extrañaría yo, pues he venido á persuadirme de que sois un poco brujo y que para vos no hay imposibles.

— Agustina, contestó el secretario, procurando hacer lo más amable que le era posible su toruo aspecto. Bien sabéis que hay algo que es, ó ha sido hasta ahora, por lo menos, imposible para mí; y es el que me améis.

— ¿Y quién os ha dicho que no os amo, don Diego?

— Vuestros hechos, que no están acordes con las palabras lisonjeras que han pronunciado muchas veces vuestros labios. Sois ingrata conmigo, Agustina, que os amo con toda la vehemencia de que es capaz un corazón como el mío.

— Os he dicho, replicó la viuda, que deseaba experimentar la sinceridad de vuestro afecto y que algún día podría convenceros de que no soy insensible á él.

— Pero ese día ha ido alejándose más y más, á medida que ha ido creciendo la pasión que habéis sabido inspirarme. Son las doce, Agustina, y debo volver á mi casa. Apuremos, pues, este último vaso, porque vea yo pronto realizadas mis más halagüeñas esperanzas.

Al decir esto, Robledo levantó en alto el vaso. Agustina tomó el suyo, y dirigiendo al enamorado don Diego una sonrisa y una mirada llenas de coquetería, apuró el licor emponzoñado. Al separar el vaso de sus labios, la pobre mujer hizo un gesto de disgusto y dijo:

— ¡ Qué sabor tan extraño ha tomado este vino, don Diego !

— No siento nada, contestó Robledo. Es el mismo que hemos estado bebiendo. Quizá estáis fatigada, y os ha caído mal. Voy á retirarme, para que descanséis.

Dicho esto, el secretario se despidió, tomando entre sus manos la de Agustina, que estaba fría como un mármol. La viuda permaneció cual si estuviese clavada en su silla, sin fuerzas para levantarse á despedir á don Diego.

No se alarmó éste con aquellas circunstancias, que atribuyó á un efecto sencillo y natural del milagroso licor que debía obrar tan completa revolución en su querida. Retiróse, pues, lleno de esperanzas, y con la convicción de que el día siguiente comenzaría á advertir los prodigiosos resultados del bebedizo.

La imaginación de Robledo vagó aquella noche, durante el sueño, de ilusión en ilusión, presentándosele la imagen encantadora de Agustina, con la mirada y la sonrisa que le dirigiera al apurar el vaso que contenía el milagroso filtro.

Á las cinco de la mañana, recios aldabonazos en la puerta de la casa del secretario despertaron á la servidumbre. Llamaban á don Diego con la mayor urgencia de parte de Agustina Córdoba. Vistióse Robledo á toda prisa y se dirigió á casa de la viuda, muy ajeno de imaginar el motivo de tan urgente llamamiento, á una hora tan inoportuna. Halló abierta la puerta de la calle, y sin haber encontrado persona alguna, llegó hasta la sala. Hemos dicho ya que esta pieza comunicaba con el dormitorio de la viuda. Don Diego vió con la mayor sorpresa á un religioso de la orden

de San Francisco, que con la cabeza inclinada sobre el pecho, y como abrumado por graves pensamientos salía de la alcoba.

— Entrad, señor, dijo el religioso á Robledo ; ella os aguarda.

Un vago presentimiento de lo que pasaba oprimió el corazón del secretario. Diríase que la muerte, al acercarse al lecho de Agustina, había agitado, al pasar, su ala sombría sobre la frente de don Diego.

En efecto, desde el instante en que éste había salido de casa de la viuda, el tósigo comenzó á producir sus naturales resultados. Con mucha dificultad pudo arrastrarse la infeliz hasta su cama, donde se arrojó, vestida como estaba. Un fuego devorador quemaba sus entrañas. Sobrevino después un adormecimiento profundo, con sudor frío y movimientos convulsivos. El principio vital se iba extinguiendo poco á poco. Llamóse á un facultativo, que no pudo desconocer en la enfermedad los síntomas de un envenenamiento. Sin embargo, dijo que nada podía hacer la ciencia, pues ignorándose la naturaleza del veneno, era difícil aplicar algún antídoto eficaz. El médico se limitó, pues, á decir que llamasen sin pérdida de tiempo á un sacerdote, y se retiró anunciando que no quedaban á Agustina más que unas horas de vida. No tardó en presentarse un religioso del vecino convento de San Francisco, que oyó la confesión de la viuda y le administró la extremaunción. Agustina, después de haberse confesado, hizo un esfuerzo extraordinario y se levantó de la cama, dirigiéndose á la papelera que estaba en la alcoba. Abrió un secreto y sacó un papel doblado, que

entregó al religioso, suplicándole encarecidamente lo pusiese, luego que ella expirara, en manos de la persona que ya le había nombrado. Ofreciólo el religioso, y después, la viuda dijo que llamasen inmediatamente á don Diego de Robledo.

En el momento en que éste apareció en la sala, salía el buen eclesiástico, según hemos dicho antes. Al verlo, un frío mortal circuló por las venas del secretario. Invitado á entrar á la alcoba, hízolo inmediatamente; aproximóse á la cama, y retrocedió algunos pasos. Agustina, vestida aún con el traje elegante y poco modesto que ostentaba algunas horas antes, cuando llena de vida y gracia desplegaba ante su cortejo todos los recursos de la más refinada coquetería, yacía tendida en el lecho, lívida y convulsa, con la muerte pintada en el semblante. Don Diego quedó petrificado á la vista de semejante espectáculo.

— Acercaos, dijo Agustina, con voz apenas perceptible.

Acercóse Robledo temblando, y tuvo que inclinarse sobre el lecho, para oír las palabras que la moribunda tenía que decirle; tan débil y próxima á extinguirse estaba ya su voz.

— Me habéis envenenado, dijo Agustina; que Dios os perdone, como yo os perdono... Os pido una gracia... concedédmela, en desagravio del mal que me habéis hecho... Haced poner en libertad.... al anciano Pedro Rodrí...

La infeliz señora no pudo terminar. Un espantoso delirio se apoderó de su imaginación. Abrió desmesuradamente los ojos, revolviendo la negra y dilatada

pupila en la córnea, de un color blanco, mate y apagado. La voz recobró algún vigor y comenzó á pronunciar palabras vagas y entrecortadas : « El veneno, — Robledo, — como el capitán, como mi esposo — envenenada como él... ¡Oh! la muerte... la muerte... abre los brazos para recibirme... ¡ Ah ! » dijo, dando un grito agudo y desgarrador, y expiró.

Robledo no pudo resistir espectáculo tan espantoso y cayó desmayado. Cuando volvió en sí y se incorporó, dirigió involuntariamente una mirada al lecho. Encontró los ojos, aun abiertos, del cadáver, que parecían clavados en él, y salió precipitadamente de la habitación, procurando ahogar los sordos gemidos que se escapaban de su pecho. Don Diego se encerró en su casa, presa de una violenta calentura.

Como una hora después de la muerte de Agustina Córdoba, á eso de las siete, un religioso de la orden de San Francisco se presentaba en la puerta del palacio del gobernador y solicitaba un momento de audiencia de la hija del Adelantado, para quien llevaba, dijo, un mensaje importante. Era aquel sacerdote uno de esos hombres casi divinizados por la penitencia y por la vida contemplativa. La grave austeridad de su rostro estaba templada por el suave reflejo de ese fuego santo que se llama la caridad, que cuando, escondido en el fondo del corazón, irradia sobre la frente de un mortal, hace de éste más que un ángel, lo hace la imagen viva del Salvador del mundo. El apostólico varón fué introducido en el gabinete de doña Leonor, que se presentó un momento después, suplicando al padre perdonase haberlo hecho aguardar.

— Padre mío, añadió la joven señora; dícenme que me traéis un mensaje, ¿ puedo saber de quién y cuál es ?

— Hija mía, contestó el religioso con esa amable y respetuosa familiaridad que sientan tan bien en boca de un anciano y de un ministro de Dios ; vengo, efectivamente, con un mensaje para vos, de parte de una persona qué, en el momento en que os hablo, ha comparecido ya ante el Supremo Juez.

Doña Leonor hizo un movimiento que denotaba la sorpresa y el espanto que le causaban aquellas palabras, y dijo:

— Ignoro de quién me habláis, y vuestras expresiones me hacen temblar por la existencia de alguna de las personas que me son queridas.

— No hija mía, tranquilizaos, respondió el anciano; no es alguno de vuestros deudos ó amigos el que me envía. Es una desgraciada mujer que os ha engañado, y que en su lecho de muerte, me ha encomendado os pida la perdonéis, como la he perdonado yo, en nombre de Aquel que ha de perdonarnos á todos en su infinita misericordia. Agustina Córdoba, la viuda del capitán Francisco Cava, ha muerto hace una hora.

Doña Leonor hizo una exclamación de asombro, y el religioso continuó :

— Arrepentida del mal que os hizo, y purificada por la penitencia, Agustina mé ha encomendado, además, hija mía, ponga en vuestras manos este papel.

Diciendo esto, el anciano sacó del seno el escrito que poco antes de morir le había entregado Agustina y lo presentó á doña Leonor, que lo tomó y lo recorrió

rápidamente. Era el papel que había redactado Pedro Rodríguez, que firmó la viuda y que volvió á poder de ésta de la manera que saben nuestros lectores.

La joven, después de haber leído aquellas líneas, exclamó, levantando los ojos al cielo y juntando las manos :

— ¡ Bendito sea el Dios misericordioso que hace luzca al fin la verdad, libre de las sombras del engaño y asegura el triunfo de la inocencia !

— Y bendito, añadió el religioso en voz grave, cuando perdona al pecador arrepentido, que repara en cuanto le es posible el mal que ha podido causar.

— Sí, padre mío, dijo doña Leonor ; ¡ bendito sea el Dios que perdona ! Yo también, agregó, yo también perdono y deseo el eterno descanso á la que tuvo la desgracia de ofenderme.

Dicho esto, doña Leonor inclinó la cabeza ante el religioso, que levantando la mano derecha sobre la frente de la joven, pronunció estas pocas y expresivas palabras :

— Dios os bendiga, hija mía ; y salió del palacio del gobernador.

CAPITULO XXI

La muerte de Agustina Córdoba y la entrega del scrito de retractación que puso en manos de su confesor, tuvieron lugar, como ya lo dejamos indicado, en la mañana del 29 de agosto del año 1541. Pocas horas después, un acontecimiento extraordinario, aunque no enteramente inesperado, conmovió á los habitantes de la capital. Un correo de Méjico atravesó la ciudad y se dirigió á la casa del alcalde primero, Gonzalo Ortiz. Era un portapliegos que enviaba el Virrey, don Antonio de Mendoza, con cartas en que comunicaba de oficio la funesta noticia de la muerte del Adelantado.

Dijimos antes que no era inesperado aquel suceso, y fué así en efecto. Desde mediados de agosto se había esparcido, sin saberse cómo, la nueva de la terrible desgracia ; pero no teniéndose un aviso cierto, no se le dió entero crédito, cuidándose de que no llegase el rumor á oídos de la esposa y de la hija de don Pedro. Las cartas del Virrey, dirigidas una al ayuntamiento, otra al teniente de gobernador y otra al señor obispo Marroquín, confirmaron lo que ya la fama se

había anticipado á pregonar, y produjeron en el vecindario grande alarma y consternacion. El alcalde hizo reunir el cabildo, y en sesión secreta, se dió lectura al plego del Virrey. Don Francisco de la Cueva y el señor Marroquín recibieron igualmente los que les estaban dirigidos, y ambos personajes quedaron abrumados bajo aquel golpe fatal. Armándose, hasta donde fué posible, de valor y de serenidad, encargáronse de la penosa comisión de participar el acontecimiento á la familia del Adelantado. Muy distante la desgraciada doña Beatriz de aguardar tan espantosa nueva, fueron inútiles las precauciones que su hermano y el venerable prelado emplearon para prepararla. Las indicaciones vagas, al principio, y más significativas después, que se le hicieron, no fueron comprendidas, siendo necesario revelarle la catástrofe en toda su verdad. ! Júzguese cuál sería el dolor de aquella infeliz señora, que amaba á su marido con idolatría ! Diríase que había perdido el juicio, tal era su aflicción y los extremos que hacía. No fué menos viva la pena de doña Leonor, si bien su carácter no le inspiró las demostraciones que hizo la viuda del Adelantado. La joven, que acababa de probar la satisfacción más pura que en su vida había disfrutado, al ver en sus manos la prueba clara y convincente de la inocencia de su amante, comentaba con doña Juana la retractación de Agustina Córdoba, y se disponía á enviar un mensaje á Portocarrero, pidiéndole le perdonase la injusticia con que lo había tratado. Su decidido empeño, desde que se retiró el buen religioso que le entregara el papel, era satisfacer á don Pedro y asegurarle su invariable

afecto. La terrible nueva de que era portador el correo del virrey de Méjico, hizo lo olvidase todo, para pensar únicamente en llorar el fin prematuro y desgraciado de su padre.

El ayuntamiento, terminada la sesión en que se dió lectura al pliego, mandó publicar oficialmente la noticia, y de acuerdo con el teniente de gobernador y con el obispo, se ocupó desde luego en disponer las solemnes honras fúnebres del ilustre difunto. Los caballeros de la ciudad vistieron luto espontáneamente, y las campanas de las iglesias hicieron oír pronto sus lúgubres clamores. El sentimiento fué general, Alvarado era un hombre grande, á pesar de sus defectos, y el público hacía justicia á sus distinguidas cualidades.

Ocupáronse el 29 y el 30 en las disposiciones necesarias para los funerales, que debían durar nueve días. El 31 llamó la atención del vecindario el aspecto que presentaba el palacio del Adelantado. Estaba todo pintado de negro, tanto por fuera como por dentro, habiéndose aprovechado un betún de aquel color, que dicen se encontraba en grande abundancia en las orillas del Almolonga. Las habitaciones estaban tapizadas y alfombradas con paños también negros, ofreciendo así el edificio todo un aspecto fúnebre, en armonía con el duelo que enlutaba el corazón de sus afligidos moradores.

El prelado diocesano, que amaba al Adelantado con afecto profundo y sincero, quiso honrar su memoria, y á su ejemplo, el clero secular y regular, contribuyó á solemnizar sus funerales.

En tanto se verificaban éstos, y pasada la primera

impresión de sorpresa que causó la noticia cierta de la muerte de Alvarado, los ánimos comenzaron á agitarse, manifestándose las ambiciones, que el decoro y debido miramiento á las circunstancias, habían tenido disimuladas durante los dos ó tres primeros días. En las casas, en las calles y aun en los templos, durante los oficios fúnebres, no se hablaba de otra cosa que del nombramiento del sucesor de don Pedro, dividiéndose la ciudad en diferentes bandos. Y sin embargo, cualquiera disposición que al efecto se tomase no podría dejar de ser provisional, en tanto proveía el Rey la plaza vacante por la muerte del Adelantado. Mas como eso no tendría lugar en algún tiempo, y como, por otra parte, el que fuese nombrado provisoriamente tendría mucho ganado para ser provisto en propiedad, ponían grande empeño en aquella elección, que correspondía al ayuntamiento. Agitábanse los candidatos y redoblaban las intrigas en torno de los siete concejales de cuyos votos dependía la designación del gobernador. Deseaba el empleo don Francisco de la Cueva, que parecía con mejores derechos que otros á obtenerlo, por la confianza que merecía á su difunto hermano político, y contaba con el voto de algunos de los capitulares. Pretendíalo el tesorero Castellanos, y no faltaban otros candidatos, con más ó menos probabilidades de buen éxito.

El secretario del gobernador, Diego Robledo, á quien dejamos en nuestro último capítulo, abrumado bajo el peso del homicidio que había cometido involuntariamente, á causa de la grande imprudencia con que empleó el filtro que encontró en el escritorio del

herbolario, permanecía encerrado en su casa, impresionado vivamente por la muerte de Agustina, aunque sin parecer acordarse de la recomendación de ésta, de procurar la libertad de Pedro Rodríguez. Cuando Robledo tuvo conocimiento de la noticia anunciada por el virrey de Méjico, haciendo un grande esfuerzo sobre sí mismo, se levantó de la cama, y debilitado como estaba por la calentura, fué á conferenciar con el teniente de gobernador, cuyo partido abrazó desde luego con decisión, calculando ser el que mejor convenía á sus personales intereses. Abocóse Robledo con los miembros del ayuntamiento, y les hizo observar que don Antonio de Mendoza, en la carta en que participaba la desgraciada muerte del Adelantado, prevenía, en nombre del Rey, continuase en el mando de estas provincias el licenciado de la Cueva, y que sería peligroso desairar aquella disposición del virrey de Nueva España. Con ese y otros argumentos apoyó don Diego sus instancias, en tanto que los otros alegaban no estar en obligación de obedecer aquella orden, una vez que el reino de Guatemala no dependía del virreinato de Méjico, y su gobernador no había reconocido más superior que el Rey.

Divididos así los pareceres de los funcionarios y de los simples caballeros, se acercaba el día de la elección, sin haberse logrado un avenimiento sobre aquel punto importante. Los del partido del tesorero real amenazaban casi públicamente con trastornar el orden, si no era elegido el candidato que ellos deseaban, y los otros tomaban sus disposiciones para oponerse á aquellas tentativas. Uno de los más empeñados

en la elección de Castellanos, era el veedor Gonzalo Ronquillo, que tenía diferentes motivos para desear que el tesorero tomase la vara de la gobernación. La causa principal de aquel empeño era haber sabido el veedor, de una manera cierta, aunque bajo mucha reserva, que estaba para fallarse el proceso por hechicería que se le instruyera por la denuncia de Pedro Rodríguez; proceso que había caminado con mucha lentitud, y al fin estaba al terminarse. Tenía don Gonzalo motivos fundados para temer que la resolución no le sería favorable, y así fiaba su salvación únicamente en el nombramiento de su amigo Castellanos, acusado de complicidad en el delito.

En esta situación comprometida se hallaban las cosas el día 8 de setiembre, víspera de la elección, cuando don Francisco de la Cueva pasó al palacio del Adelantado, habiéndolo llamado con urgencia su hermana doña Beatriz. Estaba esta señora retirada en un aposento completamente obscuro, llorando día y nocho la pérdida de su marido, sin admitir consuelo. Cuando se presentó don Francisco, hizo encendiesen una lámpara, y suplicó á las señoras que la acompañaban que se retirasen, teniendo que hablar á su hermano de asuntos graves y reservados. Luego que estuvieron solos, doña Beatriz enjugó las lágrimas que inundaban sus mejillas y dijo á don Francisco, después de haberlo hecho se sentase junto á ella:

— Se me ha dicho, hermano mío, que reina grande inquietud en la ciudad, con ocasión del nombramiento de gobernador, que debe practicar mañana el ayuntamiento. Vos sabréis lo que hay en esto.

— Sí, Beatriz, contestó el licenciado, las opiniones están un poco divididas; los fieles amigos de vuestro esposo desean que yo conserve el gobierno, en tanto que sus antiguos émulos, implacables aun después de la muerte del Adelantado, quisieran excluír á su familia de toda participación en el manejo de los negocios públicos.

— Ellos obran como quien son, contestó doña Beatriz; la culpa es de los que por miramientos indebidos han permitido á esos malos vasallos tener la osadía de conspirar contra la persona que representa aquí la autoridad del Rey. ¿Habéis olvidado las palabras que os dije el día en que llegamos á esta ciudad, con motivo de las intrigas que se tramaron en el ayuntamiento para no dar posesión al Adelantado?

— No las recuerdo precisamente, replicó don Francisco, aunque no he olvidado que tuvisteis á mal la lenidad con que don Pedro trató á sus enemigos.

— Y esa lenidad es la que hoy nos perdería, á no estar yo de por medio.

El licenciado oyó con alguna sorpresa aquellas palabras, y fingiendo no comprender bien su significación, dijo:

— Y bien, hermana mía, ¿cuál es vuestra opinión, qué haríais vos en mi lugar?

— Lo que yo haría en vuestro lugar, dijo doña Beatriz, es renunciar á toda idea de pretender la vara de la gobernación.

Pasmado quedó don Francisco al escuchar aquel consejo, tan diferente del que él aguardaba, y sonriendo ligeramente contestó:

— Y qué, ¿ queréis que me niegue á las instancias de nuestros amigos, de la ciudad toda, que, con excepción de unos pocos intrigantes, me designa como sucesor natural del Adelantado? ¿Queréis que consienta yo en el nombramiento de Castellanos, ó en el de cualquiera otro de esos hidalguillos ambiciosos, que lo primero que harán es usar del poder contra nosotros?

— ¿Y quién os dice que consintáis en la elección del tesorero real ó de algún otro de esos hombres? dijo doña Beatriz. ¿No os ocurre que hay alguien que tiene más derecho que vos y ellos á ese nombramiento?

— Á la verdad que no alcanzo... dijo don Francisco, que en realidad no comprendió el pensamiento de la orgullosa viuda. Si no os explicáis mejor respecto á esa persona, no sé quién pueda pretender...

— ¿Quién? replicó doña Beatriz. Yo, dando á la voz y al tono con que pronunció este pronombre personal, una expresión de altivez y de arrogancia, que dejó pasmado al bueno de don Francisco de la Cueva.

— ¿Vos, hermana mía? dijo el licenciado con asombro, ¿vos habéis de ser nombrada gobernadora

— ¿Y por qué no? replicó doña Beatriz; no seráI a primera persona de mi sexo que gobierna un reino.

— Ya, contestó don Francisco; bien sé que hay repetidos ejemplos en la historia, de mujeres que han empuñado las riendas del gobierno, tan bien ó mejor que muchos hombres; pero advertid que á esas mujeres las llamaba al mando supremo el derecho incontestable del nacimiento.

— Y á mí me llama el no menos sagrado del buen

servicio de Dios, del Rey y el bien de los vasallos que su majestad tiene en estas provincias. Es necesario, don Francisco, hacer ver á don Antonio de Mendoza que el reino de Guatemala no depende más que del soberano, y nada tienen que hacer en él los virreyes de la Nueva España. Si á vos no os ha herido esa temeraria ingerencia que el Virrey pretende arrogarse, á mí sí, y no la consentiré. Así, dígoos que, no obstante la orden de aquel caballero, en que manda se os mantenga en la gobernación, yo debo ser nombrada.

— Pero, ¿ y qué dirán los individuos del ayuntamiento, cuando sepan vuestra extraña pretensión?

— La saben, hermano mío, y están decididos á nombrarme. El señor obispo ha hablado á los alcaldes y regidores, y puedo aseguraros que la mayoría, por lo menos, votará por mi.

— ¿ Es decir que es éste un asunto decidido?

— Decidido, contestó doña Beatriz.

— Paréceme entonces, dijo con mal humor don Francisco, que podría haberse excusado esta larga y enojosa conversación. Y diciendo esto, se levantó y salió del palacio, sin despedirse casi de doña Beatriz.

El licenciado se encerró en su gabinete, é hizo llamar á Diego de Robledo, quien acudió inmediatamente. Refirióle aquél, punto por punto, la conversación que acababa de tener con doña Beatriz, con lo que tuvo no poca sorpresa el secretario. Reflexionó detenidamente, y dijo :

— Es necesario encontrar algún arbitrio, cualquiera que sea, para que vos quedéis con la gobernación.

— ¿ Y cuál puede ser ése? pregunntó el licenciado.

Robledo volvió á quedarse pensativo durante un breve rato, y de repente, como quien halla la solución de un enmarañado problema, exclamó :

— ¡ Ahí está! ¡ya lo encontré! Proponed á doña Beatriz una transacción que satisfará su amor propio y conciliará sus proyectos con la necesidad de que vos continuéis gobernando.

— Explicaos, dijo don Francisco con impaciencia.

— Convenid, dijo Robledo, en que ella sea nombrada, y proponedle que en seguida manifieste que no pudiendo por su sexo y situación actual ejercer personalmente tan grave y delicado cargo, os nombre su teniente, para que vos gobernéis en su nombre, reservándose, si lo exige, algunas atribuciones insignificantes.

— Bien pensado me parece, contestó don Francisco; pero, ¿creéis que consentirá?

— Pienso que sí. Quizá es más la vanidad que el deseo de mandar personalmente la que induce á vuestra hermana á desear el nombramiento. La idea de que como teniente suyo, le estaréis en cierto modo sometido, y de que en todo caso podrá recobrar el mando cuando lo juzgue conveniente, la halagará y la hará prestarse.

— ¿Y luego?

— Y luego, dijo Robledo, veremos. El tiempo dará de sí y no faltará cómo hacer que vos y sólo vos gobernéis siempre. Lo que importa es salir del apuro del momento. Para lo futuro, debéis contar con lo que yo podré hacer, y sobre todo, con *lo imprevisto.*

Si el licenciado de la Cueva hubiese sido un hom-

bre observador y más práctico en el conocimiento del corazón humano, que en las leyes, habría adivinado todo lo que había de audacia y de perversidad en las últimas palabras pronunciadas por el secretario, que hemos cuidado de subrayar. Pero no pareció comprender su alcance, y contestó á Robledo :

— La idea me parece excelente, amigo mío, y hace honor á vuestra perspicacia. Voy á conferenciar sin pérdida de tiempo con doña Beatriz.

Diciendo esto, don Francisco se dirigió al aposento donde estaba retirada la viuda.

El licenciado, con toda la diplomacia de que era capaz, propuso el proyecto á doña Beatriz, como una idea que le acababa de ocurrir y allanaría toda dificultad. Escuchóle la viuda del Adelantado con la mayor atención, y le dijo :

— Vuestro pensamiento, hermano mío, es de un hombre juicioso y discreto. Mi principal intento es, como ya os lo he dicho, hacer ver al virrey de Méjico que él no puede dar órdenes al ayuntamiento de Guatemala: lo que se obtiene, desde luego, con mi nombramiento. Después, gobernad vos, como Dios os lo dé á entender, poniendo coto, desde luego, á los desmanes de nuestros enemigos; consultadme todos, todos, ¿lo entendéis? todos los casos graves, y reservándome yo exclusivamente un solo punto.

— ¿Y cuál es ese punto que os reserváis? preguntó con timidez el licenciado.

— Los repartimientos de indios, contestó la señora. Era precisamente la prerrogativa más importante y delicada que tenían los gobernadores en aquellos

tiempos. Así, don Francisco vió que su autoridad quedaría privada de su principal atribución y casi estuvo á punto de rehusar el arreglo. Pero recordó las últimas palabras de Robledo, y dijo á doña Beatriz :

— Bien; se hará lo que gustéis. Mi único deseo es complaceros; y se retiró, para ir á comunicar al secretario el resultado de la conferencia.

CAPÍTULO XXII

Antes de referir lo que ocurrió acerca de la elección de la persona que debía suceder al Adelantado en el gobierno del reino, diremos dos palabras respecto á uno de los principales personajes de nuestra historia, á quien perdimos de vista en los últimos capítulos, don Pedro de Portocarrero.

Después de la escena que tuvo lugar en el parque del palacio, el pobre caballero se encerró en su casa, sucediendo el abatimiento más profundo á la violenta agitación que le causó la reconvención amarga que encerraba la pregunta que le dirigió doña Leonor respecto al relicario. Ni la noticia de la muerte desgraciada del Adelantado, á quien tanto amaba, pudo sacar á Portocarrero del estupor en que quedó después de aquella conversación, abrumada su alma bajo el peso de su propio infortunio. Así, don Pedro no volvió á salir á la calle, y sus fuerzas, agotadas ya, iban extinguiéndose cada día más. Nada sabía de las intrigas que algunos hombres ambiciosos de honores y de mando y una mujer tan ambiciosa como los hombres, ponían en juego para obtener lo que el alma de Por-

tocarrero habría visto seguramente con desdén y tedio.

Pero no era ése el modo de considerar las cosas que tenían otros personajes de la ciudad. Así, vieron acercarse con zozobra y con la más viva inquietud el momento en que iba á decidirse aquella cuestión grave. El día 9 de setiembre de 1541, á las ocho de la mañana, después de haber asistido á misa de Espíritu Santo, reuniéronse los Magníficos Señores del Cabildo, como se titulaban, y el prelado diocesano, en sesión secreta, y conferenciaron detenidamente, antes de proceder al nombramiento de gobernador. La sesión fué larga y acalorada. Discutióse el mérito de los candidatos, expusiéronse las razones de conveniencia pública en que cada cual apoyaba su parecer, y habiéndose procedido á la elección, resultó nombrada gobernadora, por todos los votos, menos uno, la señora doña Beatriz de la Cueva, viuda del Adelantado. El alcalde primero, Gonzalo Ortiz, fué el único de opinión contraria á aquel nombramiento, ofreciendo exponer sus razones por escrito, lo cual no llegó á verificar jamás, quedando en la célebre acta de aquella sesión una foja en blanco, que estaba destinada á hacer constar el parecer del alcalde.

Concluído el acto, el cabildo y el prelado se dirigieron al palacio de doña Beatriz, que esperaba ya, sin duda, á la ilustre corporación. El salón principal estaba todo colgado de negro é iluminado con la luz de treinta ó cuarenta bujías, que ardían en arañas y candelabros de plata. Introducido el ayuntamiento y el obispo, presentóse doña Beatriz, vestida de tercio-

pelo negro, acompañada de su hermano don Francisco y seguida de varias damas, mayordomos, maestresalas y pajes de su servidumbre; Gonzalo Ortiz tomó la palabra, y en un breve discurso, hizo saber á doña Beatriz el acuerdo del cabildo y le pidió su aceptación, « por convenir así, dijo, al servicio de Dios Nuestro Señor y de su majestad, y pacificación de los españoles y naturales de esta gobernación ». La noble dama, revistiéndose de grave dignidad, contestó en voz clara y firme, que « daba las gracias al ayuntamiento, que aceptaba el cargo, con intención y celo de servir á su majestad en ello, en lugar del adelantado don Pedro de Alvarado, su marido, que esté en gloria ». Son las palabras textuales del acta.

Quedó, pues, reconocida doña Beatriz como gobernadora, mientras el Rey proveía lo conveniente; y arrodillándose sobre un cojín de terciopelo, prestó juramento sobre la cruz de la vara de la gobernación que tenía en sus manos don Francisco y pasó á las de doña Beatriz. En seguida otorgó ésta las fianzas necesarias por derecho para el ejercicio del cargo, quedando todo sentado por diligencia formal. Hecho esto, la gobernadora expuso : que por causas que á ello la movían, determinaba nombrar por su teniente al licenciado don Francisco de la Cueva, trasmitiéndole todos sus poderes y facultades para el gobierno del reino, reservándose el proveimiento de indios, que ella sola haría. Entregó la vara de justicia á su hermano, que la recibió y aceptó el cargo, prestando el juramento y dando fianzas. Firmó primero el acta la gobernadora, con estas notables palabras : *La sin*

ventura Doña Beatriz; y después de haber levantado la pluma del papel, una idea surgió en su imaginación, y con un movimiento rápido, pasó la pluma sobre el nombre *Doña Beatriz,* atravesándolo con una raya horizontal, quedando así tachado y por única firma : *La sin ventura.* Firmaron á continuación los capitulares, don Francisco de la Cueva y el señor obispo Marroquín, y se retiraron dejando á la viuda con su hermano y las personas de su servidumbre.

Grande fué la sorpresa del vecindario cuando se publicó en la ciudad el resultado de la elección. Nadie esperaba que recayese el nombramiento en la viuda del Adelantado; que si bien había delegado sus facultades en don Francisco, conservaba la propiedad del cargo y podía recobrar su ejercicio cuando lo creyera conveniente. Pero los que más se asombraron é irritaron con aquel acontecimiento fueron el tesorero real y sus partidarios. Su indignación no conoció límites y se reunieron inmediatamente para acordar lo que les correspondía hacer. Mostráronse todos decididos á desconocer la autoridad de la Gobernadora y la del teniente, pretendiendo que aquella elección, hecha en una mujer, era nula y de ningún valor. Mas como calcularon que de nada serviría una simple protesta, resolvieron deponer de hecho á la Gobernadora y al licenciado de la Cueva, reduciéndolos á prisión, asumiendo el gobierno el tesorero real, mientras se daba cuenta al Rey. Tomaron sus disposiciones con la mayor reserva para llevar á cabo aquel golpe de mano, y convinieron en que el día 11, á las dos de la mañana, sorprenderían la guardia de palacio y se apoderarían de las armas.

En tanto que el tesorero y los suyos se confabulaban y convenían en la manera de apoderarse del gobierno, doña Beatriz, luego que salieron del palacio el ayuntamiento y el prelado, hizo que se retirasen las damas y gentes del servicio, y sola con don Francisco, manifestó á éste la urgencia de tomar una medida enérgica y pronta, haciendo reducir á prisión al tesorero real, al veedor Gonzalo Ronquillo, á Gonzalo de Ovalle y á los demás caballeros comprometidos en la conjuración. El licenciado objetó la idea, alegando no haber pruebas legales en que fundar semejante determinación, peligrosa, puesto que se trataba de un oficial real y de otros personajes importantes. La Gobernadora contestó que ella no entendía de fórmulas legales; que era público y notorio que aquellos sujetos habían estado conspirando contra el Adelantado y que continuaban trabajando para subvertir el orden, y concluyó amenazando á don Francisco con recoger el mando si no extendía el mandamiento de prisión. Apurado el teniente, apeló á su recurso ordinario, y llamó á Robledo, su secretario y consultor. Comprendió éste desde luego que la resolución de la Gobernadora era irrevocable, y aunque el paso le parecía muy arriesgado, no se atrevió á oponerse y aconsejó á don Francisco firmase la orden.

Extendióla en el acto el mismo Robledo, y el teniente, después de haberla firmado y sellado, llamó á un capitán para entregársela, dándole, en presencia de la Gobernadora, las instrucciones convenientes sobre la manera en que debía proceder para ejecutar la captura de las personas designadas en ella. Entre

tanto, el secretario pasó á su gabinete y escribió estas palabras en un papel : « El teniente de gobernadora acaba de firmar una orden de prisión contra vos y vuestros amigos. Poneos en salvo sin pérdida de tiempo ». Llamó á un criado de toda confianza y le previno llevase aquel papel, que cerró en forma de carta, á casa del tesorero real, sin decir quién lo enviaba. Eran las siete de la noche. Don Francisco de Castellanos estaba precisamente en conferencia secreta con Ronquillo, Ovalle y otros pocos de sus partidarios, cuando recibió el billete. Abriólo, y conoció al momento la letra de Robledo. Pasmados quedaron todos al leer aquellas pocas líneas. Supusieron que sus proyectos estaban descubiertos, que habría pruebas contra ellos; y aunque no acertaban á explicarse el misterio de que fuese el secretario mismo quien les daba aquel aviso, les pareció lo más prudente aprovecharlo y ocultarse. La dificultad estaba en escoger un lugar seguro, no pareciéndoles bien diferentes puntos que mencionaron. Entonces, dijo Castellanos á sus compañeros :

— ¿Y por qué no volveríamos al subterráneo de la casa de Peraza, que permanece hasta hoy abandonada?

— Tal vez será peligroso, observó Ronquillo, pues debéis recordar que la última noche que nos reunimos en ese sótano, vi dos hombres que nos seguían á lo lejos, por lo que resolvimos no volver allá.

— Verdad es, replicó el tesorero; mas si eran ó no efectivamente emisarios del gobernador, es lo que no sabemos aún. No se dice que se haya hecho después un registro en esa casa, y por otra parte, si Alvarado tenía sospechas de que era en ella donde nos reunía-

mos, no es probable las tenga don Francisco de la Cueva. Además, la necesidad es grande, y no habiendo otro lugar seguro, pienso debemos decidirnos por el subterráneo.

Estas razones convencieron á los otros y decidieron encaminarse, sin perder momento, á la casa del herbolario; lo que verificaron tomando las provisiones que hallaron á la mano y una linterna sorda para alumbrarse. No tuvieron tiempo para avisar á sus partidarios, que estaban citados para reunirse el 11, á las dos menos cuarto, frente al palacio de la gobernadora, y se dirigieron á toda prisa á casa de Peraza. La puerta excusada estaba abierta, y penetraron sin dificultad en el corral. Pronto dieron con la de la cueva, y alumbrándose con la linterna, bajaron la escalera, después de haber dejado caer la trampa. Ronquillo, que llevaba el farol, caminaba adelante, seguido de los otros. Después de haber bajado la última grada de la escalera, el veedor tropezó con un objeto, que estaba en el suelo y que no había visto. Inclinóse para reconocerlo, y le pareció un cuerpo humano. Acercó la luz de la linterna, y lanzó un grito de horror. ¡Era el cadáver del herbolario! Examináronlo los otros caballeros y se estremecieron como el veedor. Aquel tronco inanimado no era todavía presa de la corrupción. La sequedad de la cueva, ó cualquiera circunstancia extraordinaria, lo había preservado de la putrefacción, conservándose intactas las facciones del herbolario. Tenía dentro de la boca dos de los dedos de la mano derecha, lo que reveló á los caballeros que el desgraciado médico, muerto de hambre, había intentado devorar sus pro-

pios miembros. Esto bastó para que el tesorero y los suyos adivinasen algunos de los pormenores del drama espantoso de que hemos dado cuenta en uno de nuestros anteriores capítulos. Encontraron también la lámpara apagada y un montón de cenizas, que conocieron ser de lienzos que habían sido quemados, de lo cual dedujeron los esfuerzos que el desventurado había hecho para incendiar la puerta del subterráneo.

Sin poderse explicar el terrible misterio de aquel cadáver, encerrado en el sótano, Castellanos y sus amigos permanecieron largo rato estupefactos, y al fin tomaron el partido de sacarlo de la cueva y darle sepultura en el corral, no queriendo continuar ni por un momento en presencia de tan horroroso espectáculo. Salieron, pues, del sótano y buscaron en la casa algún instrumento con que poder cavar una sepultura. No tardaron en encontrar una azada en el jardín, y con ella abrieron un trecho suficiente para colocar el cadáver. Condujéronlo fuera de la cueva y lo sepultaron, cubriéndolo con cuidado, para que no se conociese que la tierra había sido recientemente removida. Hecho esto, volvieron al sótano, donde los dejaremos ocupados en los comentarios que les sugirió aquel extraordinario acontecimiento, para decir lo que pasaba entre tanto en la ciudad.

Pocos momentos después que Castellanos y los otros jefes de la conspiración hubieron salido de la casa de aquél, una partida de arcabuceros la ocupaba y registraba minuciosamente, buscando con el mayor empeño al tesorero real. Otras practicaban igual diligencia en casa del veedor Ronquillo, de Gonzalo de Ovalle y de

los demás cabecillas del complot, designados en la orden del teniente. Las pesquisas fueron inútiles, no habiendo podido encontrar á uno solo de los conspiradores. Esto desazonó á doña Beatriz, pero no á don Francisco, que con gran temor y repugnancia había puesto su sello y firma al pie de aquella orden, que consideraba muy imprudente. La Gobernadora hizo que su teniente repitiese las prevenciones para que se buscase á los reos por toda la ciudad y sus contornos, lo que se practicó según ella lo deseaba.

Cuando esto tuvo lugar, hacía dos días que caían copiosos aguaceros, no dando la fuerte y continuada lluvia sino breves momentos de respiro á los habitantes de la capital. Siguió lloviendo durante todo el día y la noche del 10; amaneció el 11, sin que la atmósfera enlutada se aclarase por un solo instante, continuando las aguas sin interrupción. Un vago rumor circulaba entre los amedrentados vecinos de la ciudad. Decíase que doña Beatriz, en el exceso de su dolor por la muerte del Adelantado, había proferido palabras blasfemas, y aun se citaba el testimonio de personas muy respetables, que las habían escuchado con escándalo. Temíase que la cólera del cielo se hiciese sentir en aquellos momentos y que pagase la población inocente el pecado de su gobernadora. Los ánimos se agitaban más y más, al ver que las aguas no tenían término, y la impaciencia del pueblo se desataba en injurias y murmuraciones. En esa situación se hallaba la capital al caer la tarde del 10. Continuó lloviendo incesantemente durante toda la noche; y á las ocho de la noche del 11, un fuerte terremoto y un ruido espan

toso despertaron de improviso á los moradores de Guatemala. Muchos salieron precipitadamente de sus casas y no pocos quedaron sepultados bajo los escombros de techos y paredes, que cayeron á impulso de aquel primer sacudimiento de la tierra.

Pero el estrago causado por el torremoto no era sino el precursor de una grande y espantosa catástrofe. El ruido que se había escuchado lo causaba una fuerte avenida de agua, que arrastrando piedras enormes, pareció precipitarse de lo alto del volcán, é inundó la ciudad en breves instantes. El río, extraordinariamente crecido, salió de madre y aumentó los estragos de la avenida, arrasando casas y cuanto encontraba. Doña Beatriz, que dormía en un aposento bastante sólido del primer piso del palacio, al saber que la ciudad se inundaba, corrió precipitadamente, y seguida de doña Leonor, de doña Juana de Artiaga y otras doce señoras que la acompañaban, subió á la capilla, que estaba en el último piso.

El teniente don Francisco de la Cueva, al sentir el terremoto y ruido, se levantó, y tomando una lanza, saltó por las paredes de los corrales de su casa, pues el patio y puerta de la calle estaban completamente obstruídos. Se dirigió al palacio; pero la inundación, que anegaba ya todo el contorno del edificio y parte del primer piso, no le permitió penetrar.

Los conspiradores, encerrados en el sótano de la casa del médico Peraza, al escuchar aquel espantoso ruido, creyeron que la ciudad se había arruinado, y determinaron salir á todo riesgo, lo que verificaron encaminándose hacia el palacio, enfrente del cual,

pero á cierta distancia, hallaron á todos sus partidarios, que habían acudido á la cita.

Apareció en áquellos momentos aflictivos el venerable obispo y comenzó á exhortar al pueblo á que acudiese al socorro del palacio del Adelantado; pero la población indignada desoía las amonestaciones del prelado y contestaba á ellas con maldiciones á la Gobernadora, acusándola á gritos de ser la causa de aquella ruina. Los conspiradores, luego que comprendieron la situación, aprovecharon la excitación popular, y trabajaban para impedir que se auxiliase á doña Beatriz. Don Francisco de la Cueva, con algunos amigos decididos y soldados que se pusieron á sus órdenes, intentaba obligar al pueblo á que socorriese el palacio, con lo que se trabó una lucha terrible entre unos y otros.

Repentinamente un caballero de elevada estatura, pálido y extenuado, pero vigoroso todavía, que llevaba sombrero negro con una pluma blanca, apareció entre el grupo de los que acompañaban á don Francisco de la Cueva. Era don Pedro de Portocarrero, á quien despertaron sus criados, y habiendo sabido el peligro que corría el palacio del Adelantado, tembló por doña Leonor, y tomando su espada, acudió inmediatamente, con la esperanza de salvarla. Portocarrero luchaba por abrirse paso; pero se le opusieron los conspiradores, poseídos de rabia, y por algunos momentos tuvo que sostener un combate desigual y terrible contra diez ó doce adversarios. El desgraciado caballero recibió cuatro heridas graves, por las cuales se escapaba la angre á borbotones. Entre tanto, doña Beatriz y las

damas que la acompañaban aparecían de tiempo en tiempo, en las ventanas de la capilla y pedían socorro con gritos desgarradores, á que contestaba el sordo rugido del iracundo pueblo que la maldecía. Los relámpagos, que rasgaban de vez en cuando el espeso velo que enlutaba la atmósfera, iluminaban con resplandor siniestro aquel horroroso espectáculo.

Cubierto de sangre y casi sin fuerzas ya, Portocarrero pudo desembarazarse al fin de los que le cerraban el paso, y con el agua arriba de la cintura, penetró en el palacio. Subió tan ligeramente como lo permitían sus heridas, la escalèra que conducía á la capilla, donde presenció una escena patética y conmovedora. Doña Beatriz, subida sobre el altar, abrazaba los pies de la imagen de Jesucristo crucificado, y hacía en voz alta, acto de contrición, pidiendo á Dios perdón de sus pecados. Las damas, arrodilladas junto al altar, derramaban lágrimas y oraban con fervor. La hija del Adelantado, apoyada en el hombro de su amiga doña Juana, estrechaba contra sus labios mortecinos al relicario que había llevado al cuello por muchos días don Pedro de Portocarrero.

Al acercarse éste, doña Leonor lanzó un grito de alegría, y exclamó :

— Bendita sea la misericordia de Dios, que me permite veros un instante antes de que nos separemos para siempre, pues veo que voy á morir.

Diciendo esto, corrió al encuentro de don Pedro, cuya palidez y desfallecimiento pudo advertir á la luz de la lámpara que alumbraba la capilla. Portocarrero, con una sonrisa tristísima, contestó :

— No, Leonor, no sois vos la que vais á morir. Vengo á salvaros.

Al decir esto, reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban, levantó en sus brazos á la joven y salió con ella de la capilla. Apenas había bajado la escalera don Pedro con doña Leonor, cuando un terremoto, aun más fuerte que el primero, hizo bambolear todo el edificio, oyendo el caballero y la joven un ruido espantoso sobre sus cabezas. La bóveda de la capilla había caído á plomo sobre la *sin ventura* doña Beatriz y las doce desgraciadas señoras que la acompañaban. La hija del Adelantado volvió la cabeza, y al ver los escombros que cubrían el pavimento de la capilla, perdió el conocimiento.

Aquella catástrofe no pasó desapercibida de los que luchaban en la calle frente al palacio. Un grito de horror resonó en el grupo de los que estaban al lado de don Francisco de la Cueva, y los conspiradores huyeron despavoridos.

En aquel momento apareció, á unas cincuenta varas del palacio, el anciano Pedro Rodríguez. Con el terremoto había caído una pared del calabozo donde estaba encerrado, lo que le permitió recobrar la libertad, pues prisioneros y guardias, todos habían huído, dejando el edificio abandonado. Al pasar frente á la casa del secretario Diego Robledo, que estaba en el camino que conducía de la cárcel al palacio del Adelantado, Rodríguez oyó que debajo de los escombros de la pared exterior, que había caído, salían quejidos apenas perceptibles ya. Acudió á salvar al desgraciado que yacía bajo las ruinas, y habiendo apartado los escom-

bros con trabajo, descubrió al secretario mismo, que cogido por la pared, y fracturados el pecho y la cabeza, estaba próximo á expirar. El bondadoso anciano hizo cuanto le fué posible por reanimar á aquel desventurado, que abrió los ojos solamente para conocer al hombre generoso que se esforzaba por salvarlo.

— Es tarde, dijo Robledo, con voz desfallecida. Voy á morir... gracias... es la tercera y la mejor partida que me habéis ganado. Y diciendo esto, exhaló el último aliento.

Viendo que su permanencia era ya inútil allí, Rodríguez corrió hacia el palacio; pero llegó, como hemos dicho, en el momento en que caía la capilla, sepultando entre sus ruinas á doña Beatriz y á sus desdichadas compañeras.

Cuando Portocarrero salió llevando en sus brazos á doña Leonor, el agua había subido más y más, de modo que casi llegaba á la garganta de don Pedro, al salir éste fuera del palacio. Una repentina claridad iluminó aquel cuadro de desolación. El volcán se coronó de un espléndido penacho de luz y de humo, haciendo erupción las materias incandescentes que encerraba en su seno la montaña. Viéronse por todas partes casas arruinadas y cadáveres de hombres y animales. Doña Leonor, al contacto del agua que cubría parte de su cuerpo, abrió los ojos, y al encontrarse en aquel lago, que amenazaba ya cubrir la cabeza de su amante, lo estrechó fuertemente contra su seno, y con la mano derecha, teniendo abrazado á don Pedro con la izquierda, se quitó el relicario y pasó la cadena al derredor del cuello de Portocarrero. Éste no

tenía ya fuerzas; sentía que se doblaban sus rodillas; iba á caer... Puso sus labios fríos como el mármol en la frente de doña Leonor; y dijo : « Adiós, Leonor, para siempre, adiós. » « Adiós », repitió la joven, á quien Portocarrero soltó en aquel momento, siéndole ya humanamente imposible sostenerla en sus brazos. La corriente del agua fué arrastrándola lentamente, en tanto que Portocarrero, estrechando el *Agnus Dei* contra sus labios, decía con voz lánguida y balbuciente : *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo... ten misericordia de mí... Misericor...dia... de... mí...* repitió, y cayendo desfallecido, se hundió para no aparecer más.

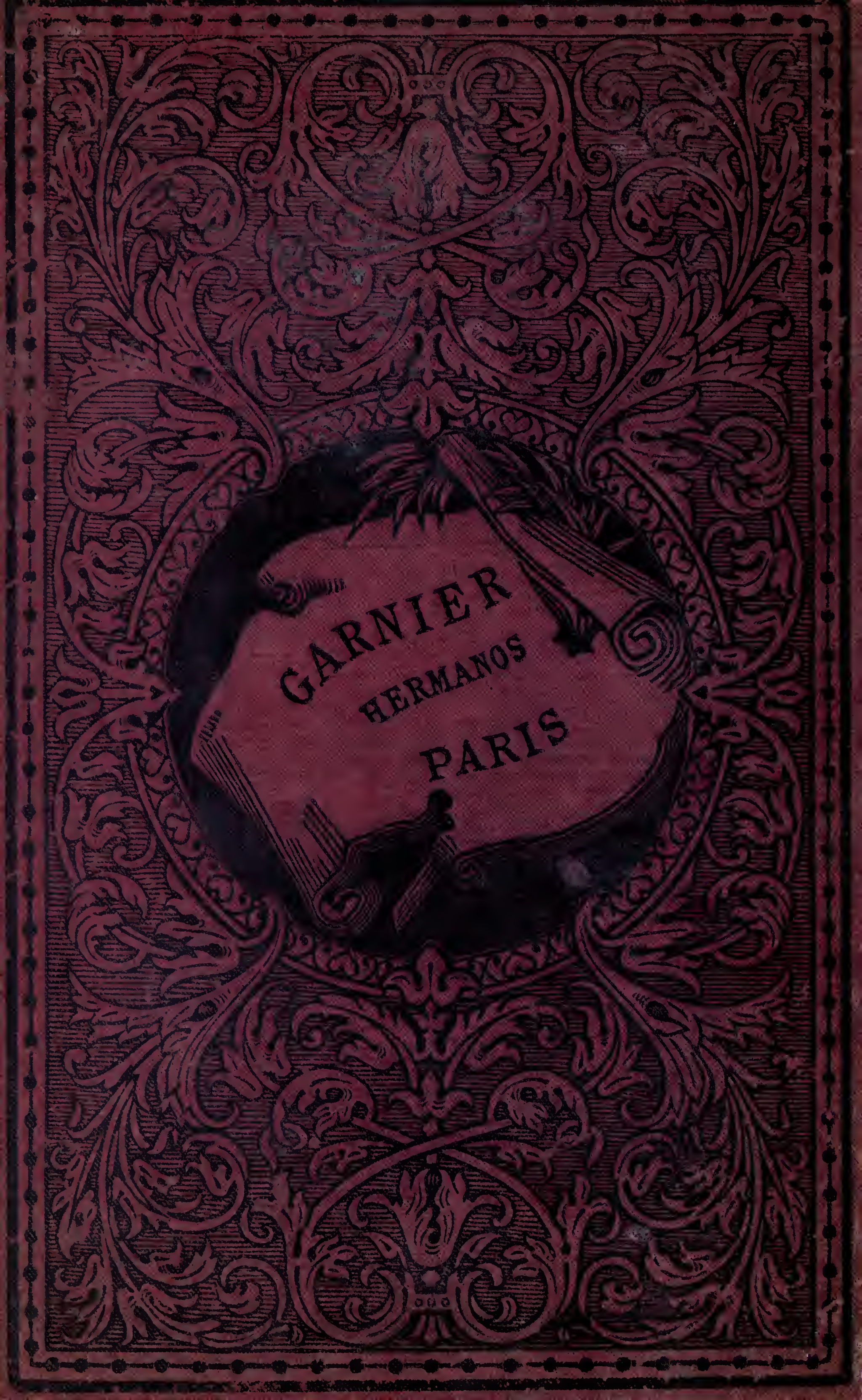
Á la luz de la erupción del volcán, vió Pedro Rodríguez, á lo lejos, aquella triste escena, y lanzándose al agua, salió al encuentro de doña Leonor, á quien con gran trabajo, logró salvar, colocándola en lugar seguro. No bien había puesto el anciano á la joven encima de una piedra, la corriente del agua arrojó sobre las rodillas de ésta un objeto que le hizo dar un grito de horror. ¡ Era el sombrero negro, adornado con una pluma blanca, que llevaba don Pedro de Portocarrero !

Cuando aclaró el día, se advirtió que la ciudad estaba casi toda arruinada y se recogieron más de seiscientos cadáveres de los que habían perecido en la terrible catástrofe de aquella mañana, por siempre

memorable. Entre los muertos pudo conocerse al veedor Gonzalo Ronquillo, que al huír, después de la caída de la capilla del palacio, no considerándose seguro en la ciudad, se salió fuera y fué á dar en un gran depósito donde se reunían las inmundicias de la población. Extrajéronse los restos de doña Beatriz, y fueron sepultados en la catedral, trasladándolos después á la de la Antigua, donde reposaron por mucho tiempo junto con los del Adelantado. Los de doña Juana de Artiga y de las demás señoras, después de haber sido inhumados en la iglesia mayor, fueron trasladados á la de San Francisco en 1580, colocándolos en la capilla mayor, al lado del evangelio. Más desdichada que ellas, la hija del Adelantado, tuvo que llevar el peso de la vida por algunos años, conservando vivo en su memoria, como un oculto torcedor, el recuerdo de la muerte desastrada de Portocarrero y la tristísima historia de aquellos desgraciados amores.

FIN

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS. 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.


GARNIER
HERMANOS
PARIS